



Universidad de Chile  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Psicología

# CONSTRUCCIÓN DE LAS DIMENSIONES OPERATIVAS EN LA CONSTITUCIÓN ONTOLÓGICA DEL SUJETO

Memoria para optar al título de Psicólogas

## **Profesora Patrocinante**

Paula Vergara Henríquez

## **Alumnas**

Elvira Hidalgo Barrios

Catalina Zamorano Rojas

**SANTIAGO, 2013**

## RESUMEN

Esta memoria consiste en una investigación teórica cuyo propósito es desarrollar la construcción de las dimensiones operativas, desde una aproximación exploratoria, descriptiva y analítica en la constitución ontológica del sujeto desde el modelo Constructivista Cognitivo.

Las dimensiones operativas inicialmente han sido definidas como polaridades antitéticas que reflejan el funcionamiento operativo del proceso de mismidad como respuesta a las presiones del medio. En la presente investigación cada uno de los constructos es abordado como procesos unitarios y en su interrelación, dando cuenta de conceptos transversales en la constitución de cada uno de éstos, destacando su construcción desde los ámbitos biológico, social y psicogénico. De esta manera, se formula una nueva perspectiva en torno a las dimensiones operativas, destacando principalmente su valor como procesos que se construyen paulatinamente en el desarrollo del sujeto más allá de aspectos de funcionamiento operacional basados en polaridades.

Lo anterior permite apreciar que la constitución de las dimensiones operativas se lleva a cabo continua y proactivamente a través de procesos tan fundamentales para la conformación del sí mismo como son la simbolización y representación, la permanencia del objeto y diferenciación y el apego; los que darán cuenta progresivamente de constantes reaprendizajes, reestructuraciones y reelaboraciones que permitirán integrar los aspectos discrepantes de la experiencia en curso y a la vez mantener la coherencia del sistema.

En relación a lo anterior, se concluye que las dimensiones operativas se construyen procesalmente en un espiral ontológico. En este sentido la movilidad de éstas, respecto a las contingencias, se transformará en un elemento clave para la viabilidad del sujeto, en torno las sucesivas reestructuraciones ineludibles para el sistema y con ello le permitirá avanzar en generatividad y complejidad, o por el contrario, llevarlo al estancamiento y generación de sintomatología.

---

**Palabras Claves:** Dimensiones Operativas, Desarrollo Ontológico, Permanencia del Objeto, Representación, Mismidad, Ipseidad, Apego.

---

## INDICE

<b>I. PRIMERA PARTE.....</b>	<b>5</b>
1. <a href="#"><u>INTRODUCCIÓN</u></a> .....	5
2. <a href="#"><u>FORMULACIÓN DEL PROBLEMA</u></a> .....	7
3. <a href="#"><u>ASPECTOS METODOLÓGICOS</u></a> .....	11
<a href="#"><u>Pregunta de Investigación</u></a> .....	11
<a href="#"><u>Hipótesis</u></a> .....	11
<a href="#"><u>Objetivo General</u></a> .....	11
<a href="#"><u>Objetivos Específicos</u></a> .....	12
<a href="#"><u>Metodología</u></a> .....	12
4. <a href="#"><u>BASES EPISTEMOLÓGICAS DEL MODELO CONSTRUCTIVISTA COGNITIVO</u></a> .....	13
4.1 <a href="#"><u>Noción de Sujeto y Realidad en la Metateoría Constructivista Cognitiva</u></a> .....	13
4.2 <a href="#"><u>Sentido y Significado en el Desarrollo Ontológico del Sujeto Constructivo</u></a> .....	18
4.3 <a href="#"><u>Cambio y Psicoterapia en el Sujeto Constructivo</u></a> .....	26
<b>II. SEGUNDA PARTE.....</b>	<b>32</b>
5. <a href="#"><u>DIMENSIONES OPERATIVAS</u></a> .....	32
5.1 <a href="#"><u>Preámbulo del concepto</u></a> .....	32
5.2 <a href="#"><u>Constitución de las dimensiones operativas en el desarrollo ontológico del sujeto constructivo</u></a> .....	34
5.2.1 <a href="#"><u>Abstracción / Concreción</u></a> .....	34

	4
5.2.2 <a href="#">Exclusión / Inclusión</a> .....	52
5.2.3 <a href="#">Flexibilidad / Rigidez</a> .....	63
5.2.4 <a href="#">Exposición / Evitación</a> .....	73
5.2.5 <a href="#">Proactividad/Reactividad</a> .....	84
<b>III.TERCERA PARTE</b> .....	<b>95</b>
<b>6. <a href="#">CONCLUSIONES</a></b> .....	<b>95</b>
<b>7. <a href="#">REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</a></b> .....	<b>105</b>

## **I. PRIMERA PARTE**

### **1. INTRODUCCIÓN**

La temática acerca de las dimensiones operativas actualmente se ha desarrollado en torno a la definición de cada constructo en polaridades antitéticas, las que se constituyen en un continuo y reflejan el funcionamiento operativo del proceso de mismidad como respuesta a las presiones del medio. De acuerdo a ello, es que la comprensión del funcionamiento superficial ha sido posible desde las formas en que expresan dichos constructos, no así desde los procesos que les subyacen y que dan cuenta de la construcción del sujeto en el desarrollo ontogenético.

Así, la pregunta acerca de qué procesos dan cuenta de la constitución de las dimensiones operativas en el desarrollo ontológico del sujeto se torna esencial en el marco del Constructivismo Cognitivo, en cuanto a dar cuenta de la continuidad en que se expresa cada una de las polaridades y en la interrelación que se produce entre ellas, situando la presente investigación en un contexto exploratorio, descriptivo y analítico.

Con respecto al abordaje teórico que se ha realizado acerca de las dimensiones operativas, Guidano y Liotti (2006) llevan a cabo el intento de conceptualizar una serie de características consistentes en polaridades antitéticas que expresan el funcionamiento operativo de la mismidad de un sujeto como respuesta al medio, principalmente en torno a conceptos como flexibilidad, generatividad y plasticidad del sistema.

Luego, Yáñez (2005) da cuenta del operar del sujeto en torno a la abstracción, flexibilidad, inclusión, proactividad y exposición es decir, de acuerdo a cinco dimensiones polares que expresan el funcionamiento superficial del sujeto, las que en una dinámica dialéctica, conformarán una circularidad que implica ciertas condiciones contextuales, interpersonales e intrapersonales en las que el sujeto es requerido.

Posteriormente, en el año 2010 una *tesis de magister*<sup>1</sup> abre una serie de interrogantes respecto a la exploración de estas polaridades en su aspecto teórico, previo a cualquier aplicación o medición. En este sentido, pareciera ser que aún no existe un desarrollo argumental riguroso acerca del alcance conceptual y aplicado de dichos constructos.

De acuerdo a lo anterior, es que surge el propósito de explorar teóricamente, tanto en su construcción como dinámica, cada una de las dimensiones operativas a partir de la constitución del sujeto previamente de ser medibles. Con respecto a esto, es que el objetivo de esta investigación es ampliar y profundizar cada una de estas polaridades, dando cuenta, de la continuidad en la construcción ontogenética del sí mismo y su implicancia en el proceso vital. Se abordará la construcción de cada una de dichas dimensiones, tanto como procesos unitarios como en su interrelación, aludiendo a conceptos transversales en la constitución de cada una de ellas, destacando su construcción desde los ámbitos biológico, social y psicogénico en el desarrollo ontológico del sujeto. En este sentido, se da cuenta de la construcción de las dimensiones operativas la cual surge como un proceso ontológico que continuamente, en el devenir siendo del sujeto, se reestructura y reelabora en torno a elementos discrepantes que deben ser integrados en la coherencia sistémica de éste, con el fin de avanzar en cuanto a generatividad y complejidad en el ciclo vital.

Para llevar a cabo lo anterior se pretende en primer lugar, realizar una profundización en la elaboración teórica acerca del funcionamiento de las dimensiones operativas, permitiendo así una mejor orientación al incluir nuevos elementos que no han sido considerados; y en segundo lugar, entregar de forma sintética y acabada, conceptos globales que abarquen cada una de las polaridades. De este modo, se proyecta que dichos constructos sean plausibles de evaluación en futuras investigaciones y así permitan identificar su funcionamiento, tanto en un proceso psicoterapéutico como en alguna problemática en particular, que implique movilizar el

---

<sup>1</sup>Angel. M. (2010). *Exploración de las dimensiones operativas mediante el diseño de un instrumento cuantitativo*. Tesis para optar al grado de de Magister en Psicología Clínica, Escuela de Postgrado, Universidad de Chile.

funcionamiento operacional de un sujeto, o bien, conocer una organización más profunda a través del operar.

Para ello, los capítulos de este trabajo se distribuyen de la siguiente manera: en la primera parte, se lleva a cabo una revisión de las bases epistemológicas del modelo Constructivista Cognitivo, en el que se instalan conceptos generales que se utilizarán a lo largo del trabajo para poder responder a las preguntas que guían esta investigación. En la segunda parte, se formula la construcción de cada dimensión operativa en el desarrollo ontogenético donde ya es posible vislumbrar la interrelación de cada una de ellas en la propia constitución del sujeto y asentar conceptos transversales en la construcción de éstas. En la tercera parte, el eje central es poder concluir acerca de la construcción ontológica de las dimensiones operativas y su interrelación, dinamismo y movilidad. Finalmente, se discute cómo dicha configuración constituye una herramienta fundamental en el ámbito clínico en cuanto a la movilización operacional que podrá observar tanto paciente como terapeuta y de esta manera, elaborar objetivos y metas claras en base a una herramienta que permite mayores ejes de análisis en el marco de un proceso psicoterapéutico.

## **2. FORMULACIÓN DEL PROBLEMA**

Desde el modelo Constructivista Cognitivo, los conceptos de sujeto y de realidad se encuentran relacionados en tanto el sujeto construye activamente su propio conocimiento y el del mundo. Acerca de la realidad, la epistemología constructivista postula que ésta se constituye a partir de proposiciones explicativas de la propia experiencia, de esta manera, la realidad corresponde al sujeto y no a una realidad única, objetiva y observable como se planteaba en paradigmas anteriores (Yáñez, Gaete, Harcha, Kuhne, Leiva y Vergara, 2001). Esta postura es congruente al concepto planteado por Maturana (1990) de “*multiverso*”, en el que no hay una versión de lo que es real, sino múltiples realidades por cada sujeto que exista. Dicho concepto guarda su

mayor implicancia respecto al rol proactivo<sup>2</sup> de éste en el proceso progresivo y cada vez más complejo que constituye la construcción del conocimiento de sí mismo, de los otros y de la realidad a lo largo de su desarrollo. En palabras de Maturana y Varela (1997) “*cada cosa es dicha por un observador a otro observador, que puede ser él o ella misma, y el observador es un ser humano*” (p.18).

Con respecto al sujeto, es importante señalar que éste es concebido como un sujeto biológico y social en el que las vivencias de sus experiencias son fundamentales para la construcción de su identidad, la que se irá constituyendo a partir de éstas e irá produciendo su sí mismo de acuerdo a como sean vividas por dicho sujeto y a cómo éste emprenda su propia búsqueda de equilibrio, destacando en este sentido, que dichas formas de equilibrio, son completamente originales para cada sujeto (Piaget, 1978; Vergara, 2011).

De acuerdo a lo anterior, la identidad del sujeto constructivo se relacionará con la búsqueda constante de equilibrio frente a diferentes tipos de tensiones, la cual adoptará forma de una coherencia sistémica en la dinámica vital (Yáñez, 2005). Piaget (1997) refiere dicha búsqueda de equilibrio a un juego de regulaciones, por parte del sujeto y de composiciones para llegar a la coherencia. De acuerdo a lo anterior, se plantea que el equilibrio está constituido por dos componentes principales que refieren, por una parte, a la incorporación de elementos exteriores (objetos o acontecimientos) en un esquema sensorio motor o conceptual, y por otra, a la necesidad que encuentra dicha incorporación de tener en cuenta las particularidades propias de los elementos que hay que asimilar (Piaget 1978).

A modo de síntesis, con respecto a la búsqueda de equilibrio del sujeto constructivo, es que éste se define, de acuerdo a Yáñez (2005), como un *sistema adaptativo complejo* lo que implica que cuya cualidad esencial es poseer una estructura

---

<sup>2</sup> Yáñez (2005, p. 17) refiere que el rol del sujeto proactivo consiste en que éste “*se concibe como un sistema que intercambia información y materia con su entorno, pero además, la relación de intercambio entre el sistema y el medio genera regularidades que le permiten al sistema construir, al interior de él mismo, una estructura y organización esquemática de conocimiento que facilita y hace más eficiente dicha relación*”.

y organización compleja, la cual le permitirá responder activamente a condiciones y demandas externas a partir de un ordenamiento autorreferencial en su devenir experiencial. De acuerdo a ello, es que se deduce que el sujeto se desenvolverá en un contexto que continuamente le perturbará, o en otras palabras, lo implicará en diferentes desequilibrios planteados por su propio sistema. Solo con el propósito de sistematizar y esquematizar dichos desequilibrios, se señala que las principales fuentes de perturbación serían: en primer lugar, la necesidad de intercambio de información constante con el medio; en segundo lugar, las circunstancias de habitabilidad del sistema con su medio, determinadas por un entorno caótico. Y finalmente, las modificaciones que realiza el sistema para responder a complejas demandas del entorno (Yáñez, 2005).

Con respecto a los desequilibrios que experimenta el sujeto, se plantea que ciertas demandas desbordantes para el sistema exigirán bases diferentes en cuanto a una nueva funcionalidad de éste, en términos de complejidad estructural, es decir, de nuevas formas de equilibrio idiosincráticas, de manera tal, que pueda responder a dichas demandas, o también llamadas presiones críticas (Yáñez, 2005).

De acuerdo a lo anterior, se plantean los conceptos de presiones mínimas y presiones máximas. Por una parte una presión mínima representa una modificación en cuanto al funcionamiento operacional del sujeto. Por otra parte, si éste se enfrenta a una presión máxima, entonces el cambio será máximo, y en consecuencia, éste implicará un reordenamiento del sistema de conocimiento, ampliando los límites de la coherencia sistémica. De este modo, una presión mínima conducirá, en primera instancia, a un cambio mínimo, es decir un cambio a nivel operacional del funcionamiento del sujeto (Yáñez, 2005).

Con respecto al funcionamiento operacional del sujeto constructivo, se ha descrito en el modelo Constructivista Cognitivo, el concepto de dimensiones operativas. Éstas son un constructo organizado en polaridades antitéticas que consisten en:

*“opciones preferentes de desplazamiento, entre dos extremos polares de modos de funcionamiento proactivo, que permiten resolver las demandas de cambio o mantenimiento de la coherencia del sistema. La dinámica de estas categorías no es lineal o de un eje, sino que es el resultado de una circularidad dialéctica determinada por las condiciones contextuales, interpersonales e intrapersonales en las cuales un sujeto es requerido. Dichas condiciones pueden hacer que sea o no sea pertinente el desplazamiento operativo del sujeto hacia una u otra polaridad” (Yáñez, 2005, p.186).*

De este modo, las dimensiones operativas permiten obtener información acerca de cómo un sujeto se desplaza en la relación con el entorno y cómo éste moviliza sus recursos para enfrentar situaciones contextuales e interpersonales, que pueden o no poner en juego la coherencia sistémica de éste. Finalmente, Yáñez (2005) refiere que dichos constructos están en estrecha relación con el mantenimiento de la coherencia sistémica y corresponderán al operar de la continuidad y discontinuidad de un sujeto en particular.

A partir de lo señalado acerca de las dimensiones operativas, es que se podría acceder a información valiosa de un sujeto para orientar un proceso psicoterapéutico, tanto en sus objetivos como en la aplicación de técnicas idóneas e intervenciones, teniendo como objetivo general, la movilización del sujeto en torno a experiencias vivenciadas de forma parcial, lo que en consecuencia, generalmente, se relacionará con constelaciones de síntomas que producen sufrimiento en un sujeto particular (Yáñez, 2005).

De esta manera, es que las dimensiones operativas resultan un tema esencial, especialmente para la práctica psicoterapéutica, el que aún no cuenta con una base teórica rigurosa, principalmente, porque su definición en polaridades no permite dar cuenta del proceso continuo que adopta su construcción en torno a la constitución del sí mismo en el desarrollo ontológico del sujeto. Así, surge la pregunta acerca de si ¿existen procesos transversales que den cuenta de dicha construcción continua en el

desarrollo del sujeto, es decir, que permitan entenderlas como procesos más que como polaridades y de este modo situarlas como constructos globales?

### **3. ASPECTOS METODOLÓGICOS**

#### **Pregunta de investigación, Hipótesis y Objetivos**

##### **Pregunta de investigación**

Entendiendo las Dimensiones Operativas desde la metateoría constructivista cognitiva como polaridades antitéticas ¿qué procesos en el desarrollo ontogenético permiten dar cuenta de su construcción continua y que permiten entenderlas y conceptualizarlas como constructos globales?

##### **Hipótesis**

Existen procesos en el desarrollo ontogenético del sujeto que dan cuenta de la construcción de las dimensiones operativas que permiten entenderlas y conceptualizarlas como constructos globales.

##### **Objetivo General**

1. Ampliar y profundizar cada una de las dimensiones operativas, dando cuenta, de su continuidad en la construcción ontogenética del sí mismo y su implicancia en el proceso vital.

## **Objetivos Específicos**

1. Realizar una elaboración teórica profunda de la construcción y funcionamiento de las dimensiones operativas, permitiendo así una mejor orientación al incluir nuevos elementos que no han sido considerados actualmente.
2. Sistematizar elementos relevantes para la construcción de las dimensiones operativas en la ontogenia del sujeto, en constructos globales que abarquen cada una de las polaridades.
3. Dar cuenta de la construcción ontogenética de las dimensiones operativas en el sujeto constructivo como un aspecto procesual constitutivo en el desarrollo evolutivo.

## **Metodología**

Esta memoria corresponde a una investigación teórica de carácter exploratorio, descriptivo y analítico. En primer lugar, es exploratorio debido a que los objetivos son por una parte, investigar acerca de la construcción de las dimensiones operativas en la ontogenia del sujeto y, por otra, sistematizar dicha información atinente a la metateoría constructivista cognitiva, puesto que actualmente no existen fuentes que reúnan las características y desarrollo del concepto. En segundo lugar, es descriptivo puesto que el método de investigación se concentra en la recopilación de información y fuentes documentarias, tales como: libros, papers, tesis y artículos. Finalmente, es analítico respecto a poder definir la naturaleza de las dimensiones operativas, para así, a través de contenidos en este paradigma, sea posible desarrollar una noción profunda acerca de su construcción y dinámica en la ontogenia del sujeto.

## 4. BASES EPISTEMOLÓGICAS DEL MODELO CONSTRUCTIVISTA COGNITIVO

Con el propósito de abordar tanto la construcción ontológica de las dimensiones operativas como su dinámica, es necesario en primera instancia plantear las bases teóricas del modelo constructivista cognitivo.

### 4.1 Noción de Sujeto y Realidad en la Metateoría Constructivista Cognitiva

El Constructivismo Cognitivo implica tanto un cambio de paradigma de la psicología, como de la epistemología, cuya principal consecuencia es la constitución de *realidad* y por lo tanto, cómo el sujeto la conoce y al mismo tiempo, se conoce a sí mismo configurándose, de este modo, en un sistema primordialmente cognitivo<sup>3</sup> y proactivo en la construcción de regularidades de los emergentes experienciales (Guidano, 1987; Yáñez, 2005; Zúñiga, 2012).

En este modelo, la realidad es concebida como una construcción del sujeto/observador quien es parte integrante de lo que observa y quien constantemente se halla influyendo en lo observado (Maturana y Varela, 1997). De acuerdo a ello, es que el sujeto se definirá, en la metateoría, como constructivo y su aproximación a la realidad se llevará a cabo a través de procesos autorreferenciales<sup>4</sup> de conocimiento (Guidano, 1987). Lo anterior implica en términos generales, que dicho sujeto será constructor de la realidad, de su subjetividad y quien a pesar de su devenir experiencial

---

<sup>3</sup> Desde el Constructivismo Cognitivo, el concepto de *cognición* implica que “*la relación sujeto/realidad transcurre mediante los recursos mentales y afectivos del sujeto*” (Vergara, 2011, p. 33).

<sup>4</sup> Maturana y Varela (1997) observan en torno a los procesos autorreferenciales, que los organismos tanto en su dinámica relacional, como interna se refieren solo a ellos mismos, lo que ocurre como una continua realización de sí mismos.

y múltiples factores que implican la inestabilidad del contexto, debe procurar un sentido de sí mismo permanente en el tiempo. Desde esta perspectiva, a lo largo de su desarrollo ontológico generará ciertas regularidades idiosincráticas en su organización con el fin de mantener la coherencia sistémica a través de mecanismos de autoorganización<sup>5</sup>.

De este modo, Maturana (1990) utiliza el concepto de *multiversos* para referirse a que existirán tantas realidades como sujetos que experimentan y explican su vivenciar, como consecuencia del proceso de conocer y que entendidos como dominios explicativos posibles a la vez, son dominios de realidad.

En este sentido, es posible concebir un sujeto proactivo en su relación con la realidad, en la construcción de su identidad<sup>6</sup> y del conocimiento que va adquiriendo (Guidano, 1994) y donde existe una direccionalidad respecto de lo que conoce. Es decir, que la construcción de dicha realidad conducirá al sujeto en su interacción con el mundo y la forma en que lo percibirá y significará de forma continua (Guidano y Liotti, 2006). En este sentido, el conocimiento *“siempre refleja las limitaciones auto-referentes específicas a través de la cual el organismo estructura su propia realidad”* (Guidano, 1987, p.11).

Es así como en medio de los constantes reordenamientos autorreferenciales del conocimiento que experimenta el sujeto constructivo, las proposiciones explicativas de

---

<sup>5</sup> Maturana y Varela (1997) se refieren a la autoorganización, característica propia de sistemas vivos, como un imperativo de sobrevivencia que consiste en la continua realización y conservación de la regularidad productiva de todos sus componentes, lo que implica que todo lo que ocurre en ellos, ocurre en la realización y conservación de esa dinámica que los produce, y a la vez, los define, constituyendo así su autonomía.

<sup>6</sup> Varela (2000) señala que la identidad equivale a una *coherencia autoproducida*, aludiendo a que el *“mecanismo autopoietico se mantendrá como una unidad distinta mientras la concatenación básica de los procesos permanezca intacta ante las perturbaciones, y a va a desaparecer cuando se confronte con perturbaciones que vayan más allá de cierto rango de viabilidad* (p. 80).

las experiencias, a través de su significación, le permitirán mantener la coherencia interna y preservar el propio sentido de sí mismo (Guidano, 1987; Yáñez, 2005; Vergara, 2011).

De este modo, se mantendrán los niveles de referencia que son generados internamente, permitiendo un funcionamiento autónomo<sup>7</sup>. Por lo tanto, las experiencias no corresponden a una mera captación de un objeto externo por los sentidos vacuos, sino que son “*el fruto de las activas capacidades autorreferentes de la mente*” (Guidano, 1987, p. 18); es decir que los sentidos comandados por ésta, decodifican y organizan el mundo en base al conocimiento acumulado hasta ese punto, pues la mente produce tanto lo que emite como lo que recibe, incluyendo las sensaciones básicas. Como señala Piaget (1961; 1978; 1983; 1997), conocer un objeto implica actuar sobre él. Así cada individuo participa activamente de la experiencia humana tanto en la vivencias de lo inmediato, como en la explicación o teorías que formulará en torno a éstas, transformando de este modo el ambiente de acuerdo a sus propias características y por lo tanto, logrando la adaptación<sup>8</sup> (Mahoney, 1997).

Así, el concepto de adaptación ha experimentado cambios en la transición desde el modelo cognitivo al propuesto por la metateoría constructivista cognitiva. Inicialmente, el modelo cognitivo entendía al sujeto y su interacción con el mundo, como si éste fuese desde su nacimiento una *tabula rasa*, que es llenada por completo desde el exterior (Guidano y Liotti, 2006). De acuerdo a ello, es que la adaptación del sujeto estaba en estrecha relación con el mayor acercamiento a una realidad que podía ser definida objetivamente en torno a supuestos de *validez*. Actualmente, el modelo

---

<sup>7</sup>Para Maturana y Varela (1997) lo autónomo tiene características de autoorganización, y por lo tanto, de producirse a sí mismo.

<sup>8</sup>Guidano (1994, p. 23) define el concepto de adaptación como “*la aptitud para transformar una perturbación que nace de la interacción con el mundo en información significativa para el propio orden experiencial*”. En dicha definición ya se percibe el cambio en el concepto de adaptación desde *validez* hacia *viabilidad*.

constructivista cognitivo utiliza el concepto de *viabilidad* para caracterizar dicho proceso de adaptación (Guidano 1994). Para el sistema de conocimiento esta tiene que ver con la habilidad para transformar, de acuerdo al ordenamiento autorreferencial, las perturbaciones que provienen tanto del exterior como de su interior y de este modo, lograr una mayor autonomía y avanzar hacia niveles más integrados de complejidad (Weimer, 1948, citado en Guidano, 1987). En tal sentido, el producto del funcionamiento de los sistemas de conocimiento de carácter procesual y de progresión ortogenética<sup>9</sup>, se logra a través de la reorganización constante de los niveles operativos relacionados con el flujo de la experiencia (Yáñez, 2005).

A modo de síntesis, se puede decir que en el contexto constructivista cognitivo el conocimiento humano constituye un proceso biológico, psicológico y social donde la forma de acumular y procesar la información como respuesta a las demandas del ambiente, ha ido evolucionando progresivamente (Guidano, 1987). El aparato perceptor y cognitivo es producto de dicha adaptación que ha vivido la especie, pero el cerebro es incapaz de tener acceso a la totalidad de información que proviene del exterior por ello, sólo puede subinformar entregando una versión simplificada construida en base a procesos de selección específicos que permitan su conservación (Guidano y Liotti, 2006).

Con respecto a la evolución progresiva de la especie en cuanto a la adquisición del conocimiento, el ser humano en la actualidad al no ser un continente vacío en su acercamiento al mundo, posee ciertas tendencias innatas que preceden la experiencia, es decir que existiría una base previa en cuanto a la búsqueda de regularidades y a la necesidad de encontrarlas. Estas *expectativas innatas* marcan su relación con el mundo, alejándose de la creencia en las impresiones puras y donde cada sensación corresponde a una abstracción y construcción del organismo. Este rol

---

<sup>9</sup> Yáñez (2005) refiere que la progresión ortogenética de un *sistema de conocimiento ontológico*, tiene que ver con “*aspectos referidos a la coherencia e integridad sistémica del sí mismo, en el sentido de la mantención y proyección de su dinámica hacia etapas de mayor complejidad, a través de la reorganización constante de los niveles operativos de flexibilidad y exposición del sistema, abstracción y actividad de los niveles operativos e inclusión sistémica del flujo de la experiencia*” (p.191).

activo es la base de cualquier aprendizaje y por ende, marca la adquisición de cualquier conocimiento de la realidad. De este modo el organismo está permanentemente elaborando hipótesis respecto de la realidad y verificando su ajuste (Guidano y Liotti, 2006).

Otro elemento que aparece al momento de señalar el dominio de posibilidades de lo significativo y de la acción para el sujeto, es el aspecto intersubjetivo<sup>10</sup> y cultural, principalmente encarnado en lenguaje (Bruner, 2002). Este elemento permite la existencia única en la especie humana de dos tipos de conocimiento: la separación de la experiencia inmediata y la elaboración posterior de dicha experiencia, permitiendo codificarla y compartirla socialmente (Guidano y Liotti, 2006). La aparición del lenguaje a nivel tanto filogenético como ontogenético, posibilita la liberación del contexto de la inmediatez de la experiencia, dando paso a la ordenación reflexiva y autorreferencial de ésta: la explicación. Dicha especialización, permite una complementariedad, una nueva integración funcional, mayores posibilidades de exploración y control ambiental y por ende, un incremento en la capacidad adaptativa del individuo (Guidano y Liotti, 2006).

Finalmente, el modo de ordenar y codificar la continuidad de la experiencia ha ido complejizándose, pero siempre ha reflejado los límites autorreferenciales. En este contexto, aparece la figura del *homo psicológico* (Ruiz, 2003) como la forma en que el sujeto inmerso en espacios intersubjetivos desde el nacimiento siempre conforma el conocimiento de sí en relación a otros y viceversa; así es capaz de atribuir intenciones, emociones y estados internos a otros en base a sí mismo para poder aumentar la consensualidad y por lo tanto, sobrevivir (Bruner, 2002; Guidano, 1987).

---

<sup>10</sup> La intersubjetividad refiere a “una condición interpersonal, inherente al ser humano, por lo que el individuo no puede ser comprendido si no es concebido en este contexto. De acuerdo a ello, el ser humano está inevitablemente relacionado con los demás y con sí mismo desde una perspectiva basada en la propia experiencia, lo que hace que la intersubjetividad sea una característica irreductible del ser (Diamond & Marrone, 2003, citado en Duarte, 2012, p.59).

## 4.2 Sentido y Significado en el Desarrollo Ontológico del Sujeto Constructivo

Para realizar un análisis de cómo el sujeto se construye en el devenir de la experiencia, es importante situarse desde una perspectiva evolutiva. De acuerdo a ello, se aprecia que el ser humano como especie posee ciertas estructuras filogenéticas de conocimiento previo, las cuales se basan principalmente, en que para sobrevivir necesitará establecer una relación con otro que garantice su sobrevivencia (Guidano, 1994). El cómo se lleve a cabo este proceso de vinculamiento y los matices que adquiera dependerán de las características personales de los involucrados, de la experiencia en curso y de las particularidades del emergente relacional, incluyendo elementos socioculturales (Guidano y Liotti, 2006).

En este punto es importante señalar desde una perspectiva ontogenética, que el sujeto opera en dos niveles de conocimiento: el tácito y el explícito. Aunque metodológicamente puedan ser diferenciables, en la práctica ambos se encuentran intrincados en la construcción del conocimiento que el sujeto tiene del mundo y de sí, es decir, en su autoconocimiento a partir de otro, lo que conformará en sucesivas construcciones un órgano autorregulador de la propia experiencia en curso (Guidano, 1987; 1994; Guidano y Liotti, 2006).

El conocimiento tácito, es indudablemente el primer tipo de conocimiento que aparece en el desarrollo del sujeto. Se trata de un conocimiento directo e inmediato para el cual las capacidades de verbalización, reflexión y toma de conciencia son totalmente secundarias (Guidano y Liotti, 2006). Este tipo de conocimiento basa su construcción a través del vinculamiento con un otro significativo, principalmente a través de patrones motores, sensoriales y expresivos (Guidano, 1994).

Así, el sujeto al vivir en un mundo intersubjetivo tiende a establecer lazos emocionales estrechos con los cuidadores, lo que se destaca como la condición ontológica básica y fundamental subyacente a todo posible ordenamiento de la experiencia (Guidano, 1994). De acuerdo a ello, es que el niño puede acceder a la *realidad* sólo por medio de la búsqueda de regularidades que ha coordinado con su

otro significativo a través de procesos de aproximación y evitación<sup>11</sup> referidos principalmente a partir de la organización de flujos sensoriales psicobiológicos sintonizados con éste, transformando así a partir de regularidades estos ritmos recurrentes en tonalidades emotivas<sup>12</sup> organizadas y en módulos emocionales específicos (Guidano 1987; Guidano, 1994).

De acuerdo esto, los procesos apego se definirán en torno a cómo se vaya desarrollando la dinámica entre la aproximación y evitación del niño con su figura significativa. Guidano y Liotti (2006) lo entenderán como una autorregulación que se construye durante el curso del desarrollo, comenzando por las disposiciones innatas formadas por los datos experienciales y que direccionarán la búsqueda del niño de proximidad física y contacto afectivo. Por otra parte, Arciero (2004, p.53) referirá que:

*“una organización central de apego consiste en el ordenamiento de una configuración de experiencias prototípicas, afectivamente significativas unidas a un núcleo de actividades conductuales, autonómicas y emotivas. De esta forma, el sujeto es capaz de generar un sentido estable de percepción de sí mismo, modulado por la activación/desactivación rítmica de tonalidades emotivas opuestas, dándose de esta forma continuidad en el tiempo”.*

A través de la predictibilidad y regularidad en la relación significativa que tenga el niño, a propósito de si serán o no satisfechas sus necesidades fundamentales, es que se comienza a bosquejar un sentido personal precario, sin embargo, matriz de las futuras construcciones que el sujeto realizará (Holmes, 2009; Vergara 2011). De

---

<sup>11</sup>Guidano (1994) refiere que el niño mediante el ordenamiento autorreferencial, a través de la búsqueda de proximidad con los cuidadores, percibe el mundo y el propio flujo sensorial en el proceso de aproximación y evitación.

<sup>12</sup>Guidano (1987) refiere que la tonalidad emotivo, o bien “tono emotivo” es “*una actitud emocional que corresponde a esquemas emocionales que conllevan la información de que el mundo social es más o menos confiable o la expectativa de cuan satisfactoriamente se van a llenar las necesidades*” (p. 40).

acuerdo a lo anterior, es que se explica el porqué del rol primordial que tiene la primera relación significativa, puesto que ésta posibilita el desarrollo de dicho sentido, otorgándole unicidad y singularidad al sujeto a través del tiempo. En dicha relación se van articulando diferentes elementos: la tonalidad emotiva, las explicaciones que se van obteniendo de los acontecimientos y la respuesta del cuidador ante el niño (Vergara, 2011). Por lo tanto, el nivel de predictibilidad en la relación (en torno a la disposición del cuidador) que se va formando a través de diferentes procesos de aprendizaje (primando inicialmente la imitación y posteriormente la identificación<sup>13</sup>), genera *“un patrón vincular específico y por ende, una recurrencia vivencial que estará a la base del sentido personal”* (Vergara, 2011, p. 37). A este respecto, Arciero (2004, p. 53) refiere que:

*“el sentido de permanencia de sí mismo se organizará alrededor de las emociones recurrentes cuyo orden y regulación dependerá de la calidad específica de los patrones de apego en curso; y que por otra parte, la consistencia en el tiempo de la relación con la figura de apego contribuye a estabilizar aquél sentido prototípico de permanencia de sí mismo, alcanzado en el curso de las primeras fases del desarrollo”.*

Sin embargo, y a pesar de que las figuras significativas tienen un rol primordial en abrir paso al niño en su acceso al mundo, constituyendo de esta forma parte de la subjetividad<sup>14</sup> de éste, es importante señalar que:

---

<sup>13</sup>Guidano y Liotti (2006) entienden el proceso de identificación, a través de resultados de observaciones clínicas, como el proceso en el que los individuos tienden a asemejarse a las personas con las que se relacionan, como una forma activa del sujeto en la construcción del sí mismo. Destacan que es un concepto debatible sobre todo para quienes no comparten el enfoque psicoanalítico.

<sup>14</sup> Zúñiga (2012) reconceptualiza el concepto de subjetividad como *“un proceso de primer orden en donde se van configurando nociones pre-conceptuales derivadas del fenómeno experiencial, que se asociarían a la permanencia de sí, porque en términos de organización psíquica estos componentes emergentes de la mismidad contribuirán al sistema de un eje de referencia (de regularidades tácitas)*

*“...pese a la dependencia que se da en la relación y afectar la constitución del sí mismo, no es suficiente para determinarlo. Es así, como las características propias del sujeto (en cuanto a aspectos temperamentales) irán circunscribiendo un ámbito particular de la experiencia en curso, jugando también un rol fundamental en la constitución del sujeto”*(Vergara, 2011, p. 40).

Hasta este punto, se ha destacado cómo opera la construcción del conocimiento inicialmente tácito y que da origen al desarrollo de sentido de sí mismo, asegurando la permanencia en el tiempo del sujeto. Además, se ha puesto de manifiesto la función intersubjetiva que Arciero (2004) destaca como una de las constitutivas del sí mismo, en la que el sujeto logra hacerse parte del grupo. Posteriormente, a través del propio desarrollo cognitivo y su coordinación con el núcleo significativo, se irá vislumbrando la segunda función del sí mismo planteada por el mismo autor: la función de individuación.

Guidano (1994) y Arciero (2004) plantean que la constitución del sujeto, tiene que ver con los límites del sí mismo, es decir, con la capacidad de autoperibirse de forma diferente al grupo de pertenencia a pesar de haberse construido en él y a través de él, originando de esta forma sus propios límites. Para esto el sujeto debe hacer la distinción yo / no yo a través de la percepción de su permanencia y la de los otros. Con respecto a lo anterior es que Piaget (1974, citado en Vergara, 2011, p. 44), introduce el concepto de objeto, el cual hace referencia *“a un conjunto de creencias implícitas respecto a la naturaleza básica y a la conducta de todos los objetos, incluidos el ser humano”*. Así, la construcción de objeto permite instalar en el sujeto la vivencia de singularidad y permanencia en el tiempo. En forma paralela, también los primeros bosquejos de la construcción del sí mismo se basarán en la conducta de desapego, principalmente en el periodo posterior a la infancia temprana con la adquisición de la marcha y el comienzo del desarrollo del lenguaje. *“Su búsqueda específica de cercanía física, que era casi exclusiva hasta esa época, se torna menos intensa. Los niños en crecimiento, debido a la estabilidad de sus representaciones internas, se hacen cada*

---

*para la experiencia, que genera un ordenamiento interno que influenciará todo despliegue intrasistémico”* (p. 82).

vez más capaces de tolerar separaciones breves” (Guidano y Liotti, 2006, p. 21), iniciándose así el proceso de desapego.

De acuerdo a lo anterior, es que en este periodo del desarrollo del sujeto se podría decir que éste es capaz de autorreconocerse es decir, de experimentarse subjetivamente a partir de que es una entidad diferenciada de los otros objetos y personas del mundo circundante (Guidano, 1994). Es entonces que el sujeto será capaz de:

*“(...) verse como un yo, a través de un mí<sup>15</sup> y podrá anticipar las percepciones que tienen otros sobre él, facilitando el reconocimiento de esquemas emocionales a partir de la corriente de estados interiores recurrentes, estructurándolos en experiencias emocionales específicas, conectadas con intenciones relacionadas y conductas orientadas hacia metas”* (Guidano, 1994, p. 35).

En este sentido es que se encuentran las condiciones necesarias para identificar aspectos del *sentido personal*<sup>16</sup> de un sujeto, es decir del *“núcleo que le otorga a la identidad personal, la noción de ser único y permanente en el tiempo, constituyéndose así, en la estructura organizativa de la identidad”* (Vergara, 2011, p. 5). Cabe destacar, que no será sino hasta el final de los años pre escolares, que el sujeto adquirirá plena comprensión de los otros, percibiéndolos como personas diferentes con respecto a sí mismo (Arciero, 2004) y de esta manera concebirse como un individuo. Sin embargo, esta autorreferencialidad evidenciada a través de la construcción de mundo necesita ser protegida. Guidano y Liotti (2006, p. 75) al respecto referirán que:

---

<sup>15</sup>En el constructivismo cognitivo el yo es entendido el sujeto que experimenta, mientras el mí constituye la explicación que se da a dicha experiencia (Guidano, 1994).

<sup>16</sup> Vergara (2011) incluye en la noción de sentido personal *“la forma en que el sujeto se percibe a sí mismo, como una autoestima, referida al valor personal que le otorga a su persona, acciones y pensamientos”* (p.7). Además, incluye la noción de autoidentidad, ésta referida a los elementos que el sujeto es capaz de distinguir como propios.

*“(...) experimentamos el mundo como una realidad dada e indiscutible; es por ello, que necesariamente debemos estructurar una actitud hacia nosotros mismos que nos permita sostenernos en una definición plausible; esto es, una definición que no sea incompatible con -sino que al contrario, salvaguarde- aquellos aspectos del autoconocimiento que reconocemos como “el yo mismo”; una definición que sostenga a la luz de los eventos y situaciones varias, lo que caracteriza al sujeto en la interacción con el ambiente”.*

Así, con el avance madurativo del sujeto especialmente a nivel cognitivo y con ello la introducción del lenguaje, *“la experiencia personal se va integrando progresivamente en estructuras narrativas<sup>17</sup> que permitirán dar un sentido a la propia experiencia”* (Arciero, 2002, p. 62) y de esta forma el sujeto asegurará características como familiaridad y estabilidad, sedimentando así su orientación en el espacio, tiempo y en contextos sociales respecto al fluir de los acontecimientos (Chafe, 1990, citado en Arciero, 2004). Además, la reestructuración cognitiva propia del desarrollo hará posibles nuevos niveles de abstracción, transformando la modulación de estados internos en patrones de autocomprensión que modifican la experiencia inmediata en curso y facilitan su articulación (Guidano, 1994). En tal sentido, cabe destacar que si bien las experiencias idiosincráticas del sujeto constituyen una forma de autoorganización en la construcción de su mundo, la explicación de dicha experiencia, constituirá también una forma de autoorganizarse de acuerdo con los diferentes significados que este sujeto atribuya a su experiencia, a través de la interacción con otros desde el lenguaje. Es decir, constituye una forma de autoorganización en concordancia con reglas semánticas y léxicas que permiten la reestructuración de la experiencia inmediata en términos de proposiciones vale decir, como objetos. De

---

<sup>17</sup>Arciero (2002) se refiere al concepto de *estructura narrativa* a la integración progresiva de la experiencia personal del sujeto, lo que le permite dar sentido a su experiencia en curso, y de esta forma, facilitar la estabilidad, familiaridad y orientación en el tiempo en el fluir de los acontecimientos. Su función es la de *“elaborar emociones temáticas e integrar emociones discrepantes y los acontecimientos inesperados, en el fluir de la experiencia, otorgando de esta forma, un sentido de unidad”* (p. 62).

acuerdo a ello, es que la mismidad<sup>18</sup> constituye una estrategia evolutiva que apunta a lograr la estabilidad, la coherencia interna, que el sistema necesita para sobrellevar un medio siempre cambiante a través de niveles superiores de funcionamiento (Guidano, 1994). Es entonces, que *“el sí mismo como sujeto (“yo”) y como objeto (“mí”) aparecen como dimensiones irreductibles de la dinámica de la mismidad, cuya direccionalidad depende del devenir de la experiencia vital y cuyo mantenimiento es tan importante como la vida misma”* (Guidano, 1994, p. 20).

Ahora bien, las versiones que se tienen de sí mismo son producto de significaciones culturales, es decir, la significación de la experiencia y su explicación es intersubjetiva desde el momento en que las dinámicas sociales constituyen para el sujeto un marco de referencia que le permite interpretar de una manera particular su experiencia (Vergara. 2011). Si bien a nivel grupal la significación tiene que ver con el compartir, con lo consensual e inteligible para todos, es a nivel individual en que se refleja la comprensión de los propios límites del sí mismo, en el que el significado personal representa el proceso proactivo que salvaguardará el autoconocimiento previo en una forma diferente de autoorganización (Guidano, 1994) y que tendrá como objetivo último, mantener la coherencia del sistema; como en el modelo investigativo de Lakatos<sup>19</sup>, constituir una barrera entre el núcleo y el entorno: un cinturón protector y de esta manera continuar el ciclo vital construyendo un mundo coherente, histórico, continuo, singular y permanente. Con respecto a esto Piaget (1969, p. 7) señalará que *“cualquier conocimiento trae siempre consigo y necesariamente, un factor fundamental de asimilación, que es lo único que confiere una significación a lo que es percibido o concebido”*.

---

<sup>18</sup> Vergara (2011, p. 5) concibe la mismidad como *“un proceso de mantenimiento, que a través de la búsqueda constante de coherencia interna, constituye al sentido personal como unidad organizativa”*.

<sup>19</sup>El Modelo Lakatos (1974) considera que una teoría científica está organizada como un programa de investigación, frente a lo cual Guidano y Liotti (2006) realizan la analogía de este programa en relación al estudio de la organización y funcionamiento del conocimiento de un individuo en particular.

Como se señaló anteriormente, el significado personal se constituye en un contexto sociocultural, lo que hace de éste una adquisición intersubjetiva, situación que implicará revisar las dinámicas sociales en las que el sujeto fue criado y las figuras significativas que participaron en dicho proceso, puesto que son ellas quienes dotan al niño en cuanto a ámbitos nominales y conceptualizaciones, tanto para designar objetos en el mundo, como los estados internos que el sujeto vivencia (Vergara, 2011).

De acuerdo a ello, es que el significado personal se constituirá desde la capacidad del sujeto para coordinar la nominación de objetos con las vivencias emocionales que se desprenden de la relación que establezca con éstos (Vergara, 2011), es decir, desde una función simbólica<sup>20</sup> que articula tanto significantes como significados (Bruner, 2002). En tal sentido, las bases del significado personal serán producto de los estados emocionales aún no totalmente diferenciados con la coordinación que el sujeto logre con el medio (Guidano y Liotti, 2006).

Respecto a lo anterior, Vergara (2011, p. 5), define el significado personal como:

*“un proceso mediante el cual, el sujeto interpreta y hace propia su experiencia, otorgándole un sello personal que evidencia su subjetividad. Representa el contenido de la experiencia que se actualiza constantemente dependiendo tanto de los recursos que tiene el sujeto, como de las experiencias que acontecen”.*

Con respecto a los contenidos de la experiencia que van actualizándose, es importante destacar que el sujeto, autorreferencialmente, ajustará las explicaciones con el fin de garantizar que sus construcciones de mundo tengan una lógica histórica y de esta manera, dar continuidad al sentido personal a través de lo que se explique, es decir, de distintas significaciones que el sujeto pueda otorgarse. De acuerdo a ello, es que el significado personal corresponde al operar del sentido personal y los constantes

---

<sup>20</sup> Bruner (2002; citado en Vergara, 2011, p. 54) se refiere a la función simbólica como “aquella capacidad que permite la conexión entre significantes y significados, alcanzando tanto el campo de los símbolos como de los signos (es algo que está, para alguien, en lugar de algo o en algún aspecto o capacidad)”.

desajustes que el sujeto experimente con el medio en cuanto a continuidad, a nivel de ipseidad<sup>21</sup>, lo que conllevará a un reajuste en el significado personal. Por lo tanto, cada reorganización tendrá un número definido de posibilidades de significación, es decir, un rango acotado que proporcionará el sentido personal (Vergara, 2011).

Finalmente, el sentido de continuidad<sup>22</sup> del sujeto, de acuerdo a Arciero (2004, p. 74):

*“(...) está fuertemente enraizado a la relación de apego con la figura de referencia a partir de la adolescencia, y posteriormente en la vida adulta, va estabilizándose cada vez más en una narración de sí mismo autónoma con respecto al fluir de la vida, pero cuya estabilidad y direccionalidad es contingente con el fluir de la experiencia, lo que otorgará al sujeto su singularidad”.*

Sin embargo, cuando se define al sujeto, como constructor del sí mismo a través de la intersubjetividad, se definen también el encuentro de alteraciones y revisiones de su propia continuidad.

### **4.3 Cambio y Psicoterapia en el Sujeto Constructivo**

Yáñez (2005) destaca que el sujeto se desenvolverá constantemente en una *tensión esencial* entre mecanismos de mantención y mecanismos de cambio en el sistema. En tal sentido, destaca que existen dos tipos de tensiones: la primera, tiene que ver principalmente, con la interacción cotidiana del sujeto con el medio es decir, con una tensión que tiene que ver con el intercambio y la contingencia propia de lo

---

<sup>21</sup>Vergara (2011, p. 5) se refiere al concepto de ipseidad como *“un proceso de constante cambio que se expresa en el significado personal, y que permite la evolución y complejización del sujeto”.*

<sup>22</sup>Arciero (2004, p. 76) se refiere a la continuidad del sí mismo como *“la búsqueda de concordancia entre las situaciones intercurrentes y el sentido de estabilidad personal”.*

cotidiano entre el sujeto y el ambiente. Dicha tensión, puede ser resuelta de acuerdo a patrones de acción fija<sup>23</sup> y patrones biológicos de objetivo establecido<sup>24</sup>.

La segunda tensión, tendrá que ver con demandas medio ambientales críticas o desbordantes para el sistema, frente a las cuales el sujeto responderá al límite de su organización presentándose por un lado, un reordenamiento que implique cambios a nivel de estructura, de manera que le permita responder frente a tales presiones críticas, o por otro lado, la imposibilidad de resolver dicha tensión, conduciéndose éste al caos y a la desorganización. Yáñez (2005) refiere que esta tensión producirá un quiebre y una posterior revolución de acuerdo a los parámetros autoorganizacionales del sujeto. Arciero (2004) define dicho proceso como discontinuidades en el ciclo vital, es decir, como:

*“Las situaciones o acontecimientos inesperados que ponen en jaque la identidad narrativa del sujeto, provocando emociones que perturban el sentido de continuidad personal (...) La integración de la narrativa en curso reactiva temas emocionales, y con ello, aspectos internos, imágenes, escenas, secuencias de acciones, pensamientos. Es decir, la asimilación de la experiencia inesperada implica tanto el reordenamiento de la retrospectiva histórica, como del reensamblaje de proyectos de vida coherentes con la revisión de la propia historia. En tal sentido, la integración coherente del acontecimiento comporta una modulación de las tonalidades discrepantes, que vienen así percibidas, reconocidas o*

---

<sup>23</sup>Safran (1994, citado en Yáñez, 2005, p. 82) refiere a que son “patrones estructurados y altamente estereotipados de movimiento, que una vez que se ponen en marcha siguen su curso típico hasta completarse”.

<sup>24</sup>Safran (1994, citado en Yáñez, 2005, p. 82) refiere que dichos patrones tienen “incorporado biológicamente su objetivo, pero no está especificado el patrón para su consecución (...) el sistema selecciona ciertas conductas en respuesta a una retroalimentación continua sobre el progreso que realiza el organismo en la consecución del objetivo”.

*transformadas en variaciones del sentido de la continuidad personal'*  
(p.75).

Cuando el sujeto enfrenta dichas discrepancias, es que resulta necesario realizar un cambio, es decir, una reorganización del sistema que permita que éste, frente a las presiones del ambiente, cuente con respuestas posibles para enfrentarlas. De acuerdo a lo anterior, es que es posible definir dos tipos de cambios: en primer lugar, un cambio mínimo que *“representa una modificación a nivel de funcionamiento superficial en los ejes de las dimensiones operativas, lo que supone que el sujeto se conduzca con mayor flexibilidad, abstracción, inclusión, exposición y proactividad”* (Yáñez, 2005, p. 83), es decir, un cambio a nivel del operar, lo que generalmente se relaciona con la presentación de síntomas. El segundo tipo de cambio, se refiere a cambios profundos o máximos, lo que supone aumentar los niveles de autoconciencia del sujeto a través de desarrollar actitudes lingüísticas que permitan una mayor simbolización de la experiencia, consistentes con la mantención estable del sistema (Yáñez, 2005). Este último tipo de cambio, implica un reordenamiento de los sistemas de conocimiento idiosincráticos del sujeto, lo que implica un alto costo para éste, sin embargo, ventajas comparativas irrenunciables para el sistema respecto a su estado previo (Yáñez, 2005). De esta manera, el abandono sobre la noción de sí mismo y del mundo que implica este cambio, fuerza al sujeto a una deconstrucción<sup>25</sup> de la noción de sí mismo y del mundo aumentando sus niveles de complejidad y adaptabilidad.

Siguiendo con las ideas de presión y cambio, Piaget (1997) especifica lo anterior en torno a los conceptos de desequilibrio y reequilibración, es decir de ciclos epistémicos, contenidos en un proceso autorregulador de asimilación<sup>26</sup> y

---

<sup>25</sup>Desde el modelo Constructivista Cognitivo, el concepto de deconstrucción alude a *“la renovación de estructura y organización, en pro de etapas de un desarrollo más elevado, sin perder su carácter de unidad y de permanencia histórica”* (Yáñez, 2005, p. 86). Además, *“la deconstrucción va acompañada de, o se haya entrecruzada con, la recomposición, el desplazamiento, la disociación de significantes como interrupción de síntesis, de todo deseo de separación”* (Ferrater Mora, 1999, p. 821).

<sup>26</sup>*“Incorporación de un elemento exterior (objeto, acontecimiento) en un esquema sensorio-motor o conceptual del sujeto”* (Piaget, 1978, p.8).

acomodación<sup>27</sup>. Respecto a ello señala que para que ocurra un desequilibrio, es necesaria una perturbación<sup>28</sup> en el sistema, es decir, *“un descubrimiento, una noción nueva, que requerirá de todo un juego de regulaciones<sup>29</sup> y compensaciones<sup>30</sup> para llegar a la coherencia”* (p. 32). Además, el autor afirma que no toda perturbación se puede considerar un desequilibrio, puesto que para que esto ocurra es esencial que la perturbación genere la necesidad y posibilidad de ser resuelta por el sistema. De esta manera, la principal función del desequilibrio es ser formadora puesto que su superación permite la complejización y reorganización del sujeto, desembocando en equilibraciones maximizadoras<sup>31</sup> (Piaget, 1978). En otras palabras, los procesos de equilibración permiten la construcción de nuevos conocimientos, más complejos y abarcativos siendo así, respuesta a los constantes desequilibrios a los que el sujeto se ve enfrentado (Vergara, 2011).

Respecto a ello, cuando el sujeto se enfrenta a presiones máximas del ambiente o desequilibrios muy complejos, éste responde al límite del sistema, o simplemente le es imposible responder, produciéndose una rigidez en el operar y por lo tanto, dificultando el logro de la coherencia (Yáñez, 2005; Vergara, 2011). De acuerdo a ello, éste constituye uno de los principales motivos por los que el sujeto asiste a

---

<sup>27</sup>*“Necesidad en que se encuentra la asimilación de tener en cuenta las particularidades de los elementos que hay que asimilar”* (Piaget, 1978, p. 8).

<sup>28</sup>Se entiende el concepto de *perturbación* como la falta de simetría entre las afirmaciones y contradicciones en el proceso de construcción lógica del sujeto (Piaget, 1975).

<sup>29</sup>El concepto de regulación es entendido por Piaget (1978) como sistemas de feedback o bucles que permiten la modificación de la acción a partir del resultado o efecto producido por la misma, a través de mecanismos de reforzamiento positivo y negativo.

<sup>30</sup>El concepto de compensación es entendido por Piaget (1978, p. 30) como *“una acción de sentido contrario a un efecto dado, que tiende a anularlo o a neutralizarlo”*.

<sup>31</sup>Para Piaget (1978) la equilibración maximizadora refiere a una estructuración orientada hacia un equilibrio mejor. En ningún caso, debe entenderse dicho concepto como estático ni definitivo, sino como un motor constitutivo en la complejización del sujeto.

psicoterapia, resultando necesario constatar la existencia de dificultades específicas que han generado desadaptación y malestar subjetivo al individuo y ante las cuales ha visto como su habitual operar ha sido sobrepasado (Yáñez, 2005). A este respecto se va dando paso a la necesidad de un otro auxiliar preparado que pueda ser capaz de involucrarse para entender el conflicto que se ha generado, pero a la vez, que pueda tomar la distancia suficiente que le permita movilizar al individuo desde ese modo de funcionar hasta uno que le otorgue una relación *más amigable* consigo mismo y con el medio.

Cabe destacar que las condiciones del cambio y lo que se entienda por éste, en el modelo constructivista cognitivo, no se dan a priori, puesto que éste es definido por el paciente. Cada cosa que éste dice que le sucede, debe ser referida a él para acceder a sus formas de significación y así, al mundo emotivo que está detrás; de esta manera, lo que el paciente dice, refleja la forma en que éste está organizándose para alcanzar su coherencia (Guidano y Liotti, 2006).

Con respecto a la psicoterapia, existen múltiples definiciones acerca de lo que es un proceso psicoterapéutico (Guidano y Liotti, 2006) sin embargo, en el presente trabajo se adoptará la entregada por Yáñez (2005, p. 80):

*“la psicoterapia constructivista cognitiva es un procedimiento basado en este modelo teórico psicológico y en una relación técnica y profesional, que provee un terapeuta a su paciente, quien requiere del servicio profesional especializado, a causa de la desorganización creciente de una particular forma de vivir, que trae consigo aflicción. Su objetivo es el logro del cambio a través de un proceso interpersonal que conforma la alianza terapéutica<sup>32</sup>, base primordial de la reorganización de los sistemas de conocimiento”*

De este modo, el cambio tendrá cabida en la medida que exista un reconocimiento del conocimiento previo del sujeto, por parte de éste, y de sus

---

<sup>32</sup>La alianza terapéutica se define, además del vínculo entre paciente y terapeuta, por objetivos y metas trazadas conjuntamente (Bordin, 1979; citado en Safran & Segal, 1994).

contradicciones y paradojas. Los desórdenes emocionales y conductuales aparecen como una manifestación de estas contradicciones y paradojas, revelados en un ambiente que ya no se acomoda a ellos (Guidano y Liotti, 2006). En tal sentido, la psicoterapia constructivista cognitiva incorpora el marco del modelo procesal sistémico, el cual tiene como objetivo aumentar el conocimiento de las propias reglas de funcionamiento, implicando así, un aumento en la conciencia de sí mismo (Guidano 1994; Guidano y Liotti, 2006).

De acuerdo a lo anterior, es que se destaca que en psicoterapia lo que ocurre, es que a partir de un desequilibrio en el sistema, en el que éste se ve superado, necesitará a un otro auxiliar para reequilibrar la discrepancia. Así, la reequilibración que se debiese producir en el proceso psicoterapéutico consistirá en la movilización en las categorías de flexibilidad, abstracción, inclusión, exposición y proactividad, es decir a nivel de dimensiones operativas, constituyendo de este modo una *progresión ortogenética*<sup>33</sup> en el sistema, y de esta manera una equilibración maximizadora (Guidano y Liotti, 2006; Piaget, 1997; Vergara, Septiembre 2012, comunicación personal).

---

<sup>33</sup>La progresión ortogenética es entendida como “*el proceder del sistema hacia niveles más integrados de orden estructural y complejidad, es decir que los cambios en la asimilación de la experiencia producidos por la reorganización sistemática de las pautas de coherencia interna, finalmente desembocan en la aparición discontinua de niveles más inclusivos de conocimiento de sí mismo y del mundo*” (Werner, 1948; citado en Guidano, 1994, p.23).

## **II. SEGUNDA PARTE**

### **5. DIMENSIONES OPERATIVAS**

#### **5.1 Preámbulo del concepto**

El concepto de dimensiones operativas, data desde tiempos en que se hace un intento por conceptualizar una serie de características consistentes en polaridades antitéticas que expresan el funcionamiento operativo de la mismidad de un sujeto como respuesta al medio, identificando a éste en situaciones contextuales e interpersonales en un momento dado (Guidano y Liotti, 2006).

En primer lugar, resulta relevante destacar que las dimensiones operativas implican actualmente, una serie de cinco categorías conceptuales que identifican los diferentes movimientos, o desplazamientos que puede realizar un sujeto en un continuo, frente a diferentes situaciones, en que un sistema de coherencia interna específico, se desborda debido a una serie de experiencias que provee el contexto situacional e interpersonal. Dicho desequilibrio, se caracteriza por una falta de explicación y asimilación de vivencias, lo que vendrá a poner a prueba, o en juego, la mismidad propia del sujeto. En tal sentido, las dimensiones operativas actuarán como estrategias que toma el sujeto frente a experiencias del medio, y que entonces, actuarán como una forma de regulación entre los sistemas de mantenimiento, entendidos como los procesos de mismidad, y los de ipseidad, es decir, lo novedoso, lo perturbador y discrepante que deberá ser integrado en el propio sistema en un todo coherente. Así, las dimensiones operativas se tornarán un aspecto específico del sujeto, caracterizando su particularidad como individuo proactivo en la construcción de su realidad y por lo tanto en estrategias particulares de respuesta (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

En segundo lugar, es importante destacar que el concepto de “lo operativo” de estas dimensiones se basa en que reflejan el modo particular en que el sujeto lleva a

cabo la interacción con el medio, con el fin de mantener la coherencia interna del sistema. Esta forma, le permitirá al sujeto incorporar sus experiencias desbordantes y de esta manera, integrarlas a su identidad, conjugándose tanto mismidad como ipseidad en dicha experiencia. Esto posibilita el mantenimiento del funcionamiento interno con la menor cantidad de síntomas posibles (Yáñez, 2005).

De acuerdo a lo anterior, es que la normalidad se relacionaría con el despliegue dinámico que lleva a cabo el sujeto, en cuanto a flexibilidad, plasticidad y generatividad con las que éste desarrolla su coherencia sistémica a lo largo del ciclo vital y en el cual constantemente tendrá que enfrentar discrepancias propias de estar en un medio inestable (Arciero, 2004; Yáñez, 2005; Guidano y Liotti, 2006).

En tal sentido, Yáñez (2005) sistematiza el concepto de dimensiones operativas refiriendo que éstas corresponden al nivel de funcionamiento superficial de un sujeto, es decir, al funcionamiento cotidiano de éste, dentro de los límites de la mismidad del sistema y los procesos de mantenimiento. Con ello, se destaca que la tendencia central del sistema es mantener la coherencia, incluso al costo de levantar ciertos mecanismos de defensa, llamados sistemas de conocimiento de control descentralizado, lo que de algún modo, impedirá la vivencia completa de la experiencia y su integración en el sí mismo. En este sentido, su integración se producirá de forma parcial, generando posibles síntomas (Mandakovic, 2005).

De acuerdo a lo anterior, es que a continuación se desarrollarán las cinco dimensiones operativas propuestas por Yáñez (2005) y la función que cumplen cada una de ellas en el mantenimiento de la coherencia interna del sujeto, señalando además, en qué caso fracasaría una de estas categorías conceptuales y operativas, generando así, una posible psicopatología.

## **5.2 Constitución de las dimensiones operativas en el desarrollo ontológico del sujeto constructivo**

### **5.2.1 ABSTRACCIÓN / CONCRECIÓN**

La dimensión operativa concreción abstracción da cuenta del proceso intersubjetivo de simbolización, lo que implica la construcción de la realidad por parte del sujeto que va desde formas concretas, propias de la formación de esquemas de acciones, hacia abstractos, propios de la representación. Esta se lleva a cabo por medio de la sucesiva configuración de operaciones cognitivas como secuenciar, categorizar, seriar y desplazar, entre otras, tras lo cual es posible el paulatino desarrollo de la noción de objeto (sí mismo/ no sí mismo) más allá del campo perceptivo inmediato, configurándose así a través de un proceso constructivo, su permanencia en el espacio y tiempo (Piaget, 1961; 1965; 1997).

De acuerdo a lo anterior, es importante señalar que si bien se observará el desarrollo de la concreción y abstracción como un proceso complementario que va de la mano con la configuración de los procesos propios del pensamiento, en ningún caso la construcción de los instrumentos del pensar determinarán un pensamiento propiamente concreto o abstracto, si no al contrario, darán cuenta de la movilidad que adquieren estas formas diferentes de construir un mundo a partir de las discrepancias que el sujeto constructivo experimente en el devenir siendo y que deberá incluir en los procesos propios del mantenimiento del sistema (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

Los procesos de simbolización en el sujeto, a través del paso desde el pensamiento concreto hacia el abstracto, se han planteado como discontinuos (Wallom s/f, citado en Piaget, 1961), generalmente especificados desde el inicio del lenguaje, como si de un momento a otro, el niño pudiese tener la capacidad de representar el mundo que le rodea y de representarse, característica desconocida para éste antes del inicio del lenguaje. Sin embargo, es la continuidad funcional entre esquemas sensoriomotores y representativos, los que serán analizados principalmente desde Piaget con el fin de no

visualizar el desarrollo del pensamiento en el sujeto como discontinuo, sino al contrario, a través de la construcción sucesiva de la función simbólica como continuidad entre los procesos de concreción y abstracción, la cual orientará la constitución de las estructuras sucesivas donde podría resultar evidente para el observador que existe representación y abstracción como tal, dando cuenta así de la continuidad que se observa en el desarrollo ontogenético del sujeto (Piaget, 1961).

En primer lugar, se hará referencia a la inteligencia sensoriomotriz la cual logra niveles de adaptación, es decir de inteligencia de acuerdo al concepto piagetiano, cuando se logra un equilibrio entre procesos de asimilación y acomodación en un contexto inmediato y concreto, en otras palabras cuando aún para el niño no existe una temporalidad vital en la cual desenvolverse, teniendo la capacidad de poder actuar considerando un pasado y un futuro en el porvenir. Más bien, se trata acá de un contexto definido por el propio cuerpo del infante conformado por distintos espacios egocéntricos<sup>34</sup> que están construyéndose en torno a la percepción del espacio y desplazamiento.

En tal sentido, Piaget (1961) en esta etapa de construcción de mundo a través de los sentidos y la motricidad concluirá que es aquí cuando se empezarán a constituir y a coordinar los primeros esquemas de acción, es decir, organizaciones que se forman a partir de la construcción plausible de conocer un mundo a través de la acción<sup>35</sup> concreta, la cual cabe destacar, se diferenciará, multiplicará y coordinará en un largo y complejo desarrollo. Sin embargo, ¿en torno a qué será posible esta construcción que va desde

---

<sup>34</sup>Se entiende como egocentrismo “la primacía de la satisfacción sobre la comprobación objetiva; de ahí proviene la característica del pensamiento inicial del niño que es intermediario entre el juego y la adaptación y la deformación de lo real en función de la acción y del punto de vista propio” (Piaget, 1961, p. 388).

<sup>35</sup>Se entiende por acción no solo el acto motriz que se efectúa sobre un objeto externo, sino también lo que constituye una acción perceptiva destinada a poder recibir información organizada del medio (Piaget, 1997).

la percepción concreta del mundo hacia una más bien abstracta?, ¿a través de qué medios?

A este propósito se dirá que existen variados estudios acerca de, por ejemplo, la naturaleza refleja e innata con que nacería el bebé, desconociendo de alguna forma que ya desde aquellos inicios existe un dejo de la experiencia que comienza a ser coordinada, si bien, a niveles primitivos respecto a los cuales el niño posteriormente podrá continuar su construcción de mundo (Piaget, 1961). Al respecto Piaget (1978) describe la existencia de un regulador interno que no se constituiría sólo por elementos hereditarios, si no por el proceso funcional de asimilación. En tal sentido, *“la totalidad de un sistema desempeña la función de un regulador con respecto a los elementos parciales, porque les impone una norma extremadamente restrictiva: someterse a la conservación del todo”* (p. 27). De acuerdo a ello, en un inicio será a través de la construcción de esquemas de acción, que irán desde aspectos concretos de la realidad y que el infante podrá conocer y acceder al mundo desarrollando nociones acerca del espacio y de los desplazamientos que activamente lleva a cabo para ello, pero que sin embargo, sólo se remitirán a la acción actual. Es decir, el conocimiento que se adquiriera del ejercicio de accionar sobre la realidad será aplicado solamente cuando se presente una situación similar donde llevar a cabo el mismo ejercicio, lo que implica un funcionamiento en el plano concreto de la experiencia cotidiana. En tal sentido, el esquema de acción<sup>36</sup> se aplicará sin mayores modificaciones a todo un conjunto de objetos en contextos semejantes. De acuerdo a lo anterior, si bien en un comienzo no se observa explícitamente una distinción propia en la acción, en cuanto a una mejora de ésta al tomar sus características particulares (por ejemplo, cuando no se sabe si un bebé llora porque le pasa algo, o bien porque se “contagió” del llanto de otros), si es posible hacerlo en periodos posteriores, dando cuenta así de una diferenciación funcional que se va produciendo de forma continua en torno a la especialización del

---

<sup>36</sup>Piaget (1961) describe un esquema de acción como aquello que queda del lado del sujeto como adquisición cognitiva de la experiencia de accionar sobre sí mismo y los objetos que lo rodean.

esquema de acción. De acuerdo a ello, es que en el periodo sensoriomotor se puede notar como el niño comienza a imitar y a constituir los primeros significantes a través de imágenes (Piaget, 1961).

La imitación constituye la copia de un modelo mediante la experiencia. De acuerdo a Piaget (1961) lo que ocurre en la imitación es que la acomodación se superpone a la asimilación. *“Esta primacía es la que la caracteriza, y esto desde un nivel en el cual el sujeto se limita a reproducir los sonidos conocidos o los gestos ya ejecutados de manera visible para el propio cuerpo”* (p. 376). En tal sentido, no se presenta una diferenciación evidente, sin embargo con la imitación de nuevos modelos ésta se producirá como tal, lo cual *“constituye una acomodación activa; y este esfuerzo acomodador tiende a un fin que no es el de la utilización, sino el de la copia y adecuación”* (p. 377).

De acuerdo a lo anterior, es en este mismo periodo cuando se observa la construcción de la permanencia de un objeto o bien una figura; ya no será necesario que el objeto o la figura a imitar esté presente para llevarla a cabo<sup>37</sup>, sino que esta imitación es también plausible de realizarse en ausencia de ésta, lo cual constituye un paso importante en cuanto a coordinación e interiorización de la acomodación, y por lo tanto de abstracción, respecto de la imitación inicialmente concreta (Piaget, 1961).

Además, a la imitación en ausencia del objeto o figura es que la acomodación comienza a interiorizarse y se continúa con la representación y abstracción como tal, formándose así imágenes, significantes que se posicionarán como un estado de construcción intermedio de la función simbólica, entendiéndose ésta como la continuidad entre la acción sensoriomotora propiamente tal y los sucesivos procesos de representación (Piaget, 1961).

En tal sentido, se observa que la imitación se independiza de la acción actual y se hace posible el imitar interiormente a diferentes modelos dados como imágenes de

---

<sup>37</sup>Piaget denomina a este tipo de imitación “imitación diferida” y agrega que tienen lugar por la capacidad pre-representativa, poseyendo un carácter casi simbólico (Piaget, 1961).

actos, teniendo como consecuencia para el sujeto los primeros despegues de la experiencia inmediata, concreta, en imágenes (Piaget, 1961).

Sin embargo, si en el proceso de construcción del pensamiento a partir de la imitación, continúa existiendo un desequilibrio en torno a una primacía de la acomodación por sobre la asimilación en el desarrollo posterior, es muy probable que el sujeto quede atado a ciertas imágenes tipo, lo que traerá como principal consecuencia que en la experiencia sus esquemas respecto a estas imágenes tipo se rigidicen, y de esta manera, mantenga una constante discrepancia con el medio difícil de integrar en el sí mismo y que solucionará de maneras propiamente concretas, bloqueando de este modo, la capacidad de generatividad y complejización del sistema (Piaget, 1961; Vergara, 2012, comunicación personal).

En este sentido un sujeto podría, en etapas posteriores de desarrollo, regular cada posible intercambio con el medio desde formas que se correspondan con dichas imágenes tipo que ha construido. De esta forma, el contacto con la realidad se rigidiza en torno a un esquema específico e impermeable que no permite la inclusión de nuevos elementos, ejemplo de ello son concepciones de las características particulares que debe poseer el otro, de sí mismo o de la experiencia, quedando de manifiesto un mayor arraigo en el plano de la concreción, en desmedro de una elaboración que rescate los componentes fundamentales de la experiencia (Piaget, 1978).

Paralelamente y de forma complementaria, se observa que cuando la imitación logra desprenderse de la acción el sentido del juego mismo del niño cambia, desde un juego concreto a uno simbólico. Para Piaget (1961) el juego constituye una primacía de la asimilación sobre la acomodación. Esto quiere decir que en primer lugar, ambos procesos (asimilación y acomodación) están en desequilibrio. Y en segundo lugar, que al primar la asimilación se manifiesta la insuficiencia de la descentración de la acción propia respecto a lo exterior, aludiendo de esta manera, a que es deformante en la medida que su ejercicio no constituye un fin y por lo tanto, no hay necesidad de precisar movimientos y posiciones, sino al contrario, se produce conforme a los deseos del sujeto, asimilando lo real tal cual como su propia subjetividad (Piaget, 1961).

Respecto a lo anterior, el juego si bien es transversal a la actividad de desarrollo del sujeto, ya sea juegos de ejercicio o pequeños rituales, que constituyen la noción de mundo desde elementos propiamente concretos, luego que se ha configurado la interiorización<sup>38</sup> de la imitación, éste se transforma en juego simbólico donde se ponen en entredicho imágenes propias de procesos abstractos. Es decir, se juega egocéntricamente, de acuerdo a las significaciones particulares que el sujeto atribuye a los objetos sin necesariamente, tener éstos relación con la realidad, sino con su subjetividad (Piaget, 1961; 1997). En tal sentido, dicho egocentrismo, no hace sino obstaculizar los procesos abstractos, puesto que al primar la propia subjetividad, no es posible ni la reversibilidad ni la generalidad de los objetos o situaciones que permiten los procesos abstractos como tal (Piaget, 1961). Así, un sujeto que construye su mundo en etapas posteriores a la constitución al juego concreto o simbólico, en torno a una primacía de los procesos de asimilación, es probable que se sitúe en un mundo de fantasía en el que perderá contacto con lo real. De este modo, primará el pensamiento abstracto como móvil de dicho mundo fantasioso en torno a significaciones propias construidas como referentes (Piaget, 1961; 1978).

Es probable que al igual que alguien que interactúa desde lo concreto, no logre una diferenciación del propio sí mismo puesto que no existirá un mundo con particularidades propias; así será incapaz de situarse en la experiencia misma que lo ligan con lo real, deformando sus interacciones con éste, y primando de este modo, una noción egocéntrica en la construcción de mundo. Al respecto, las emociones asociadas a las experiencias podrían no ser reconocidas o moduladas y por tanto permanecer siendo discrepantes para el sujeto, generándole, de este modo, un profundo malestar.

---

<sup>38</sup>Se entiende por interiorización una coordinación rápida y precisa de los elementos de un esquema o de esquemas entre sí, propia de niveles más avanzados en el desarrollo ontogenético del sujeto (Piaget, 1961).

Sin embargo, a partir de la diferenciación paulatina que se desarrollará en el sujeto, es que estos dos procesos de asimilación y acomodación se equilibrarán, dando paso así a la representación cognitiva como tal, es decir a la abstracción no como una deformación de lo real sino adoptando sus propias particularidades. Con respecto a ello Piaget (1961, p. 371) refiere:

*“Con el desarrollo mental de la acomodación imitativa y la asimilación lúdica, después de haberse diferenciado, se coordinan cada vez más estrechamente. En el nivel sensoriomotor se disocian; en el juego simbólico, las imágenes imitativas anteriores aportan los significantes y la asimilación lúdica las significaciones: por fin adaptadas en el pensamiento adaptado, la imagen y la asimilación tocan los mismos objetos, cuando la acomodación imitativa actual determina los significantes que la asimilación libre, deja de serlo y combina”.*

La representación cognoscitiva está constituida por el preconcepto, que corresponde a la primera forma de pensamiento conceptual y que se superpone a los esquemas sensoriomotrices debido a la incorporación del lenguaje. Sin embargo se trata de una noción, es decir, no alcanza la generalidad ni individualidad de un concepto, pero alude a aspectos disociados de la experiencia concreta, en cuanto a requerir distinguir y despegar elementos del objeto y llevarlos a otro plano, de forma aún aislada. Al respecto se señala que los procesos de asimilación y acomodación, si bien en este periodo tienden hacia un equilibrio, aún están incompletos (Piaget 1961).

Entonces, si bien en la representación cognoscitiva el equilibrio entre asimilación y acomodación es posible de vislumbrar, no será sino a través del pensamiento intuitivo que el sujeto alcanzará dicho equilibrio, como proceso transitorio entre la construcción que va desde el preconcepto al concepto propiamente tal, con el surgimiento de las operaciones concretas (Piaget, 1961). Al respecto, lo que se podrá observar tras esta transición es un proceso abstracto de asimilación y acomodación a lo real, adaptativo e inteligente, donde se comienzan a reducir los componentes de un fenómeno para

conservar sus rasgos más relevantes en forma de conceptos, es decir, en formas representativas que abarquen el mundo del sujeto desde los significantes propios de la abstracción reflexiva, además de sus particularidades, propias de un pensamiento conceptual abstracto (Piaget, 1961).

De acuerdo a lo anterior, lo que se observa en el sujeto, cuando el pensamiento intuitivo es preponderante, es que a la hora de hacer algún tipo de ordenamiento, éste se encuentra en condiciones de realizar una configuración de lo que antes eran elementos aislados, sin embargo, cuando uno de los elementos que componen dicha configuración es modificado, el sujeto es incapaz de captar la equivalencia de los elementos en la configuración inicial que construyó. Al respecto, Piaget (1961) señala que *“se trata de una figura y no de un sistema operatorio; y de una figura ligada a la acomodación de la acción proyectada por oposición al símbolo móvil de una operación reversible que podría ser pensada en todo momento”* (p. 391). De acuerdo a ello, se observa que la transición de esta forma de representación consiste en que por una parte, el pensamiento continúa atado a imágenes “tipo” que impiden la reversibilidad de la acción y concreción, mientras que por otra parte, se vislumbra cierto agrupamiento o configuración propia del pensamiento operacional. Por lo tanto, lo que se deberá alcanzar es precisamente, *“librarse de toda imagen y acomodar el pensamiento no solamente a configuraciones estáticas, sino a transformaciones posibles como tales”* (Piaget, 1961, p. 391).

Así, cuando un sujeto está en esta transición podrían darse situaciones en que si bien se logra hacer una elaboración éste desconoce los aspectos concretos de la experiencia atribuyéndolos a “intuiciones” que consisten en ciertas características centradas en sí mismo, deformando la noción de realidad, produciéndose así, un desequilibrio entre los procesos de asimilación y acomodación.

Luego de la transición en cuanto a representación, o interiorización de esquemas de acciones, que implica el pensamiento intuitivo, llega el momento de la etapa de las operaciones como tales. ¿Qué implica esto?, ¿qué es lo distintivo de esta

nueva forma de representación que se ha desarrollado en torno a una continuidad en el desarrollo ontológico?

La operación constituye una acción interiorizada, reversible, plausible de transformaciones, pero en una única forma (Piaget, 1961; 1978; 1983; 1997). De acuerdo ello es que en primer lugar, los objetos que rodean al sujeto son susceptibles de ser ordenados, clasificados seriados y medidos; es posible distribuirlos en un espacio único, en un tiempo único y común. En tal sentido se observa un descentramiento importante, puesto que dichos espacios son comunes en tanto el otro y los objetos son incluidos según sus características particulares y no solo desde el propio punto de vista del sujeto. Al respecto, el autor refiere que *“con la aparición de las operaciones concretas el juego simbólico se transforma en el sentido de una adecuación progresiva de los símbolos a la realidad simbolizada”* (1961, p. 393). En segundo lugar, ser reversible en una única forma implica que las operaciones pueden ser invertidas y pueden aplicarse únicamente sobre los objetos manipulables, es decir conforme a un contexto único inseparable de los contenidos a los que se aplican, razón por la cual, aún las operaciones concretas no son inmediatamente generalizables a todos los dominios posibles en una situación, y por lo tanto, aún no es posible abstraerse, o bien, el despegue de la experiencia y contextos particulares hacia formas de teorías y explicaciones respecto de sí mismo y el mundo (Piaget, 1997).

En tal sentido, la necesidad que surge en el desarrollo del pensamiento formal, abstracto como tal en cualidad, es la capacidad de asociar o combinar distintos tipos de categorías que no necesariamente sean próximas una a la otra, sino, que puedan abarcar una multiplicidad de categorías o clases posibles en el conocer del sujeto constructivo (Piaget, 1961; 1997). De esta manera, frente a las discrepancias que se planteen para el sistema el sujeto podrá movilizarse desde un pensamiento más bien concreto hacia uno más abstracto, o al revés, con el fin de enfrentar la contingencia en un medio inestable, movilizándolo y regulando diferentes categorías, conceptualizaciones o incluso acciones dado que ya existiría un despegue del contexto inmediato (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal). En este sentido, un sujeto que crea categorías absolutas e inamovibles, no incorporará nuevos elementos de la experiencia en curso

propios de la contingencia, bloqueando la generatividad y complejidad. Al respecto, este bloqueo podría devenir afectando la interacción del sujeto con su medio y con otros.

De forma paralela y complementaria a la construcción de la representación, desde formas concretas hacia abstractas, una de las nociones más relevantes en el proceso de simbolización lo constituye el tiempo, que también parte en los primeros meses prolongándose durante toda la vida; primero de forma intuitiva y más tarde de modo operativo. Esta noción se halla íntimamente relacionada con la de espacio y puede entenderse como la coordinación de los movimientos, como desplazamientos físicos, movimientos en el espacio o movimientos internos, siendo éstos acciones simplemente esbozadas, anticipadas o reconstruidas por la memoria (Piaget, 1978). En su construcción se observa un paralelo con los procesos antes desarrollados de diferenciación y construcción del objeto dando origen al tiempo físico, en primera instancia, y posteriormente al tiempo vivido o vivencial (Piaget, 1978; Arciero, 2004).

En el comienzo de la construcción en su dimensión física:

*“el tiempo se confunde en su punto de partida con las impresiones de duración psicológica inherentes a las actitudes de expectativa, de esfuerzo y satisfacción; en suma con la actividad del sujeto. Esta duración se pone luego en relaciones cada vez más estrechas con los acontecimientos del mundo exterior y corresponde al tiempo propio en su inmediatez como en su imprecisión: el simple sentimiento de un desarrollo y de direcciones sucesivas inmanentes a los estados de conciencia”* (Piaget, 1965, p. 293).

Por lo tanto, la noción temporal aparecerá de modo práctico, conectando movimientos sucesivos, pero sin que el sujeto tenga conciencia de su desarrollo. Para ello requerirá moverse en un plano operativo más abstracto y con ello constituir la vivencia del tiempo como una reconstrucción entre pasado, presente y futuro y no

como un tiempo cronológico propio de etapas donde los instrumentos del pensar se conforman desde lo concreto, específicamente, desde la acción y sus desplazamientos (Piaget, 1965; Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

De acuerdo a lo anterior, en etapas tempranas el niño ejecuta un acto antes que otro en un orden regular y de forma concreta, coordinando sus percepciones en el tiempo y utilizando una como señal de la otra, ordena sus actos en el tiempo, sin percibir ni representarse ninguna sucesión ni serie temporal que ordene los acontecimientos mismos. Este tiempo primitivo es una duración sentida en el transcurso de la acción misma. Posteriormente, el tiempo comienza a aplicarse a la sucesión de los fenómenos ligada a la propia intervención del niño. Gracias a la aprehensión de los objetivos visuales éste comienza a actuar sobre las cosas y a utilizar las relaciones que ellas presentan entre sí. Pero esta extensión del tiempo a los movimientos de las cosas está supeditada a que se da sólo cuando los movimientos dependen de la acción misma, es decir son series subjetivas. En este sentido, este tipo de seriación constituye una transición, entre las primeras de carácter práctico y las siguientes denominadas objetivas (Piaget, 1965).

Así el niño puede percibir una sucesión de acontecimientos cuando él mismo generó esta sucesión, o cuando el antes y el después se relacionan con su propia actividad, pero basta que los fenómenos percibidos se sucedan independientemente de él para que desatienda el orden de sucesión. El niño de este estadio no es capaz de reconstruir fenómenos exteriores, ni de evaluar la longitud de los intervalos, sino solamente percibe la sucesión elemental de las acciones cotidianas, es decir, vive en un presente inmediato donde la abstracción, en el sentido de anticipación de imágenes a la acción, está incompleta (Piaget, 1961; 1965).

En momentos más avanzados de desarrollo el sujeto podrá combinar los esquemas entre sí y subordinarlos uno a otros en calidad de medios y fines, siendo capaz de ordenar en el tiempo los acontecimientos mismos, dando cuenta de una suerte de comienzo de objetivación y descentramiento de las series subjetivas y por lo tanto, de un proceso que apunta hacia lo conceptual y abstracto (Piaget, 1961; 1965).

Aquí las series temporales comienzan a aplicarse a aquello que se une causalmente en el mundo: tanto objetos como espacios. El tiempo ahora se ligará a los acontecimientos independientes al sujeto, lo que implica que éste ya es capaz de recordar acontecimientos como tales y no sólo acciones (Piaget, 1965).

La causalidad antes mencionada comienza a exteriorizarse paulatinamente, pero debido a su carácter subjetivo no se logran ordenamientos sistemáticos y continuados. Si bien la memoria del niño comienza a permitirle reconstituir breves series de acontecimientos independientes del sí mismo, aún no puede volver a trazar la historia global de los fenómenos percibidos en el mundo exterior (Piaget, 1965). En este sentido, la concreción como modo de construir un mundo en paralelo con la construcción de los procesos de representación dará paso a un tiempo experiencial, presente y dependiente del contexto donde la experiencia se percibe como fragmentada en el sentido de una falta de cohesión en una historia propia del sí mismo.

Luego, con la abstracción y la conformación paulatina de la elaboración del tiempo, como una historia de vida del propio sí mismo, los fenómenos exteriores y la vivencia de éstos permitirán una reconstitución que delineará aún más el sentido personal y los límites del propio sí mismo (Piaget, 1965; Guidano, 1994; Arciero, 2004; Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

Posteriormente, las nociones de antes y después no se restringen solamente a sus actos, sino más bien se aplican a los fenómenos mismos: a los desplazamientos percibidos, previstos o recordados (Piaget, 1965).

El siguiente momento corresponde a la transformación de estas series objetivas prolongadas a series representativas, gracias a la memoria de evocación, lo que le permitirá recuperar recuerdos no vinculados a la percepción directa y englobarlos en un tiempo que contiene la historia de su universo (Piaget, 1965).

*“Esto no implica que esta historia esté bien seriada, ni que la evaluación de las duraciones sea exacta. Pero estas operaciones se vuelven posibles, abstracción*

*hecha de sus condiciones sociales, porque, en lo sucesivo, la duración propia se sitúa en relación con la de las cosas, lo que hace posible, a la vez, la ordenación de los momentos del tiempo y su medida en relación con los puntos de referencia exteriores” (Piaget, 1965, p. 314).*

A continuación, el niño manifiesta una dificultad para traducir espacio en duraciones, con velocidades diferentes, y además, para reunir las duraciones parciales en una sola duración total. Mientras que durante la prepubertad el desarrollo de la noción de tiempo físico en el niño comienza a ser un tiempo subjetivo proyectado a las cosas, constituyendo así un tiempo egocéntrico (Piaget, 1978). En tal sentido, todavía no se alcanza el nivel operativo, el cual se logrará mediante un mecanismo de descentración representativa comparable de la descentración perceptiva, ya sea *“por una anticipación representativa que prolonga los movimientos percibidos, ya por una reconstrucción representativa que les restituye un valor de introspección distinto de los resultados de la acción”* (Piaget, 1978, p.106).

En términos generales el niño construye el tiempo físico en base a dos elementos concretos esenciales: el orden y la duración. El primero corresponde a un componente de carácter cualitativo que alude a la distribución cronológica de los acontecimientos, es decir, que éstos tienen lugar en un período de tiempo, lo que incluye la noción de sucesión (antes y después) y de simultaneidad (durante). La duración en tanto, de carácter más bien cuantitativo, implica que hay un tiempo transcurrido entre unos límites establecidos que son el principio y el final de este componente, teniendo como referencias los acontecimientos. En la percepción de la duración es fundamental el rol de la memoria, pues permite establecer la comparación con experiencias anteriores. La duración abarca las nociones velocidad: lento/rápido, aceleración y desaceleración. Cabe señalar que con la edad la percepción de la duración mejora y se estabiliza en la adolescencia con el pensamiento formal. Con anterioridad a este momento, se da una sobrevaloración del tiempo corto y una

subestimación de los tiempos largos (Cerezo, 2000, en Atero, V., Benzaza, I., Moreno, F. y Sánchez, A. s/f).

Un segundo aspecto temporal que aparece con posterioridad a la construcción del tiempo físico es el tiempo vivido que Piaget (1978) relaciona con la noción de edad del sujeto. Arciero (2004) se refiere a este concepto señalando que el tiempo cronológico no da cuenta de la experiencia que impregna el existir y que continuamente está mediada por los símbolos, textos y narraciones, es decir por el dominio lingüístico. Así, el eterno presente de una vivencia concreta se conecta con el pasado de la experiencia y el futuro de las expectativas; yendo de este modo más allá de la mera sucesión de acontecimientos en forma lineal y aportando un sentido de continuidad que exige separarse de los elementos meramente concretos del experimentar. Además, agrega que antes de la comprensión reflexiva en el sujeto y en cualquier tipo de abstracción, éste se halla inscrito en un contexto temporal finito de dominio intersubjetivo, es decir en un dominio de lo concreto en su construcción de mundo. En este ámbito el significado de las cosas muestra *“una dimensión de duración que va más allá del carácter del evento de la experiencia que la hace estable en el tiempo”* (p. 23). La experiencia de este modo, se va ordenando dependiendo de los significados subjetivos que le proporcionan al sujeto una estabilidad flexible, ya en un ámbito abstracto y otorgan *“la continuidad del sentido consigo y con el otro”* (Arciero, 2004, p. 27).

En este contexto, un sujeto podría fijarse<sup>39</sup> en un momento del ciclo vital donde se produjo una perturbación que no ha podido integrar; así dicha experiencia permanecerá siendo ipseidad, no logrando de esta manera reequilibrar la experiencia en un sentido de continuidad del sí mismo (Arciero, 2004; Vergara 2011).

---

<sup>39</sup>Se entenderá el concepto de fijación como la imposibilidad del sujeto constructivo de reconfigurarse, en cuanto a una falta de integración de la experiencia discrepante en la continuidad y cohesión del sí mismo. En tal sentido, para lograr una reequilibración, éste volverá a estados de equilibrios anteriores, es decir, volverá a etapas regresivas, bloqueando de esta manera, la capacidad de generatividad y complejización (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

La temporalidad de este modo se constituye en la dinámica mismidad /ipseidad, puesto que el sujeto para dar continuidad a la experiencia en curso y no vivenciarla como fragmentada, deberá explicarla de acuerdo a sus significaciones, las que estarán inscritas en el ámbito social en que se encuentre y será éste el que proporcionará los dominios de significación encarnados en el lenguaje. Así, será éste el que constituirá el medio por excelencia través del cual el sujeto ordenará y se apropiará de la experiencia (Bruner, 2002; Guidano y Liotti, 2006; Arciero, 2009).

El sujeto antes de dominar su propia conducta logra controlar el entorno con la ayuda del lenguaje, aumentando así sus posibilidades con el medio y a la vez, reorganizando su conducta. De tal manera, a través del lenguaje el sujeto desde estadios tempranos del desarrollo es capaz de ser sujeto y objeto de su propia conducta; en un primer momento con un lenguaje más egocéntrico, y que por su misma concreción, no integra los diferentes puntos de vista, para desplazarse a uno de carácter más social, donde finalmente se produce una interiorización de éste, convirtiéndose en su propio referente. Y del mismo modo, el lenguaje que primero sólo acompañaba a la acción, llega a precederla aludiendo a la función de planificación del sujeto desde un plano abstracto. Este movimiento se adquiere con independencia del entorno concreto, alejándose del espacio inmediato, lo que implica una integración del pasado y una visión de futuro lo que apunta a relaciones con el mundo de carácter más simbólico (Vygotski, 2000; Vergara, 2011).

Con respecto al papel del lenguaje en estos procesos, Bruner (1991) agrega que la entrada en éste sería muy temprana, y se debería a la existencia de una *“disposición prelingüística para el significado de naturaleza selectiva”* (p. 79). Es decir, que existiría una predisposición activa de búsqueda de ciertos significados, donde éstos se relacionarían con *“las acciones y expresiones de otros seres humanos y con determinados contextos sociales muy básicos”* <sup>40</sup> (p. 80). Además, para el autor el

---

<sup>40</sup>Esto puede verificarse a través de la preferencia de los bebés hacia móviles que se corresponden con estas características o con el seguimiento de la trayectoria señalada por la mano de un adulto (Piaget, 1965).

egocentrismo inicial del infante no sería el inconveniente gravitante en cuanto a las competencias de éste, sino más bien los problemas de comprensión que surgen para intentar captar la estructura de los acontecimientos, que serían los que lo llevarían a adoptar dicha perspectiva (Bruner, 1998). En este sentido el egocentrismo del niño surgiría porque recurre a la objetividad de la experiencia, a una suerte de externalidad, cuando los medios más abstractos de conocimiento han fracasado o no están disponibles<sup>41</sup>.

En este contexto el niño aprendería el lenguaje, ejerciéndolo activamente en varios contextos, para luego seguir acrecentándolo mayoritariamente en un papel de espectador. *“Este nivel prerreflexivo de conciencia puede corresponder a un modo de funcionamiento psicológico que no superamos pero al cual, incluso como adultos, podemos referir nuestras hipótesis abstractas cuando pretendemos hacer una verificación o refutación”* (Butterworth, 1990, p. 77).

Respecto a lo anterior, si bien la permanencia del objeto será un pilar fundamental en el proceso representativo, ésta será reforzada ontológicamente por elementos de carácter cultural / social, comandados por el lenguaje desde momentos previos a la adquisición de éste por el infante (Bruner, 1991).

Así, la simbolización se construye desde la acción hasta la internalización de ésta, es decir, a partir de formas concretas de inmediatez experiencial en curso, hasta el situarse en el ámbito de lo explicativo. Esto implica un movimiento del pensamiento centralizado y egocéntrico a uno descentralizado, entendiéndose esto como un paso en el que el sujeto inicialmente funciona desde una primacía de la satisfacción por sobre la comprobación objetiva; dando cuenta así, de una deformación de lo externo en cuanto a mantener el punto de vista propio. Posteriormente y de forma continua, se observa una paulatina descentralización, momento en que surgen múltiples teorías acerca de lo real y múltiples puntos de vista, tanto de sí mismo como de los otros; es decir, el

---

<sup>41</sup>En este sentido “la percepción puede ser el más básico de los procesos cognitivos que contribuyen al desarrollo, pero que sólo es básico en el aspecto concreto de su punto de partida” (Butterworth, 1990, p. 77).

mundo del sujeto ya no es su cuerpo, ni los espacios partes fragmentadas de éste, al contrario, se trata de un mundo consensual en el que el otro forma parte consciente de éste (Piaget, 1961; 1965). En este sentido, con el despegue de la experiencia inmediata hacia formas de pensamiento abstracto, cuando el “yo” es posible de definir mediante un “mí”, es que el sujeto podrá conocer el mundo, a los otros y a sí mismo a través de la movilización continua entre el pensamiento concreto y abstracto y de este modo, lo que ocurrirá será una progresión ortogenética contribuyendo así, a mayores niveles de generatividad y complejidad del sistema (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

Este proceso de construcción de la representación conforma a sí mismo la constitución de la temporalidad, es decir, la percepción del tiempo más allá del presente inmediato de la experiencia concreta, coordinando las nociones de lo inmediato con el pasado vivido y las expectativas futuras de forma abstracta; conectando la continuidad y discontinuidad de la experiencia, dando lugar así, a un tiempo único y común en el sentido de ser continuo e histórico (Arciero, 2004).

En estos términos, la construcción de esta dimensión operativa en el desarrollo ontológico, apunta a la movilidad que el sujeto debe lograr con el fin de resolver diferentes tipos de discrepancias para el sistema y que deberán ser incluidas e integradas en éste (Vergara, 2011). Así, se observa que la concreción y abstracción apuntan a cómo el sujeto conoce, a como construye su mundo. Es decir, cuando sucede algo desconocido o se vive una experiencia discrepante para el sistema lo más probable es que el sujeto de forma concreta examine, revise y accione para hacerse de una noción plausible de aquello que resulta discrepante (Vergara, 2011, comunicación personal).

Así, el sujeto constructivo se define y redefine constantemente a partir de un equilibrio inestable. De acuerdo a ello, es que será necesario que para superar las discrepancias propias del vivir, éste pueda movilizarse entre los polos de concreción y abstracción con el fin de lograr adaptarse (Yáñez, 2005).

Finalmente, una vez que ha adquirido los niveles de simbolización que le permiten despegar desde la experiencia inmediata, y por lo tanto, de aspectos concretos hacia niveles abstractos y explicativos de ésta, el sujeto se desplazará de un polo a otro en el continuo concreción / abstracción según lo requiera la contingencia. De este modo se constituye una forma de adaptación o viabilidad que decanta en mejores y mayores niveles de funcionalidad. De acuerdo a ello, la fijación en uno de los polos y/o en contenidos de la experiencia vital implicará un estancamiento en la generatividad y complejidad del sistema (Piaget, 1961; Yáñez, 2005; Vergara, 2011).

## 5.2.2 EXCLUSIÓN / INCLUSIÓN

El proceso de exclusión e inclusión ha sido anteriormente abordado como la capacidad del sistema para incorporar nuevos contenidos a partir de las presiones que ejerce la experiencia en curso, y de este modo, simbolizar la experiencia desequilibrante, dando al sistema la coherencia interna requerida para su mantención. En tal sentido, se alude al autorreconocimiento, como autorregulador, de un sentido unitario de sí mismo a partir de los procesos de mantenimiento y cambio respectivamente (Piaget, 1997; Guidano, 1987; Yáñez, 2005).

De acuerdo a lo anterior, se deben puntualizar ciertos aspectos que guiarán la reflexión en torno a los procesos ontogenéticos involucrados en la construcción de la capacidad de exclusión e inclusión, es decir, del proceso que permitirá la incorporación y la articulación de la experiencia discrepante en la coherencia sistémica a través de procesos de simbolización (Yáñez, 2005; Vergara, 2011).

En primer lugar, la integración que debe realizar el sistema. Ésta vendría dada por procesos de autorregulación, idiosincráticos, en torno al autoconocimiento que el sujeto haya construido (Guidano y Liotti, 2006). En tal sentido, en dichos procesos se involucrarían mecanismos de asimilación y acomodación, considerando que entre uno y otro existirá una gama de regulaciones<sup>42</sup> y compensaciones<sup>43</sup> considerables a la hora de asimilar un objeto, tanto desde el ámbito de lo concreto como de lo abstracto, y así, facilitar la búsqueda de equilibrio, en un sistema complejo adaptativo inestable, es decir en un sujeto que se construye ontológicamente en un constante desequilibrio (Piaget, 1961; 1978; Yáñez, 2005; Vergara, 2011).

---

<sup>42</sup>Se entiende por regulación la repetición de una acción que se ve modificada por sus propios resultados (Piaget, 1978).

<sup>43</sup>Se entiende por compensación cuando las regulaciones desembocan en un sentido contrario al inicial (Piaget, 1978).

De acuerdo a lo anterior, el sujeto en el vivir, deberá incluir o excluir experiencias en torno a un proceso autorregulatorio direccional, un proceso asimilador y acomodador al mismo tiempo, que lo impulsará a alcanzar la continuidad, permanencia y singularidad en su acontecer (Piaget 1961; 1978; Arciero, 2004).

Es así que cuando se habla de los procesos de asimilación y acomodación, respecto de los procesos de exclusión e inclusión, se entiende que el sujeto constructivo se aproximará, experimentará y explicará la experiencia de acuerdo a esquemas emocionales y cognitivos que se han ido desarrollando a lo largo de su vida; sin embargo, es la acomodación la que le otorgará la capacidad de incluir las particularidades del objeto, situación o acontecimiento que pueda causar discrepancia en su continuidad y, por lo tanto, la capacidad de resignificar la experiencia a través de inclusiones que desemboquen en una reorganización o reformulación del sistema, y de esta manera, producirse una progresión ortogenética en el sujeto (Piaget, 1961; Vergara, 2011).

En segundo lugar, para reconstruir líneas fundamentales en el desarrollo del sujeto, desde esta dimensión, es necesario aclarar, a propósito de la experiencia en curso, cuándo un elemento puede ser perturbador y cuando no, y cómo éste podría reequilibrarse. En tal sentido, dar cuenta de los procesos de mantenimiento y cambio (continuidad / discontinuidad), por lo tanto de procesos de exclusión e inclusión, propios del funcionamiento en la construcción de conocimiento, tanto de sí mismo como del mundo (Piaget, 1978; 1997; Ricoeur, 1996; Arciero, 2004; Vergara, 2011).

En tercer lugar, se ha referido que la integración al sistema de la experiencia desequilibrante se llevará a cabo a través de procesos de simbolización (Yáñez, 2005). Sin embargo, no se debe desconocer que en el desarrollo evolutivo existirán etapas en la ontogenia del sujeto que tendrán que ver con procesos madurativos y por cierto, con una mayor o menor disponibilidad de recursos cognitivos, por lo que la integración de la experiencia no sólo se llevará a cabo a través de procesos de simbolización vistos únicamente desde la aparición del lenguaje, sino que a esto se agrega, sistemas de operaciones concretos, es decir acciones interiorizadas, incompletas en cuanto

desarrollo de la abstracción; y además la inclusión a través de acciones motoras, propias de etapas sensorio-motrices, pero que sin embargo, aspiran a ser representadas en el mismo acontecer ontogenético del sujeto, el cual lejos de ser discontinuo, se observa como proactivamente continuo, en cuanto a su construcción, historia, unicidad y cohesión (Piaget, 1961; 1978; 1997; Arciero, 2004).

Además, es importante destacar que al referirse al concepto de integración, se alude implícitamente a la capacidad de flexibilidad y rigidez en el sujeto constructivo, asunto que se aclara en la construcción de dicha dimensión, pero que sin embargo en este sentido se destaca la interdependencia de cada una de las dimensiones operativas en la construcción del desarrollo ontogenético y en la complejidad de éste. A continuación se intentarán resolver las puntualizaciones hechas anteriormente.

Con respecto al proceso de integración, éste se asociaría con la organización experiencial, autorreferencial, que estaría dado en un sujeto a través de su conocer. En tal sentido, se alude a procesos de autorregulación, los cuales estarían orientados de forma idiosincrática en torno a la construcción de la noción de sí mismo y del mundo, a propósito de procesos de asimilación y acomodación, de mantenimiento y discrepancia. Frente a ello, el cómo se haya organizado el sentido de sí mismo y la significación de la experiencia, resulta un punto relevante en la observación de cómo un sujeto particular accede al mundo, es decir, lo conoce; y por lo tanto de cómo y qué excluye o bien, incluye e integra de acuerdo a la coherencia sistémica construida (Piaget, 1961; 1978; Guidano y Liotti, 2006).

Dicho proceso autorregulador tendrá que ver con la formación de conocimientos recurriendo a procesos centrales de equilibración entre asimilación y acomodación. En este sentido, Piaget (1978, p. 5) señala que la equilibración es *“un proceso que conduce a ciertos estados de equilibrio aproximado a otros, cualitativamente diferentes, pasando por múltiples desequilibrios y reequilibraciones”*. De acuerdo a esto, se destaca que de la aproximación al equilibrio entre la asimilación y acomodación resulta la adaptación, en cuanto viabilidad, puesto que es ahí cuando el sujeto podrá construir aspectos del mundo y de sí mismo, de acuerdo al abordaje de sus particularidades,

regulando y compensando dichos procesos, y a construirlos como constitutivos, y a la vez, diferentes de sí (Piaget, 1961; 1978). En tal sentido, la inclusión de nuevos elementos que se presentan como novedosos, extraños, no constituyen más que el aspecto dinámico del sujeto que necesita reformularse y reconfigurarse en cuanto a discontinuidades propias del vivir, y que necesitarán ser integradas en una cohesión, en una continuidad, que aborda los aspectos imprevisibles, incorporándolos en su historia vital, y reconociéndolos como parte de ésta (Ricoeur, 1996; Vergara, 2011). Es en este aspecto en que:

*“en la medida que el sujeto va teniendo experiencias con el mundo que le implique poder integrarlas a sí mismo, y a su vez, el verse presionado por abordar nuevos conocimientos, irá dirigiendo a que el sujeto logre niveles de complejidad mayor”* (Vergara, 2011, p. 63).

Con respecto a lo anterior, si bien la inclusión se aborda más bien desde aspectos que tienen que ver con discontinuidades del vivir, en cuanto a lo impredecible y novedoso, bajo procesos propios de la ipseidad (Ricoeur, 1996; Arciero, 2004), es en torno a la continuidad y mantenimiento, es decir en cuanto a procesos de mismidad, que ciertos contenidos o experiencias, se excluirán. Al respecto, se señala que la exclusión si bien se puede dar en forma natural de acuerdo a una sobreabundancia experiencial, es posible también que se excluyan experiencias que resultan ser especialmente amenazadoras para la mantención y continuidad de la coherencia sistémica (Yáñez, 2005). En tal sentido, se relaciona el cambio con la inclusión de nuevos elementos que amplían el sistema en cuanto generatividad y complejidad, mientras que la exclusión se relaciona estrechamente con la mantención de la coherencia sistémica, es decir con la continuidad ininterrumpida en cuanto a la temporalidad del sujeto, en tanto éste se posiciona como objeto (Ricoeur, 1996). En tal sentido, la inclusión tiene lugar a través de una estructura propia que combina en una “totalidad significativa” la discontinuidad del acontecer. De esta manera, el sistema se

mantendrá en la medida que pueda asimilar los imprevistos de la vida, inesperados, en un sentido de unicidad (Arciero y Guidano, s/f).

De acuerdo a lo anterior, entonces es posible preguntarse, ¿cómo se observan los desequilibrios en el sujeto? ¿Qué formas puede adoptar dicho desequilibrio según se incluya o excluya la experiencia discrepante del sistema?

Respecto a ello, es importante destacar que en los procesos de equilibración, es decir de asimilación / acomodación, pueden existir varias consecuencias. Una, y es la que Piaget (1978) recalca que debiese ocurrir la minoría de las veces, es que se vuelva a estados anteriores de equilibrio, es decir, se produzca un equilibrio en torno a etapas regresivas del sujeto, al modo de fijaciones. Por otra parte, existirán los equilibrios simples, que tendrán relación con la solución del desequilibrio dado en la experiencia. Y finalmente, es posible que un desequilibrio produzca una equilibración maximizadora, la cual suscita la cuestión de la autoorganización, en el sentido de que el sujeto puede reflexionar sobre el proceso que se produjo, y con ello, avanzar en complejidad (Piaget, 1978).

Con respecto a los elementos perturbadores, Piaget (1978) refiere que los desequilibrios son motores de búsqueda, puesto que sin ellos el conocimiento resultaría estático. Al respecto, el autor señala que si bien los desequilibrios constituyen un elemento esencial en la complejización del sujeto,

*“no desempeñan todos la misma función formadora, y solo lo hacen a condición de dar lugar a superaciones, y por lo tanto, a ser superados y a desembocar así en reequilibraciones específicas (...). En tal sentido, los desequilibrios solo cumplen la función de desencadenadores, ya que su fecundidad se mide por la posibilidad de superarlos” (p.15).*

Dicho desequilibrio vendría dado, a niveles de procesos integradores, o inclusivos de la experiencia, en la falta de comprensión de que una operación que se

combina con su opuesto no cambia, aludiendo así a la reversibilidad<sup>44</sup> en la conservación de la materia que debe alcanzar el sujeto en su desarrollo (Piaget, 1978).

Con respecto a las perturbaciones Piaget (1978) destaca dos. En primer lugar, las que se oponen a acomodaciones, es decir las resistencias que evoca un objeto, un subsistema, o lo diferente, de ser integrado en una totalidad. En segundo lugar, las lagunas que enfrenta un sujeto, es decir, según el autor, “*necesidades<sup>45</sup> insatisfechas en etapas anteriores*” (p.22). Con ello refiere a que existirán desequilibrios que serán más complejos de reequilibrar e incluir en la continuidad, a falta de un conocimiento preciso que pudiese ayudar al sujeto a resolver el problema. En tal sentido, las lagunas constituirían fijaciones, que a falta de una reequilibración, desembocarán en una continua exclusión de la experiencia que estancará al sujeto en cuanto a niveles superiores de complejidad (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

Finalmente, con respecto a la relación entre la inclusión de la experiencia desequilibrante en el sistema y procesos de simbolización, planteados inicialmente solo a través del uso de la palabra. De acuerdo a Piaget (1978), esto no ocurriría siempre así, sino que ésta sería una de las posibles formas de solución. Al respecto, en primer lugar se entiende que las acciones constituyen operaciones coordinadas sobre un objeto las cuales, a través del desarrollo ontológico del sujeto, se constituirán en torno

---

<sup>44</sup>La reversibilidad constituye el segundo argumento respecto a la noción de la conservación. En tal sentido, dicho concepto refiere a la capacidad de revertir un estado de la materia y mantener la noción de que ésta sigue siendo la misma, aún a través de las diferentes transformaciones que pueda experimentar (Piaget, 1997).

<sup>45</sup>Es importante destacar que en la teoría piagetiana, el concepto de necesidad, en cuanto perturbación para la coherencia del sistema, refiere a “*la ausencia de condiciones que serían necesarias para realizar una acción, o incluso, de un conocimiento indispensable para resolver un problema (...) la laguna en cuanto a perturbación, es siempre relativa a un esquema de asimilación ya activo*” (Piaget, 1978, p.22).

a principios de efectividad<sup>46</sup>, reversibilidad y conservación (Piaget, 1997). Dicha construcción se irá expresando en forma de acciones directas, concretas sobre el objeto, las cuales a medida que aumenten los recursos cognitivos del sujeto, acompañadas por los procesos madurativos correspondientes, se irán interiorizando, conformando así representaciones y procesos abstractos. Este proceso, cabe destacar, se inicia no sólo con las primeras palabras y explicaciones verbales que se le dé a la experiencia sino, por ejemplo, a través del juego simbólico<sup>47</sup>. En tal sentido, dichas acciones coordinadas como solución de problemas, serán cada vez más interiorizadas, llegando a un nivel explicativo y propositivo de la experiencia. De acuerdo a ello, Piaget (1997, p. 23) señala que

*“las acciones que han permitido algunos resultados en el terreno de la efectividad material no pueden interiorizarse sin más de manera inmediata y se trata de reaprender en el plano del pensamiento lo que ya ha sido aprendido en el plano de la acción. Esta interiorización es, en realidad, una nueva estructuración y no simplemente una traducción, sino una reestructuración con un desfase que toma un tiempo considerable”.*

Es decir, la inclusión de elementos aprendidos a través de la acción en procesos de abstracción (Piaget, 1961).

---

<sup>46</sup>El concepto de efectividad alude a que la coordinación de las acciones, ya sea en formas motoras, operativas o bien, representativas, siempre se orientan a metas, a objetivos específicos del sujeto constructivo (Piaget, 1978).

<sup>47</sup>Es importante destacar que a la base del juego simbólico se encuentra subyacente el proceso de imitación diferida, el cual alude al progreso que ocurre en la imitación cuando se vuelve capaz de funcionar de forma diferida, es decir, en ausencia del modelo Piaget (1961; 1978).

De acuerdo a lo anterior, es perfectamente admisible que una laguna, que obstaculiza las retroalimentaciones entre sistemas y subsistemas, se corresponda con consecuentes exclusiones de contenidos que han sido problemáticos en su resolución y que en la restructuración con respecto al reaprendizaje que se produce en etapas sucesivas, se haya transformado en conocimiento tácito que surge como una discrepancia en la experiencia de etapas superiores (Yáñez, 2005; Guidano y Liotti, 2006; Vergara, 2011). En tal sentido, Piaget (1978, p. 22) señala que:

*“una laguna se convierte en perturbación cuando se trata de la ausencia de un objeto, o de unas condiciones de una situación que serían necesarias para realizar una acción, o incluso de la carencia de un conocimiento que sería indispensable para resolver un problema”.*

Respecto a ello, es importante destacar que además de las perturbaciones que surgen como lagunas, también están las que se relacionan con la resistencia a acomodaciones. En este caso, dichas resistencias no sólo se reflejan en la interrelación, mediante esquemas de asimilación, de un sujeto con un objeto, sino también a niveles de subsistemas que frente a un desequilibrio, necesitarán asimilar y acomodar elementos entre sí, y de esta forma diferenciarse y especializarse, es decir, coordinarse. En tal sentido, Piaget (1978, p. 22) refiere que estas últimas causas de desequilibrio *“constituyen causas de fallos o de fracasos en la medida que el sujeto se hace consciente de ellos y las regulaciones que les corresponden entrañan entonces retroalimentaciones negativas”*<sup>48</sup>.

Finalmente, tanto los desequilibrios por resistencias en la acomodación a esquemas de asimilación y las lagunas, se basan en la dialéctica de las afirmaciones y

---

<sup>48</sup>Para Piaget (1978) el concepto de reforzamiento negativo alude a las correcciones que debe realizar un sujeto en sus acciones en los procesos de regulación.

negaciones<sup>49</sup> del sujeto que se construyen progresivamente durante su desarrollo. Al respecto Piaget (1978) sugiere que es en las primeras etapas cuando más desequilibrios se producirían, puesto que aun en los esquemas cognitivos no existe una formación de lo que implica una negación, ya que lo que se ha de transformar, no es sino hasta etapas de pensamiento reflexivo parte de la conservación. Es decir, en etapas iniciales del desarrollo, al no existir aun una noción de conservación de la materia, el negar alguno de sus aspectos, implicará un fallo en dicha transformación. En tal sentido, se alude a que la dificultad de inclusión de la experiencia, con sus propias particularidades en un todo cohesionado, se produce en el sujeto a partir de una falta de disposición de recursos cognitivos, acordes a la maduración ontológica de éste (Piaget, 1997).

A partir de lo anterior, cabe destacar que la constitución de procesos que implican la negación en la asimilación se relacionan con la diferenciación que progresivamente irá construyendo tanto al sujeto como lo externo, lo que como tal, contribuirá progresivamente en la construcción del sentido personal (Piaget, 1961; 1978; 1997; Vergara, 2011). Al respecto, se observa que si bien la inclusión de elementos que han producido discrepancia en el sistema, es decir que necesitan ser asimilados y acomodados a éste, implican una mayor complejización del sujeto. En tal sentido, su equilibración no supondrá un cese de perturbaciones, puesto que el sujeto se verá enfrentado siempre a nuevos desequilibrios en el conocer, planteados como nuevos desafíos, que deben ser superados a costa de los que ya lo fueron. En tal sentido Piaget (1978, p.35) concluye que *“el proceso de la equilibración como tal implica de forma intrínseca una necesidad de construcción, y por lo tanto, de superación, por el hecho mismo de que sólo garantiza una cierta conservación estabilizadora en el seno de transformaciones”*.

---

<sup>49</sup>Se puede ver más, a propósito de las afirmaciones y negaciones, en la construcción del conocimiento en Piaget, J. (1978) *“Investigaciones sobre la contradicción”*, Madrid, Ed. SXXI.

De acuerdo a lo anterior, la idea de complejización se plantea en términos de que el sujeto logre equilibrar los desequilibrios de forma maximizadora, es decir, a partir de que éste sea regulado y estabilizado momentáneamente, y además, a partir de las novedades que se extraigan a través de abstracciones selectivas, en los mismos mecanismos de dichas regulaciones. De este modo, se produciría una ampliación del campo referencial del sistema en su extensión, y por lo tanto, un operar en el mundo más inclusivo respecto de una mayor flexibilidad en cuanto sentido personal (Vergara, 2011). Además, de ello, también se ve superado en cuanto a diferenciación en la comprensión, es decir *“el resultado de lo que era inicialmente inadmisibile se convierte en partes de un subsistema, del sistema que antes era inoperante”* (p.36).

Respecto a esto último, es que Ricoeur (1996) refiere que la identidad *ipse* es desconocida, pero siempre en torno a uno mismo. En tal sentido, se propone el concepto de inconsciente cognitivo al que Piaget (1997, p.39) refiere como *“un conjunto de estructuras y de funcionamientos ignorados por el sujeto salvo en sus resultados”*. Dicho concepto estaría relacionado con que ciertos esquemas sensorio-motrices se hacen conscientes a nivel representativo, mientras otros continúan siendo inconscientes. Al respecto, Piaget (1997) refiere que ello ocurre cuando hay esquemas sensorio-motores contradictorios con ciertas ideas conscientes anteriores. Es decir:

*“el esquema sensorio-motriz pensado y la idea preexistente son incompatibles. En este caso el esquema no puede integrarse con el sistema de conceptos conscientes, y por consiguiente, se elimina, puesto que los conceptos, en tanto son conscientes y han sido ya aceptados desde hace tiempo, pertenecen a un rango superior al esquema de acción”* (p.73).

De esta manera, lo que se produce es una continua exclusión de experiencias discrepantes que no permiten al sujeto elaborarlas desde niveles más abstractos (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

La exclusión entonces, se plantea como un mecanismo constitutivo de los sistemas de mantención (mismidad) en el desarrollo direccional ontogenético, el cual

cumpliría con *“mantener las cualidades propias de un sujeto, además de proyectar las posibles formas de vivenciar los acontecimientos que se le presentan a través de un sentido de unicidad y permanencia”* (Vergara, 2011, p. 75). Por otra parte, la inclusión tendrá que ver con procesos de cambio frente a lo novedoso e inesperado que enfrenta el sujeto en el acontecer, lo cual debiese ser integrado en la inmediatez perceptiva a través de la identificación de las propiedades del acontecer que pueden referir al sentido de continuidad personal (Arciero y Guidano, s/f).

Finalmente, la exclusión e inclusión de la experiencia, en relación a las formas de mantenimiento y cambio son fundamentales en cuanto a un proceso psicoterapéutico respecto de la resignificación de la experiencia y por lo tanto, de la flexibilización del sentido de sí mismo (Vergara, 2011). De acuerdo a ello, si la exclusión mantiene el sentido personal a través de la singularidad y permanencia en el tiempo del sujeto, serán las formas de cambio, de inclusión de experiencias discrepantes para la coherencia del sujeto, las que a través del cambio psicoterapéutico podrán resignificarse. Es decir, podrán aportar mayores niveles de flexibilidad, reequilibrando y coordinando estructuras básicas de conocimiento, en torno al sentido de sí mismo, reactualizando formas idiosincráticas de significación y presionando de esta manera a una reformulación y reconfiguración histórica del sujeto, a través de la incorporación de nuevas estrategias, aportando así, progresiones ortogenéticas, y por lo tanto, mayores niveles de complejidad en el desarrollo ontológico del sujeto constructivo (Vergara, 2011).

### 5.2.3 FLEXIBILIDAD / RIGIDEZ

Tras identificar los elementos que constituyen el proceso de simbolización en su nivel operativo, se procederá a la revisión de aquéllos que intervienen en el grado de modulación de la experiencia que muestra el modo de operar de un sujeto y que alude polarmente a la flexibilidad y rigidez. Yáñez (2005) define esta dimensión operativa como estructuras de procesamiento y conocimiento de un sujeto en particular. Respecto a ello, la flexibilidad y rigidez con que opere el sujeto se definirá en torno a la gama de posibles explicaciones que éste puede dar a la experiencia, y por tanto, tener una mayor posibilidad de perspectivas a la hora de seleccionar la que más armónica resulte a la coherencia del sistema. En tal sentido, desde ya, se hace una distinción con respecto a que esta polaridad no se refiere a contenidos de significado específicos, sino a modalidades de procesamiento en que se le otorga significado a la experiencia (Yáñez, 2005).

Desde el punto de vista del desarrollo ontológico del sujeto y la construcción de explicaciones y teorías respecto de sí mismo y el mundo, se ha sugerido desde sus inicios como un elemento constante la búsqueda de regularidades, las cuales se irán volviendo idiosincráticas a partir de la relación de éste con su mundo, es decir, de la noción que construya de éste y de sí mismo. En tal sentido, se ha enfatizado la importancia de figuras significativas que proveen al sujeto desde sus edades más tempranas de una referencia, un marco de coordenadas necesarias, para clasificar y ordenar los descubrimientos que va desarrollando gradualmente, y en etapas posteriores, con el aumento de experiencias y recursos cognitivos, le será posible reconocer ciertos límites explicativos (Guidano y Liotti, 2006). En tal sentido, es a través de la interacción entre el sujeto y las diferentes figuras significativas en el desarrollo ontogenético, que éste se proveerá de un marco de coordenadas para construir y explicar la experiencia en curso, y de esta manera, se regularán las posibilidades de construcción de mundos, teorías y explicaciones posibles (Bruner, 2002). A este respecto, *“la interacción social confiere a sus participantes del contexto*

*necesario en el cual se desarrolla la subjetividad, al otorgar un marco simbólico referencial donde la vivencia personal puede ser única, pero a su vez, compartida y pública” (Vergara, 2011, p. 25).*

De acuerdo a lo anterior, es en la interacción social donde se crearán diferentes formas de significación de los sucesos o acontecimientos, que posibilitarán al sujeto ir construyendo formas propias de interpretación y de vivencia (Vergara, 2011). En tal sentido, no será si no cuando exista un pensamiento abstracto, o formal, en el sujeto que éste podrá extraer las generalidades de los acontecimientos o sucesos del vivir, y de esta manera, elaborar teorías personales sobre los problemas, situaciones, acontecimientos, etcétera, marcando una suerte de recurrencia en la forma que cada sujeto se posiciona frente a la interacción social (Bruner, 1998). Al respecto, es necesario revisar cómo se van construyendo modos de articulación de la experiencia que se definen en un continuo de flexibilidad y rigidez en torno al sentido de sí mismo, a través de las significaciones y resignificaciones otorgadas por la interacción social y la cultura en la que el sujeto está inmerso, puesto que será en dicha interacción donde se irá regulando su vivencia, permitiéndole confirmar sus propias teorías o bien, abrirse hacia nuevos planos explicativos. En tal sentido, se alude a que el sujeto deberá articular experiencias discrepantes propias del vivir en torno a una cohesión que otorgue continuidad al sí mismo (Bruner, 1998; Vergara, 2011).

De acuerdo a lo anterior, Popper (1974; citado en Guidano y Liotti, 2006), refiere que a través del desarrollo del sujeto existirán etapas “precientíficas”, que consisten en teorías míticas y dogmáticas, es decir rígidas, como resultado de la disposición innata humana de buscar y descubrir pautas de regularidades, las cuales constituyen puntos críticos que darán inicio a teorías más abarcativas y explicativas acerca de sí mismo. Es así que el planteamiento de estas teorías tendrá que ver explícitamente con la emergencia del pensamiento conceptual y abstracto, el que permitirá una reelaboración lógica del conocimiento pre adquirido. Al respecto, Guidano y Liotti (2006, p. 62) refieren que *“durante el largo periodo del desarrollo humano y de cuidados parentales, el conocimiento es construido y almacenado; únicamente más tarde, cuando surgen nuevos instrumentos conceptuales en la edad adulta, puede el conocimiento*

*almacenado ser decodificado y ampliado*". De acuerdo a lo anterior, el autoconocimiento previamente adquirido, representará la base esencial para una posterior decodificación y amplificación de éste.

Con respecto a la base anteriormente planteada, ésta desde el modelo de Lakatos referido por Guidano y Liotti (2006), corresponde a un núcleo metafísico, extrapolable al concepto de sentido personal en la metateoría constructivista cognitiva, y que constituye *"un conjunto de reglas generales que determinan los aspectos invariantes en el procesamiento mental del sujeto, a través del cual éste obtiene las pautas de coordenadas que sustentan el reconocimiento de sí mismo y del mundo circundante"* (p.73). En tal sentido, en etapas tempranas de construcción del sentido de sí mismo, es indispensable que exista la diferenciación sí mismo/no sí mismo, con el fin de poder distinguir un mundo externo de uno interno, permitiendo al sujeto la posibilidad de constituir nociones que posibiliten, tanto el reconocimiento de lo personal como de lo externo, y de este modo, ampliar el campo referencial más allá de teorías y explicaciones que abarquen el punto de vista propio. Es decir, que dicho núcleo metafísico se constituya como definitorio del sí mismo, pero a la vez, tenga la flexibilidad suficiente para abrirse a nuevos planos explicativos a través de la reconfiguración del significado. De este modo, a partir de dicha diferenciación será posible distinguirse de otros, del mundo, y con ello, generar una noción de permanencia y singularidad lo que permitirá al sujeto acercarse al mundo y generar una visión particular sobre éste; pero a su vez, dicha flexibilidad le permitirá extraer en la interacción misma nuevas formas de significación que permitirán la progresión ortogenética y mayores niveles de complejidad al sí mismo (Vergara, 2011).

Además, siguiendo con la teoría de Lakatos, el sentido personal estará resguardado por un cinturón protector, el cual permitirá mantener las pautas de referencia a través de definiciones plausibles; esto es, *"una definición que salvaguarde aquellos aspectos del conocimiento que reconocemos como yo mismo"* (Guidano y Liotti, 2006, p.75). Además, dicho cinturón protector del significado personal, deberá tener ciertos niveles de flexibilidad que permitan la reconfiguración, propia del sujeto constructivo, de acuerdo a los constantes desequilibrios en la interacción con el medio

y de este modo, ampliar su campo referencial y avanzar en complejidad. Si se pudiese ejemplificar el modelo de Lakkatos respecto de la dinámica entre el sentido personal, el significado personal y los constantes desequilibrios en la interacción del sujeto con el medio, se podría referir a una especie de edificación, la cual si bien tiene una forma particular, estructural, frente a imprevistos, como por ejemplo un terremoto, deberá ser estructuralmente flexible sin perder su particularidad. Sin embargo, si dicha edificación no permite algún grado de movilidad en su estructura, es decir si ésta es rígida, es probable que el edificio en vez de tener ciertos daños, se derrumbe por completo puesto que tal rigidez no permitiría la adaptabilidad de éste de acuerdo a los embates, en este caso, medioambientales. En tal sentido, se alude con la capacidad de flexibilidad del sistema a su jerarquización como tal, es decir, al continuo desarrollo con que éste se diferenciará y coordinará (Guidano, 1987). Es así, que existirán subsistemas, que interactúan recíprocamente y que proveen a la organización de mayor plasticidad y adecuación adaptativa hacia un ambiente que cambia constantemente. De acuerdo a ello:

*“los sistemas basados en jerarquías son mucho más estables, ya que una falla en la organización no destruye su totalidad, sino que solo lo descompone al siguiente nivel de subsistema estable. Como consecuencia, en lugar de empezar todo de nuevo, el proceso de complejización puede empezar a un nivel de subsistema estable y reconstituir la pérdida en un periodo de tiempo mucho más corto”* (Guidano, 1987, p. 13).

En síntesis respecto a lo anterior, los procesos de apego al funcionar:

*“como un espejo, suministran a los niños su autoimagen<sup>50</sup>; esto no queda tan solo como un dato sensorial que se guarda como tal, sino que también orienta y*

---

<sup>50</sup>La autoimagen refiere al carácter interpersonal en la construcción del sí mismo, es decir, a la imagen y expectativas que tienen los otros del sujeto (Vergara, 2011).

*coordina las percepciones hasta que éstos son capaces de percibirse a sí mismos conservando la imagen que se les ha proporcionado” (Guidano y Liotti, 2006, p. 112).*

Así, Piaget (1997) refiere que lo que se produce cuando el sujeto evoluciona en etapas cognitivas hacia una mayor complejidad, es una reelaboración de los datos suministrados en etapas anteriores, los cuales en ningún caso, deben ser entendidos como una traducción. Al contrario:

*“se forma una especie de núcleo de autoconocimiento mucho antes de que el sujeto sea capaz de recordar y reflexionar acerca de él. Por lo tanto, dicho núcleo consistirá en reglas tempranas, tácitas, que funcionarán como un sesgo para producir los procesos subsecuentes de hacer y calzar mediante el cual el autoconocimiento logrará mayor desarrollo y organización (Guidano y Liotti, 2006, p. 112).*

En este mismo sentido Piaget (1961) describe cómo el desarrollo de la representación y el pensamiento abstracto da cuenta de un reaprendizaje que el sujeto debe realizar respecto a esquemas de acción en torno a los procesos de asimilación y acomodación, destacando la búsqueda constante de equilibrio entre ambos, posibilitando así, el despegue de la experiencia inmediata hacia niveles reflexivos que le permitirán contar con una mayor gama de explicaciones y múltiples puntos de vista respecto de la experiencia y pasar, desde un egocentrismo sin conciencia, propio de lo infantil, hacia una paulatina descentración y de este modo, ponerse en contacto con aquellos que pasan a constituirse como lo externo, incluyendo a los otros, lo que permanentemente demandará cambios al sujeto y cuyo grado de diferenciación le exigirá así mismo coordinación de lo que se diferencia (Piaget, 1978; 1991; Vergara, 2011).

Respecto a lo anterior, se observa que con la paulatina constitución de un sentido de sí mismo, poco diferenciado y con el desarrollo de un pensamiento más bien concreto, el sujeto constructivo articulará en la coherencia sistémica aspectos de la realidad de forma rígida, es decir, de aspectos que pueden variar según diferentes contextos, es más, según la necesidad de llevar a cabo distintas acciones. En tal sentido, no será si no con el pensamiento formal y la posibilidad de abstraer elementos comunes de la experiencia, que el sujeto deberá articular los acontecimientos en torno a un sí mismo que ya se encuentra en un estado más diferenciado que el de etapas anteriores, y por lo tanto, podrá lograr una articulación más flexible entre los procesos de mantenimiento y cambio respectivamente del propio sí mismo (Piaget, 1961; Vergara, 2011).

Es en tal sentido que si el autoconocimiento es el elemento integrador del proceso de desarrollo ontológico, no es de extrañar que una noción de sí mismo distorsionada pueda interferir en los procesos de articulación de la experiencia (Guidano y Liotti, 2006). Al respecto, estas nociones se reflejarán en actitudes más o menos rígidas y defensivas hacia sí mismo, que volverán problemática la interacción subsiguiente con etapas de desarrollo más complejas, produciéndose un fracaso en el distanciamiento y descentramiento de muchas ideas relacionadas a estas autoconcepciones erradas. Así mismo, *“estas autopercepciones distorsionadas van a permanecer ancladas en las formas de pensamiento prelógico, típicas de la niñez, y serán difíciles de explicitar después de la adolescencia en forma de un conocimiento crítico y conceptual”* (p. 114). Además, se señala que respecto al desarrollo emocional que acompañan estos conceptos prelógicos, éste será más bien indiferenciado y escasamente controlable, suministrando así, una forma de pensamiento dogmático, mítico y rígido, típico de etapas infantiles, que contribuirán a igualar las autopercepciones que tenga el sujeto de sí mismo a la realidad, reforzando así, la idea de incapacidad en el distanciamiento de la experiencia. En tal sentido, de acuerdo a Piaget (1997) respecto a la permanencia del objeto, dicha difusión en el autoconcepto que lleva a pautas rígidas de sí mismo y del mundo, tendrían que ver con una falta de diferenciación entre lo externo y lo propio, proporcionando así, un pensamiento rígido,

dogmático acerca de la realidad y por lo tanto, una articulación rígida de las diferentes discrepancias que se producen en el vivir respecto de la continuidad del sí mismo. A este propósito es que se produciría una falta de elaboración respecto a nuevas teorías y explicaciones acerca de sí mismo en el proceso de generatividad y por lo tanto, de complejización del sí mismo.

De acuerdo a lo anterior, las nociones distorsionadas sobre las cuales el sujeto intenta resolver problemas, lo llevan a una *“serie de pautas repetitivas y estereotipadas que le confirmarán sus concepciones originales caracterizadas por ser unidimensionales, globales, invariables e irreversibles”* (Piaget, 1961; 1997; Guidano y Liotti, 2006, p. 115). Así mismo se plantea también la idea de que existan desequilibrios muy complejos en el sujeto, generalmente, dados por presiones desbordantes en su interacción con el medio, y por lo tanto, su experiencia no podría ser reorganizada en torno al sentido personal, puesto que sus parámetros explicativos no serían abarcativos de dicho desequilibrio (Vergara, 2011).

Es así como la dimensión operativa relacionada con los aspectos de rigidez y flexibilidad, como articulación de la experiencia en la continuidad del sí mismo, se relacionará con la capacidad que construya el sujeto en su operar en torno a crear nuevas teorías explicativas, que abarquen las distintas experiencias que vivencie y de las cuales debe extraer el sentido de continuidad en el tiempo que lo provee de unicidad y permanencia (Arciero, 2004; Guidano y Liotti, 2006). De este modo, se entiende que en la medida que el sujeto vaya teniendo experiencias con el mundo, implicará que éste deberá integrarlas en un autoconcepto coherente con su sentido personal a través de definiciones, o significados, que sustenten la coherencia interna. En tal sentido, el sujeto definido como un sistema adaptativo inestable se verá presionado en el vivir por abordar nuevos conocimientos; asimilarlos, y acomodarlos a la vez, es decir integrarlos en la coherencia sistémica, dirigiéndolo a niveles de complejidad mayor (Vergara, 2011). Esta constante interacción inestable del sujeto con su medio, presionará para generar cambios en sus estructuras o crear nuevas, haciendo de la flexibilidad operativa una necesidad para lograr la estabilidad y

adaptación, y por lo tanto posibilitar la progresión ortogenética propia del sistema (Guidano, 1987; Piaget, 1971 en Vergara 2011).

Respecto a lo anterior Arciero (2004) refiere que dicha integración a la coherencia del sistema implica la articulación entre la experiencia y la cohesión unitaria del sí mismo, lo que involucra *“el proceso de asimilación respecto a un acontecimiento discrepante, permitiendo una progresión en la historia y una articulación más amplia del sentido de sí mismo”* (p. 86). Así, los niveles de articulación e integración de la experiencia no serán sino la flexibilidad y rigidez del sistema en cuanto a la incorporación de la experiencia inmediata, y de esta manera, las discrepancias podrán reconocerse como elementos propios del sí mismo: por un lado, diferentes procesos centrales de ordenamiento, la mismidad, orientarán en el curso del ciclo vital el mantenimiento de la estabilidad personal según distintas modalidades; por otro, aquellos mismos patrones de coherencia podrán declinarse en ámbitos normales o psicopatológicos en función de los niveles de dicha articulación e integración de la experiencia en una cohesión unitaria de sí mismo (Arciero, 2004). De acuerdo a lo anterior, la elaboración de la experiencia discrepante respecto a una falta de correspondencia con la cohesión del sí mismo tendrá como efecto, una pérdida de flexibilidad y capacidad generativa sobre los procesos de asimilación de la experiencia, limitando la integración, y además, el afloramiento repetitivo de emociones críticas que al no poder ser articuladas desde una cohesión unitaria, deben ser gestionadas de formas concretas. Al respecto, el mismo autor (2004) refiere que la articulación funcional de la experiencia en la cohesión del sí mismo tiene su característica principal en la reflexividad, es decir, en el descentramiento del sujeto e integración en la construcción de mundo, del sí mismo y de los otros, asunto propio de los procesos de simbolización de la experiencia. En este mismo sentido, Piaget (1961) plantea que dicho descentramiento tendrá que ver con alcanzar niveles en que la experiencia pueda ser explicada desde el propio punto de vista, el de otros, y de esta manera generar significados plausibles de ser integrados en la propia coherencia sistémica. Además, referirá que se puede hablar de descentramiento cuando los procesos de asimilación y acomodación se acercan a un equilibrio, es decir cuando es posible integrar lo externo

con sus particularidades, sin embargo cuando alguno prima sobre el otro no se tendrá sino un acercamiento deformante de la realidad donde solo resulta posible el punto de vista propio. En tal sentido si bien se han logrado niveles reflexivos, éstos al estar aún centrados en el propio sujeto, incluso como preconceptos con características dogmáticas y sin una diferenciación entre lo propio y lo externo, no harán sino alejarlo de la realidad e impedir la articulación e integración de la experiencia en un todo coherente, es decir “*existirá una incapacidad de asimilar los acontecimientos discrepantes, en un sentido de continuidad personal*” (Arciero, 2004, p. 95), produciéndose de este modo una incapacidad, es decir una articulación rígida, que no permitirá integrar la experiencia en curso al propio sentido de continuidad, teniendo como consecuencia la sensación de sentir dicha experiencia discrepante como ajena al sí mismo y por lo tanto, desembocando en algún tipo de sintomatología (Yáñez, 2005).

A este respecto la identidad personal en su aspecto *ipse* permitirá incluir lo novedoso y discrepante respecto a sí mismo ligado a las contingencias (Arciero, 2004) y por lo tanto abrir un conjunto de posibilidades futuras (Vergara 2011); dicha integración se torna gravitante para la construcción de explicaciones que den cuenta de las dinámicas intersubjetivas en las que el sujeto se halla inmerso y de la continuidad temporal para así crear un “*todo coherente unitario y permanente*” (p. 65). En este punto, el periodo de la adolescencia con el desarrollo del pensamiento hipotético deductivo, la vivencia del cuerpo experimentado como ajeno, el cambio en la noción de temporalidad y de referentes, constituyen un periodo que presiona por la integración de los nuevos recursos, nociones y experiencias en el continuo que proporciona la identidad personal; proceso que sin la suficiente flexibilidad operativa se tornaría en permanente inestabilidad y por ende, sufrimiento (Vergara, 2011).

Finalmente, la flexibilidad y la rigidez constituyen formas de articulación de la experiencia respecto de la coherencia del sistema. Es un proceso en tanto se desarrolla continuamente en el ciclo vital del sujeto. En tal sentido, se puede observar que desde construcciones tempranas acerca del conocimiento de sí mismo y del mundo se aprecia cómo se constituyen de forma continua, desde regularidades orientadas hacia la acción hasta la permanencia del objeto y desde la construcción de

la representación hasta el pensamiento abstracto, entendiendo éste como el momento en que el sujeto pudiese acceder a múltiples puntos de vista y explicaciones respecto de la experiencia (Arciero, 2004; Piaget, 1961; 1965; Vergara, 2011).

Sin embargo, en dicho proceso ontológico también es posible observar cómo la indiferenciación entre lo interno y externo puede influir de forma negativa respecto a la articulación e integración de la experiencia inmediata en el sujeto, puesto que sus explicaciones se rigidizarían en torno a teorías que no van más allá de preceptos, que por su misma cualidad, se convertirán en creencias dogmáticas acerca de sí mismo y el mundo, de tal manera que para el sujeto no sería posible el acceso a múltiples explicaciones y teorías, sino a un centramiento de sí mismo respecto a la explicación de la experiencia, lo que conlleva a un estancamiento en la generatividad y por lo tanto de la complejidad (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

## 5.2.4 EXPOSICIÓN / EVITACIÓN

La capacidad de exposición y evitación ha sido anteriormente elaborada como formas de reacción del sujeto constructivo frente a las discrepancias que se producen en la interacción de éste con el medio. De acuerdo a ello, es que el sujeto constructivo, proactivamente orientado a la mantención de la coherencia, tomará la actitud de exponerse o bien de evitar las constantes discrepancias, ambas definidas como un continuo que se construye a lo largo del desarrollo ontogenético (Arciero, 2004; Yáñez, 2005).

Al entender la exposición y evitación como dos polos de un continuo que se fundan en formas de reaccionar del sujeto frente a discrepancias para el sistema, se nos remite, en primer lugar, a analizar cómo el sujeto se aproxima y/o las evita, es decir, cómo operará frente a la percepción de ésta. Respecto a ello, se analizará esencialmente lo que implica la construcción y apropiación del espacio, la construcción de desplazamientos y acciones, las cuales en ningún caso serán ejecutadas de forma desorganizada, sino que se basarán en patrones de acción idiosincráticas, en torno a un proceso asimilador que tendrán que ver con la construcción de la noción de sí mismo y del mundo que el sujeto desarrolle en la ontogenia (Piaget, 1997).

Respecto a lo anterior, Guidano (1994, p. 33) señala que *“la atribución de cualidades espaciales (proximidad- distancia) al mundo que nos rodea reposa en una percepción intersubjetiva de ese mundo”*. En tal sentido, como refiere Piaget (1969), cualquier conocimiento del mundo y de sí mismo, trae siempre y necesariamente *“un factor fundamental de asimilación, que es el único que confiere una significación a lo que es percibido o concebido”* (p. 7). De acuerdo a ello, se deduce que la estrategia adoptada por el sujeto de exponerse o evitar lo discrepante para el sistema, tendrá que ver con cómo éste ha construido la noción de sí mismo y del mundo desde etapas sensoriomotoras hasta hipotético deductivas, lo cual nos remite a explorar en torno a cómo estarían relacionadas las estrategias de acercamiento y evitación en torno a esta dimensión operativa, a propósito del desarrollo intersubjetivo del sujeto.

Anteriormente ya se ha mencionado que el sujeto posee ciertas pautas filogenéticas que forman parte de su *estar vivo en el mundo*. Una de éstas es la búsqueda constante de regularidades que le permitan ir configurándose como un sujeto que forma parte de la especie humana, y a la vez, que le permitan ser diferente de ésta. Esto a raíz de un mandato biológico<sup>51</sup>, de sobrevivencia tanto del grupo “homo” como de su individualidad y singularidad (Arciero, 2004). De acuerdo a lo anterior, la búsqueda constante de regularidades estará mediada por procesos de autorregulación que se irán tornando idiosincráticos en la medida que el sujeto vaya vivenciando diferentes experiencias. En tal sentido, Guidano y Liotti (2006, p. 19) destacan que *“el principio coordinador de la organización de la experiencia, llega a ser, muy tempranamente, algo altamente específico del individuo, como de las características particulares de las etapas de desarrollo”*. De acuerdo a lo anterior, un factor que tornará altamente idiosincrática la manera de conocer, y por lo tanto de definirse a sí mismo y al mundo, es la clase de sistemas que apunten a mantener inicialmente la cercanía y el contacto con otras personas y con los objetos en sí (Guidano y Liotti, 2006).

De acuerdo a lo anterior, la cercanía y contacto con otras personas, comienzan también a constituirse a propósito de los desplazamientos y coordinaciones que el sujeto alcance continuamente de acuerdo a su desarrollo. En tal sentido, se ha observado que si bien el recién nacido ya se acompaña de un sistema perceptual bien estructurado, no es sino en etapas posteriores que éste podrá agudizar sus movimientos, diferenciarlos y por lo tanto, coordinarlos en torno a metas u objetivos específicos. Es así que:

*“durante las primeras semanas de vida el pequeño solo puede enfocar con claridad los objetos situados a no más de unos veinte centímetros de sus ojos. Por otra*

---

<sup>51</sup>Guidano (1994, p. 32) explica dicho mandato biológico, como *“una fuerte tendencia a establecer lazos emocionales estrechos con los cuidadores, lo que se destaca como la condición ontológica fundamental subyacente a todo posible ordenamiento de la experiencia, es decir, a un modo viable de producir un mundo mientras se está en él”*.

*parte, una vez fijada la vista en un objeto, el bebé tiende a seguirlo con la mirada y la cabeza, al principio de forma ocasional y poco eficaz, pero a las dos o tres semanas con mayor eficacia y frecuencia” (Bowlby, 1998, p. 300).*

Al respecto, se deduce que la construcción de un ordenamiento autorreferencial de la experiencia a través de la proximidad y la distancia se llevará a cabo, en una primera instancia en la etapa definida por Piaget (1997) como sensorio-motora, a través de la búsqueda de proximidad física con las figuras de apego. Al respecto, se señala que el sujeto construirá relaciones del tipo arriba-abajo, entre otras, y que principalmente se instaurará la noción de permanencia del objeto la cual tarda varios meses en construirse. En tal sentido, *“supone la localización de un objeto, lo que no se da inmediatamente, puesto que esta localización, a su vez, supone una organización del espacio”* (p. 18). La permanencia del objeto consistirá en *“un conjunto de creencias implícitas respecto a la naturaleza básica y a la conducta de todos los objetos, incluido el ser humano”* (Flavell, 2000). Esta distinción supondrá la posibilidad de construir un mundo interno y externo, y de esta manera, poder hacer la distinción entre el reconocimiento de lo personal como de lo externo, logrando la discriminación entre los atributos propios y ajenos, permitiendo así, el sentido de singularidad y permanencia en el tiempo (Vergara, 2011). Al respecto, la exposición y evitación serán cualidades que hablarán de la noción de mundo construido por el sujeto y que podrán hacerse patentes en todo momento debido a las características propias de un medio inestable. En tal sentido, la permanencia del objeto, si bien definirá las nociones de lo interno y externo, será a partir de ésta que el sujeto ya no solo evitará o se expondrá a situaciones discrepantes concretas, sino que también elaborará de acuerdo a esta dimensión operativa, el exponerse o evitar de acuerdo a representaciones propias de lo abstracto que haya construido según ciertas nociones (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

Respecto de la construcción del espacio a través de los diferentes desplazamientos, es necesario remitirse a dos etapas que deben ser explicadas. En primer lugar, la construcción de acciones específicas en el niño en torno a procesos de exposición y evitación de lo novedoso; y en segundo lugar, cómo estas acciones se

reestructurarán en el proceso de simbolización en torno a un mecanismo autorregulador que asegure el acceso al mundo por parte del niño y la visión que irá construyendo de éste a partir de conocimientos específicos, los cuales en el caso de la exposición y evitación, estarán altamente implicados en la transformación de espacios en realidades personales (Piaget, 1978; 1997).

Piaget (1997, p. 69) refiere que *“la acción no es un movimiento cualquiera, sino sistemas de movimientos coordinados en función de un resultado o de una intención”*. En tal sentido, al afirmar que las acciones son sistemas de movimientos, alude a que se trata de procesos internos que se basan en la adquisición de experiencia, lo cual es procesado por una equilibración que se traducirá en una estabilización de coordinaciones<sup>52</sup> adquiridas. De acuerdo a lo anterior, se sintetiza que dichos procesos constituyen un elemento autorregulador en la construcción del sujeto, constituyendo, de esta manera, *“ciertas regularidades que aludirán a la conservación de acciones en el curso de sus repeticiones, consolidándose por el ejercicio y aplicándose a situaciones que varían en función de las modificaciones del medio”* (p. 71). A este respecto, el mismo autor (1997) añade que *“la inteligencia no es más que la propia coordinación de las acciones, y ya desde las más elementales, se encuentra en la asimilación<sup>53</sup> una especie de esbozo o de prefiguración del juicio”* (p. 77) y refiere el siguiente ejemplo:

---

<sup>52</sup>Respecto a la coordinación de acciones, Piaget (1997) refiere que ésta es de naturaleza asimiladora y no simplemente asociativa.

<sup>53</sup>Cabe destacar, que los procesos de asimilación siempre llevan en sí mismos un proceso de acomodación (Piaget, 1978). Es decir, cuando se habla de *procesos asimiladores* dicha definición trae en sí misma procesos de acomodación, tanto de objetos del exterior, entre subsistemas o bien, en procesos de integración y diferenciación planteados en torno a una totalidad.

*“El lactante que descubre que un objeto sirve para agitar o para atraer hacia sí, se orienta en una línea ininterrumpida de asimilaciones que conducen hasta las conductas superiores” (Piaget, 1973, p. 77).*

De acuerdo a lo anterior, se deduce que los desplazamientos en el espacio van siendo poco a poco organizados en realidades personales, desde etapas sensoriomotrices en las que se esbozan subsistemas de sistemas posteriores. Piaget (1997) ejemplifica dicha situación refiriéndose a la búsqueda de los objetos desaparecidos en la que las acciones se organizarán hasta alcanzar una noción en la permanencia de éstos, lo que en palabras del autor (1997), *“constituirá un punto de partida para la organización del espacio representativo, una vez reconstruido sobre el plan del pensamiento por interiorización de las acciones en operaciones”* (p. 77).

A propósito de lo anterior, si bien el sujeto construye su realidad a través de los diferentes desplazamientos, de las acciones, de las acomodaciones que debe lograr en la asimilación de objetos o de figuras significativas, es posible preguntarse, cómo se construye desde la aproximación y evitación, desde los desplazamiento iniciales, una forma de autorregulación que de forma paralela, pero complementaria a la vez, se constituya como proceso autorregulador de la exposición o evitación de lo novedoso por parte del sujeto (Piaget, 1961; 1965 1997).

De acuerdo a ello, Bolwby (1998) observa que en el sujeto existe una tendencia intrínseca a mirar determinadas figuras en lugar de otras y los objetos en movimiento; que además, existiría un aprendizaje por el contacto, mediante el cual el niño aprende a distinguir lo familiar de lo extraño; y finalmente, una tendencia intrínseca de aproximarse a lo que resulta familiar y más adelante, a retroceder ante lo extraño. Esto último debido a la diferenciación progresiva y continua que experimentará el sujeto en el desarrollo ontológico. En tal sentido:

*“las formas de conducta de apego, suelen dirigirse hacia un objeto específico, situado en el espacio, el que por lo general, es una figura con la que se ha entablado un vínculo de afecto. Para que las formas de conducta se dirijan hacia ella, es preciso que el pequeño se oriente hacia esa figura”* (p.271).

A este respecto, el apego, es definido como *“un modelo representacional de la relación más el vínculo afectivo que el niño establece con una figura significativa. Este modelo representacional y el vínculo afectivo tiende a persistir y a hacerse más independientes de las situaciones contingentes”* (Guidano y Liotti, 2006, p.19). En tal sentido, la búsqueda de proximidad del niño con su figura de apego, le proveerá una gama experiencial que se constituirá en una forma particular de intercambio con el mundo, de esta manera, a través de la percepción de flujos sensoriales<sup>54</sup>, de ritmos cíclicos, a lo largo de procesos de aproximación y de evitación, se irán organizando en atribuciones de cualidades espaciales del mundo que reposarán en la construcción subjetiva de la proximidad y la distancia (Guidano, 1994).

Respecto a lo anterior, el proceso de construcción de la noción de sí mismo y del mundo, desde la perspectiva de la proximidad entre el niño y su figura significativa, también será formadora de tonalidades emocionales básicas. En otras palabras, los flujos sensoriales al ser percibidos de forma recurrente por el sujeto, se ordenarán en torno a ciertas tonalidades, sentimientos, que serán decodificables sobre el proceso de aproximación y evitación, construyéndose como pautas afectivo-motrices (Guidano, 1994). En tal sentido, la construcción de espacios temporales, de desplazamientos y acciones, se irán construyendo de acuerdo, y complementariamente, a estas tonalidades emotivas que guiarán el aprendizaje del mundo circundante en torno a cierto interés, es decir, el sujeto irá construyendo su mundo de acuerdo a un proceso asimilador que guiará los procesos subsecuentes, lo que en términos de exposición y

---

<sup>54</sup>Una organización central de apego según Guidano (1994, p. 38) *“es el resultado de un proceso de selección y estabilización del flujo de estados internos recurrentes. Dicho proceso consiste en coordinar diversos patrones de módulos inductores y reductores de la excitación, ajustando su regulación por medio de la ira y el miedo, con el fin de producir un nivel viable de reciprocidad emocional (seguridad-proximidad)”*.

evitación, tendrá que ver con cómo el sujeto reaccionará ante los constantes desequilibrios, propios del vivir, que demandan nuevos conocimientos, acerca de sí mismo, de los otros y del mundo.

Además de las tonalidades emotivas recurrentes que se van construyendo a partir de los procesos de apego, es interesante indagar respecto de la conducta exploratoria, la cual se entiende como una conducta antitética a la conducta de apego, es decir, la distancia que caracterizará la relación del sujeto con una figura significativa, la que por lo general, se mantendrá dentro de límites estables. Esta clase de conducta está perfectamente bien definida y es independiente. Además, depende de una serie de sistemas que tienen como fin específico el extraer información del medio (Bowlby, 1998).

Se observa que la conducta exploratoria adopta tres características: la primera, tiene que ver con:

*“una respuesta orientadora de la cabeza y el cuerpo, que coloca a los órganos de los sentidos en posición más adecuada para discernir el objeto-estímulo y da la señal a la musculatura y al sistema cardiovascular para que entren en acción de inmediato; en segundo término, el acercamiento del cuerpo al objeto estímulo, lo cual permite a todos los órganos de los sentidos obtener una información más abundante y cabal al respecto; en tercer lugar, la investigación del objeto, al manipularlo y experimentar con él”* (Bowlby, 1998, p. 264).

De acuerdo a lo anterior, la conducta exploratoria se relaciona con lo novedoso para el sujeto, lo que puede conocer y sobre lo cual pueda continuar con su elaboración de mundo. En tal sentido, se infiere que esta conducta cesaría cuando el sujeto haya hecho de lo novedoso algo familiar. Al respecto Bowlby (1998, p. 265) refiere que:

*“la conducta exploratoria se caracteriza por transformar lo nuevo en familiar, y mediante este proceso convierte al agente de activación en agente de terminación*

*(...) una característica paradójica de la conducta exploratoria es que prácticamente las mismas propiedades que incitan a la exploración también producen alarma e incitan al alejamiento (...) al principio todo elemento extraño induce al alejamiento, pero luego el observador suele acercarse con cautela, posteriormente con mayor confianza”.*

En este sentido, la dimensión de exposición y evitación alude a la movilidad que exista entre ambas, puesto que al constituirse a partir de los desplazamientos en torno a un autorregulador, el problema se encontrará justamente en que no se movilizan de acuerdo a la contingencia que el sujeto experimenta (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

Posteriormente, con la llegada de la adolescencia, a través de proposiciones explicativas, se mediará la interiorización de las acciones construidas y por lo tanto, la noción de aproximación y evitación. Además de acceder a la toma de conciencia de la acción, el adolescente tiene un espectro más amplio de posibilidades de aproximarse y alejarse, ya sea con su círculo de amigos y el inicio de relaciones afectivas. De tal manera, en este periodo será posible vislumbrar, a nivel simbólico, el proceso de aproximación y evitación construido, a través de la interiorización de la coordinación que se haya logrado en la relación al vínculo con la figura significativa (Vergara, 2011).

De acuerdo a lo anterior, es importante destacar que si bien en un primer momento la proximidad se buscará a través de acciones altamente específicas en cada sujeto, posteriormente, en el plano del pensamiento, se re aprenderá lo que ya ha sido aprendido en el plano de la acción (Piaget, 1997).

Es así que tanto los procesos de apego como la conducta exploratoria se relacionan estrechamente respecto de cómo se construirá la búsqueda de lo novedoso para el sujeto y el matiz emocional que acompañará la experiencia en curso de acuerdo a cómo fueron elaboradas las diferentes tonalidades emotivas en torno al proceso de aproximación y alejamiento, respecto de una figura significativa. Dicha interacción marcará sucesivamente un tipo de pauta que el sujeto vivenciará como una tendencia

particular cuando al aproximarse a lo novedoso, es decir a objetos, a personas, a acontecimientos que se presentan en el devenir siendo y que deben ser integrados en una coherencia a través de los procesos de mantenimiento y cambio. De esta manera, podría generar la tendencia más bien de exposición a lo nuevo, es de decir de enfrentar la situación, o bien evitarla, teniendo como consecuencia este último caso un bloqueo en la capacidad generativa y complejidad del sujeto (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

Es importante destacar que dicha tendencia si bien se relaciona con los procesos de apego y de los diferentes significados que el sujeto dé a la experiencia, y de cómo éste ha elaborado la relación con su figura respecto de la conducta exploratoria, será la experiencia en curso un punto crítico en cuanto confirmación o desconfirmación de dicha predisposición. Es decir, una vez que la situación esté en curso, el que el sujeto refuerce su propia vivencia dependerá del desenlace del evento mismo. Al respecto Vergara (2011, p. 63) de acuerdo a lo anterior elabora el siguiente ejemplo:

*“una persona tímida que se ve enfrentado a tener que exponer frente a una audiencia, probablemente su anticipación a la experiencia esté llena de escenas desastrosas que a su vez se corresponden con su experiencia (mismidad) como ponerse rojo durante la exposición, experimentar bloqueos mentales, no poder responder a las preguntas, pensamientos de estar siendo poco claro; cualquier manifestación de un estado de ansiedad elevado. Sin embargo, la exposición se desarrolla adecuadamente teniendo un desenlace en que el sujeto es reconocido por sus méritos expositivos señalándose su claridad y dominio frente al tema. Esta experiencia produce un impacto de discrepancia en el sujeto que lo presiona a incorporar y a crear nuevas explicaciones de lo acontecido”.*

De acuerdo al ejemplo anterior, se puede observar que si bien el sujeto de haber podido evitar la exposición que tenía que llevar a cabo, debido a todas las

consecuencias desastrosas que éste imaginaba que sucederían, es en la propia experiencia en curso que la capacidad de exposición frente a las discrepancias que experimenta el sistema respecto del sentido de cohesión del sí mismo, que el sujeto podrá incluir nueva información y de esta manera avanzar en complejidad (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

El apego se constituye como un factor preponderante en la noción tanto de sí mismo como del mundo, principalmente en lo que implica el principio de las etapas constructivas en el desarrollo ontológico del sujeto, a través de una representación o noción del mundo, en cuanto a desplazamientos encaminados hacia la aproximación y evitación con un otro significativo como referente. Al respecto, se destaca que si bien en un primer momento, la búsqueda de proximidad se llevará a cabo a través de acciones específicas, que provendrán de elementos sensoriomotrices, en un segundo momento, ésta se llevará a cabo a través de representaciones figurativas. Ambos momentos se encuentran implicados en un proceso autorregulador, específicamente de asimilación, a través del cual ya se podrá observar en un sujeto desde las primeras etapas de desarrollo un bosquejo de lo que se reestructurará posteriormente en torno a las nociones de aproximación y evitación con el mundo.

Respecto a lo anterior, si bien los procesos de apego constituirán las tonalidades que acompañarán la experiencia en curso y que por lo tanto formarán parte de la mismidad del sujeto, será en torno a la ipseidad, a la discrepancia en torno a sí mismo, que el sujeto podrá reelaborarse y reconfigurarse en torno a exponerse a dicha discrepancia, o bien evitarla. En el primer caso, existirá la posibilidad de incluir e integrar nuevas experiencias al sí mismo, y con ello complejizarlo. En el segundo caso, podría ocurrir un bloqueo en la función generativa del sujeto.

Finalmente, las diferentes construcciones de nociones de mundo, en torno a la constitución de la proximidad/alejamiento, se observará como el sujeto se expone o evita ciertas situaciones de acuerdo a sus propias características y como la experiencia en sí puede de alguna manera confirmar dichas nociones o bien desconfirmarlas. En este sentido, además, si un sujeto se expone frente a determinadas situaciones, es

probable que no esté amenazada la coherencia del sistema. Pero, ¿qué ocurriría con aquellos sujetos que se pueden observar en lo cotidiano que de alguna manera se “sobre exponen” a ciertas situaciones que incluso, podrían ponerlo en una situación de peligro tanto físico como psíquico? En este sentido, se hipotetiza que de acuerdo a lo que se ha planteado a lo largo de esta dimensión operativa, se habría producido una falta de diferenciación relacionada con la construcción de proximidad y distanciamiento respecto de personas y objetos. En este sentido Bowlby (1998) y Piaget (1961) señalan que existirían fases en el sujeto que tendrían que ver con cómo este se va descentrando de sí mismo y como al mismo tiempo es capaz de diferenciar las diferentes figuras cargadas de afecto de tal manera que pudiese posibilitar una diferenciación de éstas mismas, y en consecuencia el cómo el sujeto se exponga o evite ciertas situaciones que podrían poner la coherencia sistémica en jaque. Por otra parte respecto de la evitación, un sujeto que se centrara en esta polaridad, bloqueando la progresión ortogenética del sistema, tendría que ver también con una diferenciación precaria del sí mismo en torno a situaciones, personas, acontecimientos, entre otros, que estarían faltos de una elaboración, lo que en consecuencia produciría una percepción de sí mismo como incapaz de enfrentar discrepancias, puesto que cada de una de éstas serían vivenciadas como desbordantes para el sistema.

Es así, como se plantea dentro de esta dimensión operativa, que los distintos procesos de diferenciación a lo largo del desarrollo ontogenético tendrán que ver con la movilidad que alcance el sujeto en cuanto a exposición y evitación de discrepancias en un medio inestable, concluyendo de esta manera, que dicha movilidad será lo que permita la generatividad y complejización del sistema (Vergara, Agosto 2012, comunicación personal).

### 5.2.5 PROACTIVIDAD / REACTIVIDAD

Ya se ha señalado anteriormente que el constructivismo, a diferencia de otras líneas teóricas, posee la visión del sujeto como un ser que construye y que se construye a sí mismo. Con ello se refiere a que éste se constituye como un ser biológico, social y proactivo en su relación con la realidad, por lo tanto, activo en la construcción de ésta y de su identidad personal. Así, el sujeto en su experiencia inmediata va construyendo significados que conforman los dominios de realidad posible en medio del “multiverso” (Guidano, 1987; 1994; Maturana, 1990; Yáñez, 2005; Vergara, 2011).

De este modo, el constructivismo cognitivo postula que los sujetos son participantes activos de sus propias vidas, actuando en y sobre el mundo. En este sentido la construcción del conocimiento es un proceso continuado y permanente donde el sujeto no se sitúa como receptor de las perturbaciones ambientales a las que se ve sometido en sus intercambios con el entorno; al contrario, es constructor del mundo que habita y en el cual constantemente interviene (Feixas y Villegas, 2000; Mahoney, 2005; Yáñez 2005; Guidano y Liotti, 2006).

Respecto a lo anterior, el sujeto se constituye como un agente activo en la construcción de mundo, participando de la experiencia humana e interviniendo en el conocimiento y significación de ésta. Así, el sujeto es activo en los procesos de adaptación, puesto que éste podrá tener diversas formas de existencia viables en la supervivencia de un medio inestable (Guidano, 1994; Zúñiga, 2012).

Así, el sujeto se halla inmerso en un mundo en permanente cambio, inestable y que lo presiona constantemente. Sin embargo, *“todas las posibles presiones que emergen para el cambio, como consecuencia de la asimilación en curso, están subordinadas a la mantención de la identidad personal, la invariante autoorganizativa fundamental”* (Guidano, 1987, p. 9). Por lo tanto, el sujeto deberá hacer frente a constantes presiones sin perder la percepción de la permanencia de su identidad en el tiempo (Guidano, 1987; Arciero, 2004; Vergara, 2011). Para ello, el sujeto organiza sus

intercambios con el entorno refiriéndose a sí mismo. En otras palabras, el sujeto continuamente organiza de formas autorreferenciales sus intercambios con el entorno, constituyéndose de este modo como un ser autónomo. En este sentido *“la identidad personal no se recibe simplemente de una realidad externa ya ordenada objetivamente, sino, se construye activamente por el sujeto conocedor que produce su propia identidad, ordenando la experiencia en curso de acuerdo con sus capacidades disponibles”* (Guidano, 1987, p. 9).

La proactividad que define al sujeto ontológicamente, tiene su base en los procesos de organización autopoiética. De acuerdo a ello, *“tal organización conlleva a que su único producto es sí mismo, el sistema vivo está en una continua producción de sí, de este modo, no existe una separación entre productor y producto, el ser y el hacer resultan inseparables”* (Maturana y Varela, 2006, citados en Zúñiga, 2012, p. 23). En este mismo sentido Piaget (1986) refiere que el sujeto no solo elabora sus conocimientos respecto al mundo, sino también las estructuras o mecanismos a través de las cuales éste conoce. Respecto a ello, el mismo autor (1969; 1986; 1978; 1997) afirma que el sujeto posee una dotación hereditaria, que le permite la interacción con el medio desde etapas tempranas, es decir posee una estructura que le otorga el dominio de acción sobre el mundo. En este sentido, el sujeto incluso nace con ciertas expectativas innatas, es decir, con una configuración filogenética de que sus necesidades serán satisfechas y correspondidas por sus cuidadores. Así, al contrario del planteamiento de la *tabula rasa* en paradigmas anteriores, el sujeto ya desde aspectos filogenéticos se constituye como un organismo proactivo, característica que en la ontogenia se verá reforzada por diferentes elementos que participen en la construcción de mundo que éste realice (Guidano 1987; 1994; Vergara, 2011).

De acuerdo a lo anterior, la proactividad constituye la característica ontológica del sujeto que evidencia la dinámica permanente entre los procesos de mismidad / ipseidad en la construcción de conocimiento del sí mismo. Al respecto, por un lado, la búsqueda constante de regularidades permitirá la constitución y mantención de un sentido de coherencia y continuidad (Vergara, 2011). Por otro lado, dicha dinámica *“le permitirá la posibilidad de observarse y sorprenderse en la experiencia, de cambiar y*

*reconstruirse como un sujeto que avanza en el tiempo, incorporando nuevos aconteceres y vivencias que le permitan desarrollarse” (p. 65).*

Respecto a lo anterior, la dialéctica mismidad / ipseidad otorga la posibilidad de evolución y complejización del sistema, integrando nuevas experiencias y abordando nuevos conocimientos, dando cuenta de este modo, del permanente movimiento que caracteriza la construcción del sujeto proactivo. Así:

*“la solución constante de esta dinámica permitirá al sujeto evolucionar generativamente hacia grados mayores de complejidad, puesto que implica una presión más o menos compleja, dependiendo de la vivencia, y de las posibilidades que posea el sujeto para enfrentar la presión interna que significa mantener una coherencia a pesar de los cambios que se pudiesen experimentar” (Vergara, 2011, p. 66).*

En otras palabras, al ser la proactividad una característica ontológica del sujeto se da cuenta de cómo la estructura de la experiencia y del conocimiento manifiesta la dialéctica, dinámica y complementariedad entre mismidad e ipseidad. Así, permanecer en el mundo en constante cambio sin perder la noción de continuidad y permanencia en el tiempo da cuenta de un proceso interminable que incorpora en la concepción de sujeto el aspecto mutable y discordante de la experiencia y que le permite alcanzar la cohesión de una historia de vida (Ricoeur, 1996; Arciero 2004).

De este modo, será a partir de la característica inherente de proactividad que el sujeto podrá solucionar la pugna entre los procesos de mantenimiento y de cambio y lograr de equilibraciones y reequilibraciones mediante los procesos de asimilación y acomodación a través de los cuales construye su mundo y el propio sí mismo (Piaget, 1984; Feixas y Villegas, 2000).

Dentro de esta característica ontogenética se desarrolla la dimensión operativa definida polarmente, como la proactividad / reactividad que dará cuenta de la forma en que el sujeto se sitúa en su construcción de mundo; es decir, si se constituye como

protagonista y “solucionador de problemas”, en el sentido de enfrentar las diferentes discrepancias que surgen en la contingencia, o bien como un sujeto que observa, y por tanto es espectador de su propio proyecto de vida. De este modo al ser la proactividad una característica intrínseca del sujeto, aunque éste se constituya de modo más reactivo también está siendo proactivo en cuanto a la mantención de su coherencia (Guidano, 1987; Mahoney, 1997; Feixas y Villegas, 2000; Guidano y Liotti, 2006; Vergara 2012, comunicación personal).

Yáñez (2005) por su parte, señala que dicha dimensión:

*“dependerá de las características innatas e ideográficas del sujeto, que inciden en un estilo de enfrentamiento ante las demandas que ejerce la relación con el mundo. Se refiere al grado de persistencia y permanencia de los niveles de respuesta motor, emotivo y cognitivo, ante los desafíos o amenazas. Desde la perspectiva de las Organizaciones de Significado Personal, los estilos particulares resultantes de una inclinación más frecuente hacia lo activo o lo pasivo dan origen a las Sendas Personales”* (p. 190).

A lo largo del ciclo vital variados serán los elementos que se relacionarán con las características que adoptará la dimensión; las particularidades del sujeto, la existencia de una sintonía o no con las figuras significativas y las experiencias vividas en el mundo, en el seno de la intersubjetividad, contribuirán a que su construcción sea más cercana a uno u otro aspecto, al proporcionarle las primeras formas de organización de su experiencia (Ricoeur, 1996; Guidano y Liotti, 2006; Holmes 2009; Vergara 2011).

Desde esta perspectiva el sujeto ya en etapas tempranas interviene activamente en la generación de conocimientos; es así como desde el nacimiento muestra disposición para prestar atención selectiva, bajo un órgano regulador de asimilación, a acontecimientos recurrentes y más aún, previo a todo aprendizaje, la tendencia de buscar dichas pautas ambientales regulares, marcando así el comienzo de un proceso indisociable como constructores de la experiencia (Piaget, 1978; 1997; Feixas y Villegas, 2000; Guidano y Liotti, 2006).

Además de las expectativas innatas antes mencionadas propias de la especie, existen características biológicas particulares de los sujetos que conforman el denominado temperamento<sup>55</sup>; este proporcionará un marco de posibilidades a la relación de éste con su entorno, mostrando cómo los individuos se diferencian en cuanto a responsividad y autorregulación correspondiendo a *“una propiedad del organismo que organiza interacciones con el medio ambiente”* (Quintana, 2000, en Muñoz 2002 p. 6). En tal sentido, variados han sido los modelos que han estudiado a lo largo del tiempo aquellas disposiciones o estructuras que forman parte de la constitución genética que conforman el temperamento (Muñoz, 2002). Si bien dichos modelos han diferido en qué elementos o factores se hallan involucrados en esta conceptualización, han coincidido en sus versiones más actuales en incluir el nivel de actividad del organismo, el umbral de respuesta, la velocidad de la misma y persistencia entre otros factores, los que interactúan con elementos ambientales y de aprendizaje (Thomas y Chess, 1977 en Muñoz 2002; Buss y Plomin 1975, en Engler 1996). Así mismo se incluye en el constructo, la búsqueda de la novedad<sup>56</sup> que guiará al sujeto en su actividad exploratoria y a *“la evitación activa de la monotonía y el castigo potencial”* (Cloninger 1987; 1993, Schuckit, 1990; Sáez, 2000 en Muñoz 2002).

Todos los modelos presentados coinciden en la existencia de diferencias del sujeto como parte del temperamento, características que se observan desde los primeros meses de vida y que se mantendrán estables a lo largo de ésta (Muñoz, 2002; Engler, 1996). Rothbart y Bates al respecto, agregan que esta diversidad en la manera

---

<sup>55</sup>El temperamento se refiere a *“las dimensiones constitucionales de la personalidad que incluyen aspectos relativamente estables y que corresponden a los estilos que hacen a la persona única. Son patrones conductuales distintivos que la persona exhibe en diferentes situaciones, pero también incluye el cómo le afecta la experiencia y al cómo responde frente a los estímulos externos”* (Cloninger, 1999, Quintana, 2000 en Muñoz 2002, p 5).

<sup>56</sup> Entendida como una *“tendencia genética hacia la activación o excitación como respuesta a estímulos nuevos y/o señales de potenciales premios o castigos”* (Cloninger, 1993 en Muñoz 2002 p 16). En esta dimensión, así mismo, se incluirían las conductas de impulsividad, actividad orientada a evitar la frustración y la excitabilidad entre otras.

de reaccionar sería tanto a nivel de estímulos externos como internos (1998, en Arciero, 2009).

De acuerdo a lo anterior, las características temperamentales no constituyen una organización de mundo particular, sino que ésta devendrá de sus intercambios con el medio y como éste le permitirá al sujeto articular o no dichas características constitutivas de modo que facilite la exploración. De este modo, en etapas evolutivas posteriores, dicha interrelación dispondrá al sujeto a aproximarse al mundo de un modo más proactivo (Bowlby, 1998; Vergara, 2011).

En este sentido, la conjunción de características innatas particulares de los sujetos y su interacción con el entorno muestra que más allá de estar determinados unidireccionalmente por estos elementos genéticos el *“individuo-organismo construye un ambiente para conservar esa estabilidad ya sea transformando físicamente el contexto vital, ya sea reconociendo algunos elementos del ambiente exterior como parte de su propio sistema de desarrollo”* (Arciero, 2009 p. 149). Entonces, la relación del sujeto con el mundo no se limita sólo a esta búsqueda de regularidades o al mero despliegue de características constitucionales, pues de ser así estaríamos en presencia de un organismo simple que tiende al estancamiento de la especie. Sino que la complejidad del sujeto implica estar abierto a las discrepancias constantes que provienen de su interacción en el mundo, lo que le permite avanzar en complejidad y evolución, manteniendo su coherencia sistémica (Guidano, 1987; Maturana y Varela, 1997; Vergara 2012, comunicación personal).

Ligado a lo anterior, otro de los fenómenos fundamentales que influye en las características que adoptará la construcción de mundo que haga el sujeto, es la diferenciación, en relación a los procesos de apego (Guidano, 1999). Dicha distinción permite percibirse a sí mismo con continuidad y estabilidad en un mundo en constante flujo y moverse permanentemente en la dialéctica que se da entre la identificación con otros y la distinción de éstos (Arciero, 2004, Vergara, 2011). Como señala Piaget (1983) esta construcción elemental que comienza en etapas tempranas del desarrollo es indisoluble de las nociones de espacio, causalidad y tiempo, deviniendo en la

distinción de un mundo con el cual interactuar y por ende, en la construcción de los otros no como meras prolongaciones de sí mismo, sino en base a sus propias particularidades.

Como consecuencia de esto, el niño irá diferenciando las realidades subjetivas (arraigadas en la propia acción) de las exteriores y por tanto, descentrándose. Dicha diferenciación sumada al equilibrio entre la asimilación y acomodación permitirá que el sujeto pueda distinguir las características propias, como así mismo los objetos o acontecimientos (Piaget, 1961; 1983). Además, dicho proceso no tiene sólo características cognitivas, *“sino que también involucra una actitud emocional o tono afectivo dirigido hacia el no sí mismo”* (Guidano, 1999, pp. 88-94), factor que también se referirá a la relación temprana que existe entre los cuidadores y el niño.

De este modo, el apego encarna la interacción de la herencia, el medio físico y el medio social (Piaget, 1997) y da cuenta al mismo tiempo del proceso de diferenciación. Al respecto Guidano (1994, p. 32) señala que en dichos procesos relacionales están implicados *“la aparición del sí mismo, a la vez como sujeto (el yo, es decir, el sentido de sí mismo experimentado en forma directa e inmediata) y como objeto (mí, sí mismo que uno llega a conocer a través de la propia conducta)”*. Para el autor en la búsqueda de la proximidad de las figuras significativas está implícita la condición fundamental autorreferencial del ser humano y que por medio de éste *“puede acceder a las dimensiones de intercambio con el mundo”* (p. 33).

En las primeras etapas del desarrollo las características que adopte la relación del niño con sus cuidadores, en virtud de la existencia o no de una coordinación entre ambos, puede inducir o inhibir ciertas conductas, especialmente de tipo exploratorio. En su definición la conducta de apego adopta distintas formas entre las que se destaca tanto la capacidad de acercarse a un “objeto-estímulo” para aumentar la información que se tiene de éste, como el llegar a manipularlo o experimentar con él (Bowlby, 1998, Piaget, 1961; 1997; Vergara, 2011).

Respecto a lo anterior, dicha coordinación en etapas tempranas debe darse entre las características del cuidador y las necesidades particulares del niño, de modo que

éstas sean satisfechas sin que ello implique una sobredimensión por parte del cuidador, anticipándose incluso a que el sujeto las exprese, coartando la conducta exploratoria y de este modo, condicionando su construcción de mundo a un rol secundario. Así, dicha falta de sintonía entre el niño y sus figuras significativas, si ocurre de modo regular a lo largo del ciclo vital, puede constituirse en formas reactivas de instalarse y operaren el mundo.

Esta dinámica de proximidad y alejamiento organiza no sólo el desplazamiento en el mundo, sino también el flujo sensorial (Guidano, 1994). En el seno de sus primeras interrelaciones con los cuidadores el niño entra en contacto con una fuente de estímulos emocionales regulares y recurrentes que derivan de la conducta y de las motivaciones de los adultos. Poco a poco irá vinculando sus *“sentimientos básicos con percepciones, acciones y recuerdos convirtiéndolos en esquemas emocionales específicos susceptibles de experiencia subjetiva”* (p. 34).

De acuerdo a lo anterior, las características y el grado de coordinación entre las diferencias particulares del niño, sus sensibilidades y necesidades y las motivaciones y conductas de los cuidadores le proporcionarán experiencias tempranas que constituirán una primera visión del mundo, de sí mismo y de los otros (Vergara, 2011; Holmes 2009). Dicha sintonía en etapas no diferenciadas será vivida como una extensión de sus propias necesidades y por ende representa la acción misma del niño en el mundo. Así, la respuesta recurrente que éste reciba de su entorno ante sus necesidades internas le permitirá ir generando esquemas de acción acerca de cómo resolverlas y satisfacerlas adecuadamente. Además, como respuesta a esto el sujeto generará estados emocionales frecuentes que también se harán recurrentes. En este sentido las características temperamentales del niño en relación con su tolerancia a la frustración le contactarán en mayor o menor frecuencia con experiencias de displacer, constituyéndose en estados emocionales y esquemas de acción (Guidano y Liotti, 2006; Arciero 2009; Vergara 2011).

A este respecto Greenberg y Paivio (2000) señalan que el tono emocional, se desarrollará en base a la diferenciación de emociones básicas. Éstas,

fundamentalmente adaptativas, generan la activación corporal del organismo, preparándolo para la acción. En este sentido, ofrecen una de las primeras estructuras que organizan la relación con el mundo exterior y por lo tanto forman parte de la construcción que el sujeto comienza a hacer de su entorno y de sí mismo.

Debido a su carácter filogenético las emociones conectan en mayor o menor medida con aspectos motores y por ende también se vinculan con la senda pasiva o activa. Así, emociones como la rabia, el miedo (ante los peligros), la curiosidad y la sorpresa se relacionarán con un nivel más activo de operar, mientras que aquellas como la pena, la vergüenza, el miedo (ante la exposición) serán la vertiente más pasiva del despliegue emocional y buscarán un grado de mayor acción por parte del otro (Greenberg y Paivio, 2000; Vergara, 2011 comunicación personal).

A este respecto Guidano (1994) señala que desde los primeros períodos del desarrollo se puede observar que el niño se haya provisto de sentimientos básicos y de la capacidad de comunicarlos a través de mecanismos expresivo-motores modulando las contingencias provenientes del medioambiente y desarrollando la aptitud de entrar en sintonía con los otros, en especial con las figuras significativas.

De este modo, al conjugar elementos biológicos, vinculares y experienciales las emociones se convierten en un elemento crucial de la conducta humana y en un puente entre los aspectos biológico y social del sujeto. Ante situaciones nuevas son éstas las que permiten evaluar rápidamente el entorno, activar alarmas y planificar la acción, en consonancia inseparable con los elementos de naturaleza cognitiva (Izard, 1993, en Greenberg 2000). A este respecto, la organización de las emociones básicas en ritmos fisiológicos recurrentes dará origen a tonalidades emocionales que evidencian el sentido del sí mismo y las características del encuentro con el otro y con el mundo (Guidano, 1994; Greenberg, 2000; Arciero, 2009).

Entonces, si bien el niño nace con una serie básica de preferencias afectivas construidas internamente y que tienen que ver con su preservación, será la experiencia y por ende la dinámica que se establezca con los cuidadores los que

proporcionarán una base para la “*construcción de significados más complejos*” y expandirá o limitará las posibilidades de dichas características (Greenberg, 2000 p. 44).

Como consecuencia de lo anterior los procesos de apego no sólo constituyen la relación que se da en etapas tempranas del desarrollo relacionadas con la capacidad de explorar y elicitación de protección en los cuidadores (Bowlby, 1998), sino más bien “*la representación de la seguridad dentro de la psique del individuo*” (Holmes, 2009, p. 25) y que por lo tanto, se extenderá a etapas posteriores de la vida. De este modo, si en las primeras etapas del desarrollo ha habido responsividad, coherencia, fiabilidad, sintonización; si los cuidadores son capaces de absorber la protesta del niño y de ver en él a un ser distinto de sí “*sensible con sentimientos y proyectos propios*” (p. 27), éste se sentirá relajado, calmado, tranquilo, satisfecho, cercano y con sus ritmos respiratorios y cardíacos reducidos; es decir en un estado psicológico de bienestar, orden y control, que podrán ser evocados en el futuro.

Respecto a lo anterior, el sujeto a lo largo de su vida podrá acceder a esta “*zona interna de Base Segura*” que le permitirá interactuar con el mundo. En este sentido, el adulto en posesión de esta representación podrá regular el afecto, pensamientos y conductas y hacer uso de variados recursos para no verse sobrepasado por los elementos perturbadores o novedosos, y por lo tanto, acceder a dicha seguridad cuando la necesite o cuando se constituya en la base segura de otros (Holmes, 2009).

De este modo, en la construcción de esta dimensión operativa, si por una parte, las interacciones constantes y regulares del sujeto a nivel experiencial le han proporcionado una noción en la que el medioambiente es causa y fin del acontecer, su construcción del mundo se posicionará en una vertiente reactiva. Por otra parte, una construcción de mundo proactiva permitirá al sujeto una apropiación de la experiencia en curso y por lo tanto del mundo (Arciero, 2009; Vergara, 2012, comunicación personal). En este sentido más allá de las características de la perturbación en sí causantes del desequilibrio, la forma en que el sujeto construya las proposiciones que conforman su realidad, es decir el modo en que integre a su sí mismo el permanente movimiento entre concordancias y discordancias, es el lugar que ocupará en el mundo

que él mismo ha construido, haciendo constantes ajustes o apropiaciones de su experiencia (Piaget, 1978; Vergara 2011; 2012, comunicación personal).

En conclusión, si bien el operar de forma proactiva o reactiva nos habla de la construcción particular de mundo hecha por el sujeto, éste al desarrollarse en un medio inestable deberá incluir en el sí mismo las experiencias discrepantes, articulándolas en torno a los procesos de mantenimiento y continuidad lo que implica un funcionamiento de índole proactivo. En este sentido, independiente de su rol en la construcción de mundo, el sujeto deberá ontológicamente, para poder evolucionar y complejizarse en la contingencia de la experiencia, tender a la proactividad en función de mantener la coherencia sistémica (Vergara 2011; Vergara, 2012, comunicación personal).

### **III. TERCERA PARTE**

#### **6. CONCLUSIONES**

Tras revisar y analizar la construcción de las dimensiones operativas en el desarrollo ontológico del sujeto se observa que ésta adopta continuamente la forma de un espiral, el que se constituye continua y proactivamente. Esto quiere decir que el desarrollo de las dimensiones operativas en el sujeto, se lleva a cabo mediante diferentes reaprendizajes, reestructuraciones y reelaboraciones del propio sí mismo, dando cuenta de que dicha construcción se definirá principalmente en cuanto al dinamismo del sujeto y por lo tanto, en torno a la posibilidad de evolución con respecto al mantenimiento de la coherencia interna y a la capacidad de integrar los aspectos discrepantes de la experiencia en curso.

Dichas reelaboraciones y reestructuraciones en el desarrollo ontogenético de las dimensiones operativas, dan cuenta de las diferentes integraciones que paulatinamente se incorporan, coordinan y diferencian en las nociones de sí mismo, de los otros y del mundo que construye el sujeto. En estos términos, se destaca que dichas integraciones se llevan a cabo de diferentes formas en cuanto a la cualidad de los procesos que le subyacen; esto último, con respecto al desarrollo evolutivo, madurativo, y experiencial del sujeto.

En este sentido, se enfatiza que la construcción ontogenética de las dimensiones operativas ocurre en una interrelación de procesos transversales que dan cuenta del dinamismo y relación de dicha construcción, permitiendo plantear ésta como un proceso más allá de las polaridades en que se expresan. Así, al mismo tiempo de la conformación individual de cada dimensión, se aprecia la interrelación entre éstas, tanto en su constitución como en su funcionamiento, dando cuenta de un sistema dinámico tanto en el operar como en su organización, en la que la movilización de una influye en la de las otras.

Dentro de los procesos antes señalados, la diferenciación se configura como un elemento principal en la constitución de las dimensiones operativas, puesto que

permitirá un acercamiento a la realidad, a los otros y al mundo, desde una perspectiva que acomoda las particularidades de dichas nociones en torno al sí mismo. Ligado a lo anterior el apego permitirá la constitución de referentes en los que el sujeto podrá basar las nociones de sí, de los otros y del mundo, evidenciando de esta manera que éstas se desarrollan siempre mediante procesos intersubjetivos en los que el otro se constituirá como la alteridad que permitirá la construcción del sí mismo en el tiempo. Así, dichos procesos se enmarcan en la dialéctica mismidad / ipseidad la que presionará constantemente para resolver los desequilibrios producto de esta interacción.

Respecto a lo anterior, en el desarrollo ontológico de las dimensiones operativas, la construcción del objeto posibilitará el desarrollo de la representación y de este modo, el despegue de la experiencia inmediata en explicaciones que den cuenta de teorías plausibles de sí mismo y de los otros, articulándose para incluir acontecimientos novedosos que permiten la constante resignificación de la experiencia. Así mismo, la permanencia del objeto permitirá discriminar o relevar aquellos elementos del acontecer que pudiesen ser amenazantes para la coherencia sistémica, pero que a la vez, no priven al sujeto de exponerse a situaciones que le permitan evolucionar en complejidad. De modo tal, éste se apropiará, proactivamente, de la experiencia en sí y la ajustará a las nociones de sí mismo.

De acuerdo a lo anteriormente planteado y en función de la concepción de un sujeto dinámico, éste estará permanentemente movilizándose en los ámbitos de la experiencia y explicación. En este sentido, el sujeto deberá ser capaz de contactarse con experiencias nuevas que le permitan reelaborar constantemente sus proposiciones de mundo y de este modo, ampliar su ámbito de explicaciones, flexibilizando el sentido personal a través de la resignificación de la experiencia. Así, un sujeto abierto a los aspectos discontinuos de la contingencia dará cuenta de la proactividad, característica que le permitirá vivir en permanente construcción de sí mismo y de su mundo.

De este modo, la formación de la representación se presenta como el proceso intersubjetivo de simbolización, lo que implica la construcción de la realidad a través de

la formación de esquemas de acciones y esquemas representacionales, en los que la acción previamente aprendida es interiorizada, dando cuenta de la continuidad que se observa en dichos procesos a través de la constitución de la función simbólica como un continuo entre los procesos de concreción y abstracción, y por lo tanto, de la movilización entre la experiencia y explicación.

Como se dijo anteriormente, el conocimiento del mundo se llevará a cabo en un inicio a través de la construcción de esquemas de acción, es decir, de aspectos concretos de la realidad en los que el sujeto desarrollará nociones de espacio a través de los desplazamientos que lleva a cabo, pero que sólo se remitirán a la acción actual. Es decir, el conocimiento que se adquiera del ejercicio de accionar sobre la realidad será aplicado solamente cuando se presente una situación similar donde llevar a cabo el mismo ejercicio, lo que implica formas de funcionamiento en el plano concreto de la experiencia cotidiana. Posteriormente, a partir del desarrollo madurativo y experiencial del sujeto, se producirá una diferenciación funcional de forma continua en torno a la especialización del esquema de acción. Así, se puede notar como el niño comienza a imitar y a constituir los primeros significantes a través de imágenes. Luego, serán éstos los que permitirán la coordinación e interiorización de las particularidades que adopte la imitación, y por lo tanto, ésta se constituirá como un ejercicio de abstracción respecto de sus formas inicialmente concretas. De acuerdo a ello, es que el sujeto podrá imitar diferentes modelos dados como imágenes de actos, produciéndose de esta manera los primeros despegues de la experiencia inmediata en imágenes plausibles de ser explicadas, inicialmente a través del juego simbólico para luego dar paso a la construcción de teorías acerca de sí mismo y el mundo.

A propósito de dichas teorías personales, éstas conferirán al sujeto del contexto necesario en el cual desarrollar la subjetividad. De este modo con el desarrollo de la representación, éste podrá extraer las generalidades de los acontecimientos o sucesos del vivir, y de esta manera, elaborar teorías personales sobre diferentes problemas, situaciones y acontecimientos, marcando una recurrencia en la forma que se posiciona frente a la interacción social. De este modo, el sujeto deberá articular los acontecimientos en torno a un sentido personal, a un órgano regulador, que ya se

encuentra en un estado más diferenciado que el de etapas iniciales, y por lo tanto, podrá lograr una articulación más flexible entre los procesos de mantenimiento y cambio respectivamente. De este modo, el desarrollo de la representación y el pensamiento abstracto dan cuenta de un reaprendizaje que el sujeto debe realizar respecto a esquemas de acción en torno a los procesos de asimilación y acomodación, destacando la búsqueda constante de equilibrio entre ambos; de esta manera, se posibilitará el despegue de la experiencia inmediata hacia niveles reflexivos que le permitirán contar con una mayor gama de explicaciones y múltiples puntos de vista respecto de la experiencia en curso. Así, el sujeto transita desde un egocentrismo sin conciencia, propio de lo infantil, hacia una paulatina descentración que lo pondrá en contacto con aquellos que pasan a constituirse como lo externo.

En el seno de la formación de la representación se constituye la noción de temporalidad. En etapas iniciales el sujeto vive en un presente inmediato donde la abstracción, en el sentido de anticipación de imágenes de acción, se encuentra incompleta. Luego de ello, se dará paso a un tiempo experiencial y presente ligado a un acercamiento concreto hacia lo real. Posteriormente, de acuerdo al bagaje madurativo, experiencial y la incorporación del lenguaje, el sujeto podrá reequilibrar la experiencia en un sentido de continuidad del sí mismo. En este contexto, el lenguaje se constituye como el medio por excelencia través del cual el sujeto ordenará y se apropiará de la experiencia en curso a través de explicaciones que tendrán que ver con la construcción de referentes, es decir de significantes en el desarrollo ontogenético, y de esta forma, podrá planificar su presente desde un plano abstracto e integrar las nociones de pasado y las expectativas futuras, dando lugar a un tiempo único, continuo, común e histórico, posible de ser reconstruido por la memoria.

Es así que a través de la movilidad en los procesos de representación, de la articulación de la experiencia y de su integración continua en el sistema, el sujeto organizará su mundo y construirá las nociones tanto de sí mismo como de lo externo. Sin embargo en el plano abstracción/concreción es posible que el sujeto quede atado a ciertas imágenes tipo, lo que traerá como principal consecuencia que en la experiencia sus esquemas respecto a estas imágenes se rigidicen. Así, un contacto impermeable

con la realidad no permitirá la inclusión de nuevos elementos, quedando de manifiesto un mayor arraigo en el plano de la concreción, en desmedro de una elaboración que rescate los componentes fundamentales de la experiencia, y que por lo tanto, permita nuevas explicaciones; por otra parte, la insuficiencia de descentración en la construcción de la subjetividad producirá una deformación de la realidad, es decir primará una noción egocéntrica de ésta, dejando fuera sus particularidades.

De acuerdo a lo planteado anteriormente, un sujeto que crea categorías absolutas e inamovibles, no incorporará nuevos elementos de la experiencia en curso propios de la contingencia. Al respecto, este bloqueo podría devenir afectando la interacción del sujeto con su medio, lo que se transformará conocimiento tácito de etapas posteriores de desarrollo. En este sentido, las teorías personales podrían quedar en un estado de construcción mítico y dogmático, es decir en teorías rígidas de sí mismo que no permiten la inclusión de nuevos elementos de la experiencia en curso y que por lo tanto, no serán abarcativas ni explicativas acerca de sí mismo.

Con respecto a la inclusión de nuevos elementos se observa que a partir de la construcción paulatina del sentido personal, la experiencia se organizará en torno a éste. De esta manera, dicho sentido regulará tanto la asimilación de la experiencia como su significación, por lo tanto la exclusión e inclusión tendrán que ver con cómo el sujeto integra o no al sí mismo lo novedoso de acuerdo a un sentido personal que se autorregula mediante los procesos de mismidad e ipseidad. Es decir, dicho sentido tendrá que ver con procesos de integración asociados a la organización experiencial y autorreferencial, que estaría dada en un sujeto a través de su conocer.

Respecto a lo anterior, dicho proceso integrador se constituye a partir de equilibraciones y reequilibraciones en el devenir de la experiencia, lo cual implicará una necesidad de construcción proactiva por parte del sujeto y de una superación del desequilibrio, garantizando de este modo cierta conservación en un medio de transformaciones ineludibles. Así, será en torno a la construcción de dicho sentido personal, como un órgano autorregulador, que el sujeto organizará, articulará e integrará la experiencia en curso en cada una de sus interacciones, lo que implicará

nuevas formas de significación, o bien resignificaciones en el desarrollo ontológico, progresando de este modo, ortogenéticamente.

Al referir la construcción del sí mismo de acuerdo a la permanencia del objeto también se alude a los procesos de apego, los cuales contribuirán bajo forma de significantes, de tonalidades emotivas, respecto de cómo se construya dicha permanencia. Así, el apego constituye una de las primeras formas de organizar la realidad de acuerdo a la organización que se produzca respecto de la proximidad y el alejamiento entre el sujeto y sus figuras significativas. Íntimamente ligado a lo anterior, la constitución de un tono afectivo también aportará a la visión de mundo que el sujeto construya, principalmente en torno al grado de confiabilidad que éste posea. De este modo el sujeto articulará sus capacidades de exposición y evitación frente a lo desconocido y al mismo tiempo, proporcionará los primeros referentes para la significación de la experiencia y la posibilidad de resignificarla en el continuo vital.

Con respecto a las capacidades de exposición y evitación, éstas constituirán cualidades que hablarán de la noción de mundo construido, haciéndose patentes en todo momento debido a las características propias de un medio inestable en el que las discrepancias respecto de sí mismo deben constantemente reequilibrarse. En este sentido la exposición y evitación se desarrollarán en el contexto intersubjetivo bajo procesos de aproximación y alejamiento. Así, dichas estrategias consisten en la construcción de un ordenamiento autorreferencial de la experiencia a través de la proximidad y la distancia. La permanencia del objeto en relación al desarrollo de dicha dimensión operativa, supondrá la posibilidad de construir un mundo interno y externo, logrando la discriminación entre los atributos propios y ajenos, permitiendo un sentido de singularidad y permanencia en el tiempo. Al respecto, será a partir de la construcción del objeto que el sujeto ya no sólo evitará o se expondrá a situaciones concretas, sino que también elaborará el exponerse o evitar la contingencia de acuerdo a la formación de representaciones según las cuales haya elaborado significados y que harán referencia a su propia construcción en el tiempo mediante procesos intersubjetivos.

Así, existe una tendencia intrínseca de aproximarse a lo que resulta familiar y a retroceder ante lo extraño. De este modo, el proceso de construcción de la noción de sí mismo y del mundo, desde la perspectiva de la proximidad entre el niño y su figura significativa también será formadora de tonalidades emocionales básicas; en otras palabras, los flujos sensoriales al ser percibidos de forma recurrente por el sujeto, se ordenarán en torno a ciertos sentimientos, que serán decodificables sobre el proceso de aproximación y alejamiento, construyéndose como pautas afectivo-motrices.

De esta manera como se puede apreciar, el sujeto no sólo elabora sus conocimientos respecto al mundo, sino también las estructuras o mecanismos a través de las cuales éste conoce. En este sentido, se ha planteado a un sujeto proactivo ontológicamente, sin embargo el cómo éste se sitúe en dicha construcción referirá a distintas construcciones de mundo en que el sujeto se posicionará bajo una vertiente proactiva o bien reactiva; es decir, como protagonista de su propia historia o como un actor que interpreta un rol secundario, falto de propositividad, frente al mundo. En este sentido, el apego encarna la interacción de la herencia, el medio físico y el medio social y da cuenta así mismo de la respuesta recurrente que el sujeto reciba de su entorno ante necesidades internas, permitiéndole generar esquemas de acción acerca de cómo resolverlas y satisfacerlas adecuadamente, gestionando de este modo, la capacidad de elicitar protección y facilitar la exploración. Así las representaciones hechas al respecto le proporcionarán la primera forma de regular el afecto, pensamientos y conductas y hacer uso de variados recursos para no verse sobrepasado por los elementos perturbadores o novedosos, y por lo tanto, acceder a dicha seguridad cuando la necesite o cuando se constituya en la base segura de otros. De este modo, al ser su propio autorregulador éste se apropiará de la experiencia y realizará constantes ajustes que le permitan de una manera viable mantenerse dinámico y a la vez, permanente en el tiempo. Esto último da cuenta de que la tendencia hacia la construcción de un mundo proactivo permitirá al sujeto complejizarse en función de mantener la coherencia sistémica.

En síntesis, lo que se observa principalmente, es que las dimensiones operativas funcionarán en coordinación entre sí, en cuanto a su construcción en el tiempo y en el

mismo operar proactivo del sujeto. Se plantean entonces, como un proceso que se complejiza en concordancia con el desarrollo madurativo, intersubjetivo y experiencial de éste.

En este sentido, si las dimensiones operativas se constituyen como un proceso en un espiral ontológico, será la movilidad respecto a las contingencias lo que hará la conformación de éstas algo viable para las sucesivas reestructuraciones del sistema. De este modo, situarlas en un polo o en otro, implica concebir a un sujeto que se define como estático, estancado en un medio que cambia, y en el cual no sería capaz de adaptarse de acuerdo a la contingencia; es decir, se estaría aludiendo a un sujeto simple en el que su capacidad generativa estaría bloqueada.

De este modo, se plantea la movilidad como condición a la que debe tender el sujeto en el desarrollo ontogenético en la constitución de las dimensiones operativas a partir de procesos centrales y transversales en el desarrollo como lo es la permanencia del objeto y el apego. De esta forma, el sujeto en un medio inestable que lo presiona por resolver la constante pugna entre los procesos de mantenimiento y cambio necesitará de un sentido de sí mismo flexible a la contingencia, que incluya experiencias vividas como discrepancias, y de esta manera, integrarlas al sistema bajo procesos de asimilación y acomodación. Así, las discrepancias que surgen en el vivir, entre la experiencia en curso y su significación, es decir su explicación, se reformularán constantemente a través de resignificaciones; es decir, se producirán continuamente reaprendizajes del mundo a partir de nuevos conocimientos que involucrarán procesos de representación, articulación de la experiencia en curso y su inclusión, formas de acercamiento o evitación de dicha experiencia y todo esto, bajo un proceso proactivo ontogenético que se define bajo formas de autorreferencialidad y autoorganización, otorgando dinamismo al sistema para su evolución y complejización.

Con respecto a los aportes prácticos de esta investigación teórica, se observa que las dimensiones operativas si bien corresponden al funcionamiento superficial del sujeto, éstas se constituyen en una fuente de entrada a estructuras más profundas del sentido de sí mismo. Poder contextualizar los elementos intervinientes de su

constitución, implica la posibilidad de hacer un análisis más riguroso respecto a las diferentes construcciones que el sujeto ha realizado en el desarrollo ontogenético, lo que permitirá al terapeuta acceder en mayor medida a la subjetividad del paciente, y por lo tanto identificar de manera más eficaz, tanto los focos de acción terapéutica como las intervenciones más adecuadas.

En este sentido, debido a que las dimensiones se expresan en el operar cotidiano de los sujetos, serán observables tanto por el terapeuta como por el paciente. Respecto a esto último podrá verse tanto el funcionamiento inicial como la movilización que en este sistema ocurra, posibilitándose más claramente y a corto plazo, la sensación de efectividad del proceso terapéutico y la experimentación de cambio respecto a la situación de estancamiento y desequilibrio inicial.

Dichos desequilibrios que no han podido ser resueltos e integrados en su continuo vital aluden a aspectos tanto subjetivos como intersubjetivos vinculados a la constitución procesal de las dimensiones operativas. Así, tras su movilización sistémica permitirá abordar variados ámbitos que van desde el trabajo con las emociones hasta patrones relacionales. En este sentido, la acción de resignificar la experiencia que se hace necesaria en el contexto de la psicoterapia, implica la comprensión y toma de conciencia por parte del paciente quien a través de la movilización de las dimensiones operativas, se verá facilitada. De este modo, en el espacio intersubjetivo que proporciona la psicoterapia, el sujeto podrá sentirse agente interviniente y modulador de dichos aspectos de los cuales anteriormente se sentía esclavo y sin control y por ende, adquirirá mayor conciencia de su proactividad en la construcción de sí mismo y del mundo.

Finalmente, en función de lo anteriormente planteado se torna de interés investigar, y proyectar futuros trabajos, la construcción y estado en que se encontrarían las dimensiones operativas respecto a ciertas patologías que son abordadas actualmente de forma transversal. Es decir, a través de la reconstrucción de las dimensiones operativas en el desarrollo ontológico del sujeto es posible abordar

diferentes patologías desde un enfoque longitudinal, aportando una mayor comprensión en cuanto a su constitución.

Además, sería interesante abordar la identidad narrativa en torno a las dimensiones operativas, puesto que será posible, a través del modo de funcionamiento superficial, acceder a estructuras profundas de conocimiento. En este sentido, el cómo un sujeto relate su propia historia y bajo un análisis de la construcción ontológica de las dimensiones operativas, podría ser un aporte en el proceso psicoterapéutico en cuanto a mayores ejes de comprensión.

Finalmente, el presente trabajo podría ser profundizado en torno a la temática del trauma, específicamente preguntándose cómo las dimensiones operativas se reconstruirán en torno al sí mismo que deberá reformularse bajo un acontecimiento que pudiese poner en juego la coherencia sistémica en niveles muy intensos. En este sentido sería interesante analizar a través de dichas dimensiones cómo la capacidad representativa se ve bloqueada y rigidizada, donde el sujeto se haya fijado en la experiencia inmediata e imposibilitado de integrar dicho acontecimiento en su historia, afectando su generatividad y bienestar.

## 7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Angel, A. (2010). *Exploración de las dimensiones operativas mediante el diseño de un instrumento cuantitativo*. Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Clínica, mención Clínica Adultos. Escuela de Postgrado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Atero, V., Benzaza, I., Moreno, F. y Sánchez, A. (s/f). *Fundamentos y puesta en práctica de la temporalidad como capacidad perceptivo-motora y su implicancia en el currículo de EF*. Recuperado el 11 agosto de 2012 en [http://www.ugr.es/~proexc/ejemplos/subproy4/PORTAFOLIOS/Trabajos%20grupales/T3%20\(grupo%2018\)%20TEMPORALIDAD%20capacidad%20perceptivo-motora/GT18%20Temporalidad.pdf](http://www.ugr.es/~proexc/ejemplos/subproy4/PORTAFOLIOS/Trabajos%20grupales/T3%20(grupo%2018)%20TEMPORALIDAD%20capacidad%20perceptivo-motora/GT18%20Temporalidad.pdf)

Arciero, G. (2004). *Estudios y diálogos sobre la identidad personal: reflexiones sobre la experiencia humana*. Italia: Boringhieri.

Arciero, G. (2009). *Tras las huellas de sí mismo*. Buenos Aires: Amorroutou.

Arciero, G., Guidano, V. (s/f). *Experiencia, explicación y la búsqueda de la coherencia*. INTECO Instituto de Terapia Cognitiva. Santiago de Chile. Recuperado el 20 de Agosto de 2012 en <http://www.inteco.cl/notas.php/1198944931>

Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida*. Barcelona: Paidós.

Bruner, J. (1998). *Realidad mental y mundos posibles*. España: Gedisea.

Bruner, J. (2002). *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva*. España: Alianza.

Butterwoth, G. (1990). Algunas ventajas del egocentrismo. J. Bruner (comp). *La elaboración del sentido* (pp. 63-77). Barcelona: Paidós.

Duarte, J. (2012). *Aportes desde la intersubjetividad y la identidad narrativa para la psicoterapia constructivista cognitiva. La terapia como un marco para la construcción y deconstrucción de historias*. Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Clínica, mención Clínica Adultos. Escuela de Postgrado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Feixas, G. y Villegas, M. (2000) *Constructivismo y psicoterapia*. España: Desclee de Brouwer.

Ferrater Mora, J. (1999). *Diccionario de filosofía*. España: Ariel S.A.

Flavell, J. (2000). *El desarrollo cognitivo*. España: Visor Dis. S.A.

Guidano, V. (1987). *Complexity of the self*. New York: Guilford Press.

Guidano, V. (1994). *El sí mismo en proceso*. Barcelona: Paidós.

Guidano, V., Liotti, G. (2006). *Procesos Cognitivos y desórdenes Emocionales*. Santiago: Cuatro vientos.

Mandakovik, V. (2005). *Estudio de los desórdenes alimentarios psicogénicos e indicaciones para una psicoterapia constructivista cognitiva de la anorexia nerviosa*. Tesis para optar al título de psicólogo. Escuela de Pregrado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Maturana, H (1990). *Biología de la cognición y epistemología*. Temuco: Universidad de la Frontera.

Maturana, H. (1997). *De máquinas y seres vivos, autopoiesis de la organización de lo vivo*. Santiago: Universitaria.

Mahoney, M. (1997). *Psicoterapias cognitivas y constructivistas*. España: Desclée de Brouwer.

Mahoney, M. (2005) *Psicoterapia constructivista: una guía práctica*. España: Paidós.

Piaget, J. (1961). *La formación del símbolo en el niño*. México: Fondo de Cultura Económica.

Piaget, J. (1965). *La construcción de lo real en el niño*. Buenos Aires: Proteo.

Piaget, J. (1978). *El desarrollo de la noción de tiempo en el niño*. México: Fondo de Cultura Económica.

Piaget, J. (1969). *Biología y conocimiento*. España: Siglo XXI.

Piaget, J. (1978). *La equilibración de las estructuras cognitivas. Problema central del desarrollo*. Madrid: Siglo XXI.

Piaget, J. (1983). *La psicología de la inteligencia*. Barcelona: Crítica.

Piaget, J. (1986). *La epistemología Genética*. Madrid: Debate.

Piaget, J. (1991). *Seis estudios de psicología*. Barcelona: Labor.

Piaget, J. (1997). *Estudios de psicología genética*. Buenos Aires: Emecé.

Piaget, J. (2001). *Inteligencia y afectividad*. Buenos Aires: Aique.

Ricoeur, P. (1996). *El sí mismo como otro*. España: Siglo XXI.

Ruiz, A. (2003). *La organización de significado que caracteriza la experiencia humana en la cultura occidental contemporánea*. Transcripción de la Clase Magistral dictada en el Departamento de Psicología de la Universidad de Chile el 30 de junio de 2003. Recuperado el 3 de diciembre de 2011 en [http://www.inteco.cl/articulos/011/texto\\_esp.htm](http://www.inteco.cl/articulos/011/texto_esp.htm)

Vergara, P. (2011). *Sentido y significado personal en la construcción de la identidad personal*. Tesis para optar al grado de Magíster en psicología mención clínica Infante Juvenil. Escuela de Postgrado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Vygotski, L. (2000). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica S.L.

Yáñez, J. (2005). *Constructivismo cognitivo: bases conceptuales para una psicoterapia breve basada en la evidencia*. Tesis para optar al grado de Doctor en Psicología. Escuela de Postgrado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Yáñez, J., Gaete, P., Harcha, T., Kuhne, W., Leiva, V. y Vergara, P. (2001). Hacia una metateoría constructivista cognitiva de la psicoterapia. *Revista de Psicología, Vol 10, 001*, pp. 97-110.

Zúñiga, A. (2012). *Avances en la noción de sujeto y subjetividad en el constructivismo cognitivo: aportes del paradigma de la complejidad*. Memoria para optar al grado de Psicólogo. Escuela de Pregrado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.